

*Selecta*



Quando  
sonríes

Erica Vera

Cuando sonríes

*Erica Vera*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

## Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.

*Para las mujeres que inspiran;  
esas mujeres que siguen luchando a pesar de todos los problemas, de los obstáculos.  
Para los que no se detienen; esos que aún en la adversidad se atreven a seguir soñando.  
Para quienes hicieron esta historia;  
vecinos, amigos, conocidos dominicanos que me he cruzado en mi corta estadía en sus tierras.  
Para Cabrera, La Catalina y Abreu en donde vive parte de mi corazón, siempre.  
Para mi amor.  
Para mi familia.  
Para mis amigos.  
Para mis lectores.  
Para mí, que al igual que Damaris, me atrevo a seguir soñando.*

*Fijese que cuando sonríe se le forman unas comillas en cada extremo de la boca.*

*Esa, su boca, es mi cita favorita.*

Mario Benedetti

## Capítulo 1

### La tierra que la vio nacer

*El mar lo devuelve todo después de un tiempo, especialmente los recuerdos...*

Carlos Luis Zafón

*Buenos Aires. 2016.*

---Uh. Me olvidé de contarte. Hoy te llamó tu madrina ---dijo Jimena mientras terminaba de secar el plato que le alcanzaba Damaris---. Atendí porque no dejaba de sonar y pensé que era importante, perdón.

---Está bien. Vi la llamada. Me escribió también.

---¿Y?

---Nada. No le he dicho nada.

---¿Por qué?! Deberían saber lo que pasó.

---No. Y no me vas a convencer.

---Creo que deberías contarles, Dami. ---Le acarició la mano en el intercambio de vajilla y le sonrió con dulzura. Aún pese a los días que habían pasado y los antiinflamatorios que había tomado, seguía llevando la marca de la mano de su marido en el rostro.

---No creo que sea buena idea. Podría llegar a provocar una tragedia. No.

---No estás sola, amiga.

---Lo sé. ¡Gracias!

---Entonces...

---Entonces... cuando me recupere, analizaré qué hacer. Yo no quiero volver y ser una carga para nadie, Jimena. No quiero que se compadezcan de mí. Ya tú sabes.

---Sí... pero allá está tu mamá, tu familia. Creo que...

---Lo sé. No creas que no pienso en ellos.

---¿Y entonces?

---Entonces, nada. Por ahora no pienso volver y es decisión tomada.

---Te vas a arrepentir y lo sabés.

Jimena y Damaris se acostaron a dormir sin hablar demasiado. La noche caía sobre el departamento que compartían en la capital porteña desde hacía unas semanas. Sin embargo, una de las dos no podía conciliar el sueño. Como cada vez que hablaban sobre su tierra, todo volvía a comenzar. Los recuerdos regresaban como disparos que dolían como el primer día. Todo lo que había vivido en República Dominicana afectaba sus días en el presente y estaba segura de que afectarían su futuro para siempre.

Se acarició la cicatriz del labio que, de a poco, iba sanando y se rebulló en la cama. Al cabo de unos minutos de pestañear en la negrura de la habitación, se sentó y tomó el celular para releer el mensaje de su madrina Margarita:

Margarita: Mi niña, la casa no es la misma sin usted.  
Su madre la extraña, la necesita... igual o más que yo.  
Vengase, aunque sea de visita.

¿Estaba bien lo que hacía? ¿Era correcto condenar a toda su familia por culpa de los recuerdos? ¿Debía alejarse de sus seres queridos para olvidar? Cerró los mensajes y *googleó* el precio de los pasajes. Conocía de memoria los montos exactos y cada tanto controlaba si había habido alguna variación. Sabía, también, cuándo y en qué fecha serían más económicos. Enseguida ingresó un día cualquiera de agosto y encontró lo que ya sospechaba. Caro, muy caro.

Aunque quisiera volver, no podría.

Jimena desayunaba sobre la pequeña mesita de la cocina: dos tostadas y un café con leche. Damaris se levantó cuando escuchó la puerta cerrarse. No deseaba cruzarse con la mirada punzante de su amiga; sabía que podía ser insistente cuando quería. Desde que ella había llegado con las marcas de su marido en el rostro, Jimena intentaba convencerla de que se marchara a su tierra, aunque más no fuese de vacaciones. Insistía en que debía alejarse de Tom, de sus malos tratos y del infierno en que se había convertido su matrimonio.

Con las pantuflas puestas y la bata suelta en el cuerpo, caminó hasta la cocina y puso la pava. Sonrió. Jimena, siendo argentina, no tomaba mate. Ella, dominicana, amaba con pasión aquel «brebaje» del que se enamoró apenas llegó. Colocó la yerba en el recipiente, lo giró dejando la boca sobre su palma, y lo batió unos segundos. Le agregó un poco de azúcar e insertó la bombilla tal y como había aprendido a hacer.

Se sentó con los pies estirados y contempló el edificio que le tapaba el sol. Odiaba vivir rodeada de cemento y ruido. Si algo extrañaba de su pueblo era el silencio y la naturaleza. Últimamente, los días se hacían cada vez más pesados porque las imágenes de su casa, del mar y de su familia la sorprendían a cada momento. Jimena tenía razón. Debía volver. Debía llenarse el alma de cariño, de abrazos y sobre todo de amor... del bueno, del sano.

La tarde la encontró en la misma posición y la sorprendió el horario. Debía alistarse para ir a trabajar. Había aprendido a viajar en subte y a hacer las combinaciones necesarias para ahorrarse dinero y tiempo. Al principio le había costado; todo era nuevo para ella. Sin embargo, su curiosidad y, más que nada, la necesidad la instaron a moverse por la ciudad como si fuera una porteña más.

---Hola, ¿Cómo están? ---saludó con una sonrisa enorme; la misma que siempre llevaba clavada en el rostro. A nadie se le ocurriría pensar que sufría, que su alma dolía y mucho. Eran pocos los que sabían la verdad y la razón sobre su labio partido y el moretón que su nariz aún cargaba.

---¡Damaris! ¡Por fin! ---Walter se acercó y la abrazó con fuerza---. No se te ocurra dejarme otra vez con estas bichas. ¿Qué te pasó en la boca?

---Nada... Estoy bien.

---Pero mirá cómo tenés...

---No es nada, Walter. Déjalo. Cuéntame... ¿Qué te han hecho? ---Lo abrazó para alejarlo del

escrutinio y así entraron a la cocina del restaurante donde trabajaban.

---¿Qué hiciste? ¿Dónde fuiste?

---A ningún lado, cariño. Descansé mucho. ---Damaris había tenido que pedir unos días obligada. No quería presentarse a trabajar en el estado en que la había dejado Tom después de la última pelea. Una semana para curarse las heridas de la piel. Las del alma... llevarían mucho más, si es que algún día sanaban---. Salimos con Jime a comer y a tomar algún trago por ahí, pero nada más.

---Una semana de vacaciones y... ¿vos te quedás durmiendo en tu casa?

---Créeme que lo necesitaba. ---¡Qué bien mentía! ¡Cuánto había aprendido de él!

Walter y Damaris saludaron a los cocineros y al resto del *staff* de Pentos, el famosísimo restaurante de Puerto Madero. Gisela y Pía sonrieron con picardía cuando la vieron llegar.

---Pero miren quién volvió... ---comentó Gisela cruzándose en el camino de Damaris.

---No empecemos, Gisela. ---Se interpuso Walter.

---Sí, mejor. No vale la pena. ¿Vamos, Pía?

Las dos se alejaron del pasillo, dejando una estela de veneno en el aire.

---No les hagas caso.

---Es que no las entiendo. ¿Cuál es su problema?

---No les des bola. Vamos. Victoria ya debe haber llegado.

Victoria era prima de Jimena. Así fue que Damaris había conseguido aquel puesto de trabajo aun siendo indocumentada. Aquel era un gran favor que le debía a su amiga y a Victoria también. Porque arriesgarse a perder el restaurante era una gran posibilidad. Los controles en Capital Federal eran exhaustivos, y cada vez que alguien con traje y corbata entraba preguntando por la dueña, Damaris temblaba.

---Ay, pero ¡qué bonita! ---Victoria la abrazó y, de a poco, recuperó la calma que Pía y Gisela le habían arrebatado con sus gestos. Su jefa, al igual que Jimena, sí sabía qué había ocurrido. Había tenido que contarle para poder pedirle los días necesarios.

---Gracias. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo ha estado todo por aquí? ---le preguntó.

---Igual. Ninguna novedad. Con Walter te extrañamos mucho, Dami.

---Pues verán, yo no puedo decir lo mismo ---bromeó---. Disfruté mucho mis días en casa.

---Me alegro ---respondió Victoria con la voz apagada, sabiendo que aquello era todo un montaje---. ¿Están listos para abrir?

---¡Claro!

La noche estuvo bastante tranquila. El frío del invierno amedrentaba a la gente y, aunque el lugar estaba casi lleno, la jornada pasó sin grandes sobresaltos. Pía y Gisela no tuvieron tiempo de molestar a Damaris porque su sector fue el más concurrido. Ella, en cambio, agradeció volver al trabajo en una noche como aquella.

---Dami, andá a comer. Pía se queda en tu lugar. Después cambian.

---Que la cubra Walter que tiene dos mesas ---protestó la joven.

---Vas vos, nena ---le dijo Victoria con la peor cara.

---Andá, corazón ---animó a Damaris que se había quedado dura en la puerta de la cocina.

---Puedo comer más tarde, no hay problema.

---No. Vas a ir ahora que no hay muchos clientes.

Devoró el plato de ravioles que Justino, el cocinero, había preparado para ella y salió apresurada para volver a su puesto. Le sonrió a Walter mientras avanzaba hacia su sector y, cuando giró por el costado de la barra, se detuvo en seco. Sentado en una mesa un hombre de cabello corto, con una sonrisa igual a la de... ¡No! No diría su nombre. No lo había pronunciado desde la última vez que se vieron.

Pestañeó.

Pestañeó.

Pestañeó.

¡A Dios gracias! Era muy parecido, sí, pero no era él.

## Capítulo 2

### Un pasado que se fue

*Hay un delicado equilibrio entre honrar el pasado y perderse en él.*

Eckhart Tolle

**J**imena, como siempre, roncaba. Damaris abrió con mucho cuidado la puerta de su cuarto y la cerró lentamente para que el ruido de las bisagras no despertase a su amiga. Se quitó la ropa, se puso el pijama y se sentó en la cama con el espejito y las toallitas desmaquillantes entre las piernas. Había utilizado bastante base para enmascarar el moretón que le había quedado en la nariz. Mientras la pintura desaparecía de su rostro, sus ojos vagaban por los rasgos que aún conservaba de aquella niña que se había criado en una tierra completamente diferente a la que pisaba en este momento.

Damaris. Damaris Juárez Peñaloza.

Su madre, al igual que muchas otras, había bautizado a su primera hija de aquella manera porque era común unir los nombres de sus padres para formar el de los hijos. Su padre se llamaba *Dalmiro* y ella *Marisa*. Había nacido en Abreu, un pueblito remoto en la provincia de María Trinidad Sánchez, al noreste de la República Dominicana, donde el verde enarbola la ciudad y el azul del mar son parte del paisaje cotidiano; donde las casas se bañan en flores y la paz anida en el corazón de sus habitantes.

Suspiró y cerró los ojos.

Se echó hacia atrás, dejándose envolver por las imágenes de su vida, de su pasado.

La casa de Damaris está ---porque aún sigue ahí--- ubicada a un paso de la carretera que une Río San Juan (Norte) con Cabrera-Nagua (Sur) en el corazón de Abreu, dentro de un extenso solar[1] repleto de árboles de aguacate[2], chinola[3] y guandules[4]. En el centro, una vivienda de concreto con los pisos pulidos de rojo carmesí no la diferencian del resto que tienen las mismas características. Cómoda. Con tres habitaciones amplias, frescas y una galería ancha desde donde se puede observar el pueblo en todo su esplendor. Detrás de la propiedad se extiende un manto verde que finaliza con una caída libre de rocas afiladas y puntiagudas, donde el mar arremete sin descanso los días tormentosos.

Desde muy pequeña fue servicial, amable, pero con mucho carácter. Se acostumbró a ayudar a su familia en cualquier tipo de quehacer doméstico y nunca, jamás, tuvo una objeción sobre el destino que le tocó en suerte. Además, cargaba con la gran responsabilidad de cuidar de sus tres hermanos más pequeños desde que tuvo memoria.

El espejo le devolvía una imagen triste que nada tenía que ver con esa muchachita que reía feliz los días de sol, que corría por el campo con las manos repletas de limoncillos[5]. Se acarició el rostro y sus dedos siguieron hasta la cabeza. Su cabello siempre perfecto parecía ser lo único

que no había cambiado a lo largo de los años. Su pelo negro seguía lacio, suave, sedoso, y aún caía sobre sus hombros, como una lluvia azabache.

Al enredar los dedos entre los mechones, el cuero cabelludo se quejó; en Buenos Aires jamás se soltaba el pelo. La cola que, apretada, llevaba siempre como un estandarte, guardaba dentro recuerdos de su pasado. Tener el cabello atado significaba mantener su historia atada también; firme, contenida. Por la noche, cuando era el momento de liberar su pelo, se dejaba llevar por todo lo que su imagen le devolvía y liberaba también la melancolía, el miedo, la tristeza que cargaba con ella. No se dejó ganar por la angustia que le provocaba sentir los recuerdos y continuó con la inspección del rostro que le devolvía el espejo.

Su cuerpo, el que había comenzado a florecer con apenas once años, tampoco era el mismo. Y sus ojos... Sus ojos verdes, que siempre llamaban la atención de quien la mirase, habían perdido tiempo atrás su brillo esmeralda. Ya no arrancaban los más intensos suspiros y, en cambio, solo inspiraban lástima. Lástima y preocupación.

Esa noche, como nunca antes le había pasado, deseó encontrarse en los brazos de su mamá y llorar para sacar fuera todo el dolor que cargaba dentro. Las lágrimas se fueron formando con lentitud en su garganta. Porque la angustia suele nacer allí; justo entre las cuerdas vocales y el plexo solar. Luego, se propaga hacia arriba y llega con fuerza a los ojos que ya no tienen manera de aguantar el dolor que quema en el pecho. Como cada vez que pensaba en su madre, las penurias vividas a su lado y los problemas atravesados cobraban fuerza, y las cicatrices de lo vivido picaban, ardían, molestaban. Y no solo las que cargaba su cuerpo, sino también su alma.

*Marisa, su madre, había aceptado trabajar en el Hotel de La Catalina, poco después de que su esposo Dalmiro abandonara la casa. El altercado había sucedido cuando Damaris era apenas una niña y su hermano Miguel acababa de nacer. Una madrugada lluviosa, el hombre había regresado a dormir pasado de copas. Irreconocible y enojado ante la indiferencia de su esposa, le confesó que se había acostado con Joanne, una extranjera para la cual trabajaba haciendo jardinería en una de las villas de Orchid Bay. Loco y aturdido por el ron, le gritó a su mujer que no volvería porque se mudaría con su amante al día siguiente. Y cuando todos pensaron que Marisa se tendería a llorar y lo perdonaría, ella tomó las cosas de Dalmiro y las arrojó, una a una, fuera de la casa. No le importó su estado ni el qué dirán. El griterío se esparció como la pólvora y alertó a los vecinos que no se perderían otro espectáculo, igual o mejor, al que estaban acostumbrados. De a poco, fueron apareciendo detrás de las ventanas, para disfrutar del show de los Peñaloza.*

*---¡Se me larga de aquí! ¿oyó? ---le gritó desencajada desde la puerta.*

*---Pero claro que me largo, coño. ¡Vieja loca! ---respondió él, balanceándose de acá para allá con las pocas cosas que sus manos pudieron juntar.*

*Después de años y años de infamias, golpes y sobre todo vergüenzas, Marisa por fin había logrado defenderse y poner punto final. La mujer, con casi treinta y seis años y en la flor de su vida, comenzó a trabajar en el hotel por recomendación de doña Margarita, su mejor amiga y madrina de Damaris. A partir de aquel momento, su mente se expandió hacia otros horizontes. Su actitud cambió completamente; era otra persona. Entendió que su independencia económica y la ayuda de su hija mayor era todo lo que necesitaba para salir adelante. No pasó mucho tiempo hasta que Dalmiro se arrepintiera y regresara pidiendo disculpas. Luego de rogar, en vano, el perdón de Marisa, se mudó a Gaspar Hernández con su familia y jamás nadie volvió a saber de él.*

*Los años pasaron. La vida y la rutina se acomodó: Damaris, cuidando a sus hermanos y yendo del liceo[6] a la casa. Las vacaciones con los amigos y los primos en El Bretón. Las risas, las tardes largas y los bailes bajo la lluvia. Hasta que una mañana soleada, uno de sus hermanos amaneció volando de fiebre y ella, luego de dejar a los dos más chicos en lo de doña Margarita, se montó a una guagua[7] y se dirigió al hospital de Cabrera. Braulin estuvo internado más de un mes sin que ningún médico supiese qué lo afectaba. El día en que el doctor Suarez Alcequíez les informó que estaba casi seguro de que el niño sufría de malaria y que, según sus cálculos, el cuadro estaba demasiado avanzado, las mujeres creyeron morir. Les dijo que, la única y última esperanza, era que el niño fuese trasladado al hospital General de Nagua donde contaban con más recursos.*

*Y así, los planes cambiaron y ya nada fue igual.*

*---¿Qué haremos ahora? ---sollozaban madre e hija, mientras aguardaban los partes médicos sentadas en un banco de madera de la sala de espera.*

*El doctor aclaró que, a pesar de sus esfuerzos, traer la medicina que Braulin necesitaba se estaba complicando cada vez más. No solo por razones económicas, sino también burocráticas; demasiados papeles y dinero. No había otra manera: Braulin sería traslado inmediatamente a Nagua. Al cuadro complicado se le sumó una deshidratación importante y una insuficiencia renal. Marisa no tuvo más opción que pedir permiso en el hotel para ausentarse y acompañar a su hijo. Hasta el momento Damaris, en complicidad con las enfermeras y doctores, cuidaba a su hermano desde muy temprano para luego cambiar el turno con su madre, quien se quedaba por las noches. Era más que obvio que en Nagua no tendría los mismos privilegios y que dicho viaje requeriría de la presencia de Marisa constantemente.*

*El gerente general del hotel le dejó bien en claro cuál era la situación. No había mucho que pensar; no trabajaba, no cobraba. Fue así que Marisa, lejos de abandonar a su hijo, partió hacia Nagua esperando y rogándole a Dios que al regresar contara con aquel puesto laboral. Damaris quedaba a cargo de Juan y Miguel, abandonaba el liceo y comenzaba a trabajar algunas horas en un salón de belleza en La Catalina. Se dedicaba a su casa y a sus hermanos mientras que su mamá acompañaba a Braulin.*

*Pero... la vida volvió a poner a prueba a la familia.*

*Un mediodía caluroso, pesado y fatigoso, el tío Rosario Peñaloza se apeó rápidamente de la pasola[8] y le trajo la noticia más triste. Braulin no había sobrevivido. Su madre acababa de llamarlo por teléfono y le había pedido que Damaris hablara con el pastor Lucero para acordar los detalles de su velatorio. La muchacha dejó a los pequeños solos en la casa, corrió en busca del religioso y se ocupó del sepelio de su hermano.*

*¿Estaba preparada para aquello? Por supuesto que no.*

Damaris poco recordaba de su padre. Tenía presente algunos momentos que habían pasado juntos, pero no mucho más. Ni siquiera habían quedado las fotos. Ningún recuerdo de él y de su paso por sus vidas quedaba en la casa de la familia. Sonrió avergonzada mientras se quitaba el labial de la boca. Casualmente, o no, había encontrado un compañero igual o peor que su padre. Quizás, como dicen, la manzana no se cae muy lejos del árbol.

Sin embargo, con el pequeño Braulin era diferente. De él sí tenía muchos recuerdos, fotos, sonidos, aromas. Braulin era dos años más chico que ella y con quien había compartido no solo la habitación, sino muchísimas aventuras durante los primeros años de infancia. Si cerraba los ojos y volaba hacia la playa, podía verlo saltar las olas del mar con una sonrisa gigante en el rostro. Con los ojos iguales a los de su hermana; de un verde esmeralda mágico y particular iluminando sus gestos.

El nudo en su garganta se hacía cada vez más macizo, duro como una roca. Pensar en él siempre dolía y, sobre todo, sabiendo que después de lo sucedido nada había vuelto a ser igual. Ni ella, ni su madre, ni sus hermanos.

---¿Qué hacés despierta? ---la sorprendió Jimena que se restregaba la cara ante la luz encendida de la habitación donde dormía Damaris.

---No puedo dormir. ---Se secó las lágrimas y guardó el espejo y las toallitas en el cajón de la mesa de luz.

---Viaja, Dami. Te va a hacer bien. Yo te puedo acompañar, sí. Pero en momentos como este, necesitas a los tuyos.

---¿Cómo? No me alcanza el dinero y...

---Ya te ofrecí mi tarjeta de crédito. Muchas veces. Vos no vas porque tenés miedo de enfrentarte con los recuerdos. Es eso.

---Es que...

---Y déjame decirte que acá o allá, los recuerdos pesan igual. Vos estás acá, pero tu corazón y tu alma siguen en la dominicana. ---Giró y le apagó la luz---. Intenta descansar. Mañana vemos cómo hacemos.

Damaris se quedó sentada en la cama, perdida entre la penumbra de la habitación que se iluminaba con algunas luces que entraban desde la calle. Regresó al día en que trajeron el cuerpito de Braulin y lo velaron en su casa. Regresó al momento exacto en el que, a ella y a su mamá, se les quebró el alma en mil pedazos.

## Capítulo 3

### De regreso al turquesa y al verde

*Siempre es levemente siniestro volver a los lugares  
que han sido testigos de un instante de perfección.*

*Sobre héroes y tumbas, Ernesto Sabato*

---**N**o sé cómo haré para pagarte, Jimena ---le dijo mientras se fundían en un abrazo en el aeropuerto de Ezeiza.

---Tranquila. ¿Sabes algo de...? ---se refería a Tom, su marido.

---No. No he sabido nada después de la última llamada de la semana anterior. Me sorprende que no se haya acercado al restaurante.

---¡Mejor!

---Sí, mejor.

---Vos no pienses en él. Vos andá y llenate de los abrazos de tu mamá, de tu madrina. Sácate toda esta mierda que viviste, afuera.

---Gracias por todo, Jime.

---Nada que agradecer.

---Es mucho dinero y no sé cómo haré...

---Si decidís quedarte y no volver, me girás la plata cuando puedas. No hay problema. Ya lo hablamos.

---¡Gracias, cariño! Gracias por todo lo que has hecho por mí.

---Nada que agradecer. Fue un placer tenerte conmigo.

---Fue mucho más que eso. Tú lo sabes. Tú me salvaste de ese infierno.

---Dami. Vos te salvaste sola. Por eso, quiero que... ---Se detuvo, la miró a los ojos y agregó--  
-. Que seas feliz.

---¿Feliz? Qué lindo suena eso. Dios quiera que alguna vez logre serlo.

---¡Lo vas a ser! ¡Vas a ver! Ahora... andá y enfrentá todos esos fantasmas que se vinieron con vos en la valija.

---¡Gracias, amiga!

Subió al avión, y mientras la gente se acomodaba en sus asientos, su mirada se perdía entre el paisaje del aeropuerto. Una lágrima se escapó sin buscarla ni esperarla. Una lágrima que sabía amarga y fuerte como el ron. Como el ron que había acompañado a Marisa durante muchos años después de la muerte de su hermano.

El avión despegó, se perdió entre las estrellas. Y su mente también...

*Luego del fallecimiento de Braulin y a pesar de los ruegos de Marisa y de Margarita, el gerente general del hotel de La Catalina no pudo o no quiso contratar a su empleada nuevamente. Marisa estaba devastada y la idea de no poder mantener a sus hijos le carcomía la mente y el corazón. Damaris ganaba unos pocos*

pesos en un salón de belleza que a gatas alcanzaban para comer y nada más. Habló con cada hombre y mujer influyente de Abreu, de Cabrera y de La Catalina, pero no pudo conseguir nada fijo. Incluso hasta viajó a Gaspar Hernández, Cabarete y Sosua. Durante un par de meses, limpió casas en Orchid Bay, la villa más lujosa de Cabrera, cuidó un niño en El Jamo por unas pocas semanas, pero nada duraba.

---¡Hasta a la mismísima Joanne le he pedido empleo! ---sollozaba Marisa, avergonzada y abatida.

A casi un año de la tragedia, la mujer había caído en un pozo depresivo tan hondo del cual no tenía fuerzas ni ganas de salir. A pesar de que Margarita aseguró que jamás les faltaría para comer, sumida en pena, Marisa ya no tenía fe ni ganas de seguir adelante. Dejó de frecuentar la iglesia, no salía de su casa y la Biblia que tenía debajo de la almohada había sido remplazada por una botella de Brugal; últimamente, su única confidente. Juan y Miguel seguían yendo a la escuela por insistencia de Damaris que ponía mano dura y no daba el brazo a torcer cuando el más grande quería seguir los pasos de su hermana mayor.

Fue una época muy difícil para los cuatro.

Una noche, Damaris encontró a su madre inconsciente en el piso de su habitación con la botella de ron vacía a su lado. La realidad la espabiló de una manera abrupta y se dio cuenta de que con el salón solamente no iban a lograr salir adelante. Decidida a sacar a su familia del agujero negro en el que habían caído, se dijo que haría lo que hiciera falta con tal de ayudar a sus hermanos y a su madre.

«Debo buscar otro empleo ahora mismo», se dijo.

Tenía diecisiete, pero aparentaba mucho más. No sería fácil encontrar un trabajo bien remunerado siendo tan joven y sin estudios. Sin embargo, no había tiempo que perder; debía intentarlo. Al principio, había pensado que quizás en el salón le pudieran dar más trabajo; podría ir por las tardes. Pero, desafortunadamente, la dueña le dijo que no, que solo la conservaba por las mañanas porque sabía que necesitaba ese ingreso.

Un mediodía, con los hombros caídos, se acercó a la parada de la guagua y, mientras esperaba, se cruzó con un conocido de Cabrera, quien se ofreció a darle una bola<sup>[9]</sup> hasta su casa. En el camino, ella le contó sobre su situación y que estaba en busca de algún empleo. El hombre le comentó que había un nuevo bar que estaba a punto de abrir sus puertas y que, casualmente, estaban en busca de personal para el turno noche.

---¿Podría conectarme con la dueña, entonces?

---Sí, claro. Véngase a hablar con ella que yo le voy a comentar de usted esta misma tarde.

---Muchas gracias.

---No hay de qué.

Se entusiasmó. Si lo conseguía, podría mantener el puesto en el salón por las mañanas, también. Su madre, que no estaba al tanto de lo que hacía su hija desde hacía ya un tiempo, no fue partícipe de ninguna de las decisiones que tomó.

---Señorita, ¿Agua, jugo o gaseosa? ---preguntó la azafata y la sacó de sus recuerdos.

---Agua, por favor.

Una vez que se alejó, se entregó de nuevo a su pasado. Así había comenzado todo. En ese bar. Quizás, pensó, si hubiese contado con más amigos, con gente que la aconsejara o acompañara, todo hubiese sido distinto. Quizás.

Amigos...

Ya que contaba con Jimena en su vida, las cosas tomaban otro color. Sola, en un país muy distinto al suyo, encontrarla había sido una balsa en medio de la tempestad. Igual que Jessica lo había sido en su momento. Pensar en ella la llevó a pensar en qué sería de su vida. Una vez que había decidido partir, perdió contacto con ella y ya no supo más nada. ¡Qué lindo hubiera sido

caminar juntas de la mano! Compartiendo todo, como lo habían hecho años atrás.

*Jessica tenía la misma edad que ella, pero su presente y su futuro eran muy diferentes a los de Damaris. Continuaba sus estudios en el liceo, su familia era la dueña del colmado más grande en Abreu y sus tíos vivían en Nueva York. Cuando venían de visita, le traían infinidad de regalos y partían con la promesa de que un día Jessica se iría con ellos para terminar sus estudios y triunfar en el exterior. El sueño de la mayoría de sus amigas era aquel que Jessica cumpliría en poco tiempo. Aun así, no le excitaba la idea de irse a los Estados Unidos. Soñaba con casarse con Ángel, el hijo de un reconocido chofer de guaguas que vivía en La Catalina. Desgraciadamente para ella, él hacía un tiempo que vivía en Santo Domingo y, debido a su ausencia, se la pasaba llorando por los rincones desde su partida.*

Damaris sonrió recordando las palabras de Jessica con respecto al «amor de su vida».

*---Yo me marcho a Santo Domingo el próximo año, Damaris. No me importa lo que digan mis padres. Me iré. Necesito tenerlo cerca, amiga ---sollozaba entre las almohadas de su cama mientras Damaris prestaba el oído y la escuchaba con atención.*

*---Pero, Jessi..., cariño. Pronto tú te irás a Nueva York. Allí te olvidarás de Ángel y verás cómo todo cambia y será mejor. Créeme, nena.*

*---No, no.*

*---Jessica, por Dios.*

*---¡Oh, Dami! Esta noche... esta noche tienes que venir al parque conmigo. Parece que él está aquí, en La Catalina. Prométeme que iremos, ¿sí? Necesito verlo, hablarle...*

*---No lo sé. No creo que...*

*---¡Pero, Damaris! ---protestó.*

*---Jessi... no sé cómo tú puedes estar pensando en un muchacho cuando tu vida está a punto de cambiar y...*

*---¡A mí no me importa ese viaje y tú lo sabes! ¡Al diablo con mis tíos! Yo no quiero irme de aquí. Este es mi lugar.*

*---Pues yo sí. Ojalá tuviera la misma posibilidad que tienes tú. A veces pienso que eres... que eres muy desagradaída.*

*---¿Desagradaída?*

*---¡Sí! ¿Es que acaso no ves el gran futuro que tienes por delante? Deja esa vaina<sup>[10]</sup> del amor y concéntrate en tu futuro.*

*---No me importa el futuro si no está Ángel en él.*

*No podía creer lo que escuchaba, la embargaba un sentimiento de envidia y resentimiento tan grande que se puso de pie y abandonó la casa de su amiga. No podía ser que, teniendo la posibilidad, no quisiera salir de aquella realidad tan injusta, pobre y cruel que la vida les mostraba. Claramente, Jessica no sufría ni una pizca lo que Damaris cada día. En ese momento lo entendió.*

*Aunque su amiga no la juzgaba, sino que la ayudaba y apoyaba, cada día se alejaban más y más. Sin buscarlo, las realidades de las dos modificaron su amistad y su futuro. Por eso, cuando Damaris comenzó a trabajar en el bar de Cabrera, Jessica ya no la frecuentaba con la misma intensidad que antes. Se adoraban, sí. Pero Damaris debía ocuparse de la familia y no contaba con el tiempo para suspirar por muchachitos y soñar con un futuro mejor. Para ella lo más importante era el aquí y el ahora. Comer y sobrevivir.*

Se quedó dormida y se despertó con el anuncio de que estaban a punto de aterrizar en Panamá. Se acomodó en el asiento, sacó el alfajor que le había regalado Jimena y se sorprendió al encontrarse con una notita pegada en la parte de atrás del envoltorio:

«Amarse a uno mismo es el principio de una historia de amor eterna». Oscar Wilde.

Amate. Vales mucho. Volvé o tiro la yerba que compraste.

Jime.

Sonrió y no pudo evitar emocionarse. No solo por el gesto, sino por la frase que había elegido para ella. Justo para ella que no se había amado jamás. Nunca.

---¡Cuero![11] ¡Cuero! Ahí viene el cuero...

Una voz burlona sonaba en su cabeza como si aquel que se reía de ella estuviera sentado a su lado en el avión. Apretó los parpados con fuerza intentando que los recuerdos la dejaran en paz tan solo un momento para que pudiera descansar.

---Con diecisiete años y trabajando en un bar. ¡Dios mío! ¡Una vergüenza! ---comentaba una vecina a sus espaldas mientras esperaba a que la atiendan en el salón.

---Esta niña va por mal camino, yo sé lo que le digo ---agregaba otra con cizaña.

Y así, los comentarios sobre su vida iban aumentando día tras día. Todos opinaban, todos tenían algo para decir. La única persona que la protegió y acompañó fue su madrina. Ella supo entender que en verdad la familia necesitaba otra entrada de dinero y era consciente de la falta de trabajo en el pueblo. Cuando se enteró de que había conseguido un puesto en el bar por las noches, habló con su esposo y juntos decidieron ayudarla. Le pagarían a un concho[12] de confianza para que la fuese a buscar cada noche y la llevara sana y salva a su casa.

Doña Margarita Peñaló era su ángel guardián y lo único bueno que el mundo le ofrecía. Damaris solía apoyar su cabeza sobre el regazo de la mujer y conversaban sobre los últimos sucesos. Sus manos le transmitían paz y tranquilidad. Con cada roce, los problemas no parecían tan graves. Aunque su espíritu rebelde, enojado con Dios y con el mundo, bramara en su interior, aquella mujer era capaz de devolverle la armonía con una simple caricia.

---Ay, mi niña. Se está metiendo en un lugar donde alguien de su edad no debería estar. Temo por usted, por su seguridad y por su salud. Trabaja demasiado. ---La contempló con ojos compasivos. --- Pero cuénteme, ¿cómo está mi comadre?

---Igual, madrina, igual ---respondió con un tono cansado---. No hay cambios y cada día encuentro más botellas en la casa. Sospecho que le encarga a uno de los niños que se las compre. ¿Puede creerlo? Ayer me acerqué a pagar la deuda que teníamos en el colmado[13] y no me sorprendí cuando vi que había mandado a pedir fiado todo lo que se bebe. Claro que no pude pagar todo... ha quedado un resto para la siguiente paga.

---¡Qué tristeza tan grande! ¡Dios ilumine a esa mujer! Lamento tanto que usted tenga que arrastrar con los problemas de su madre. A mí ya no me escucha, y muchas veces me cierra la puerta en la cara y la tranca para que no entre.

---Ya no sé cómo ayudarla, madrina.

---Hace demasiado por ella y por sus hermanos, cariño. No se agobie más por eso. Sabe que de ella depende salir del agujero en el que ha caído. Mientras tanto, acá estamos nosotros para usted, ¿sabe?

---Lo sé. Gracias.

---Nos queda pedirle al Señor que nos ilumine.

---Si es que se acuerda de nosotros.

---Siempre lo hace, mi niña. Siempre.

Caminó de una punta a la otra del aeropuerto de Panamá. En dos horas saldría el vuelo que la llevaría de regreso al mar, al calor, al sol y al coco. Al merengue, al aroma de la selva y de las trinitarias[14]. Después de recorrer con la mirada la fila de asientos, eligió uno pegado al cristal que la separaba de la pista de aterrizaje. Aún no amanecía. Se conectó a la red de internet y le

escribió un mensaje a Jimena, avisándole dónde estaba y agradeciéndole la nota y el alfajor. Después le envió uno a su madrina, diciéndole que llegaría esa misma tarde en el último servicio de Caribe Tours. Le rogó que por favor no le dijera nada a nadie, que quería que fuese una sorpresa. Guardó el celular y se echó hacia atrás.

*La primera vez que Damaris puso un pie en el bar de la carretera Cabrera-Rio San Juan fue una tarde lluviosa y fresca. Toda mojada llegó hasta la oficina de la dueña del lugar para conversar sobre los detalles del trabajo. Su vecino, quien le había comentado del puesto, trabajaba en el restaurante ubicado justo al lado del bar. Doña Rosita, la dueña y propietaria de ambos negocios, era una señora un poco fría y distante. Damaris la conocía por nombre nada más, y lo poco que había averiguado de ella estaba relacionado con su reputación como jugadora empedernida y sus gustos por los hombres más jóvenes que ella. Lejos de llevarse por los comentarios ajenos, Damaris estaba dispuesta a conocerla y comenzar a trabajar sin ningún tipo de prejuicio. Sin embargo, cuando abrió la puerta y se encontró con un muchacho unos años más grande que ella, sirviéndole un café y mirándola con intención, los comentarios oídos se convirtieron en una aparente realidad.*

*«En sus gustos parece que no se equivocaron», pensó intentando no reírse de la situación.*

*Mientras esperaba a que la señora cortara una conversación telefónica, Damaris observó el lugar con atención. El cuadro era tétrico: una oficina calurosa con un ventilador que no arrojaba más que aire caliente. Vasos vacíos con olor a ron dejaban marcas sobre los papeles en el escritorio. El hedor del lugar se le impregnó en las fosas nasales y le provocó ganas de vomitar, pero... no se movería. Rosita colgó el teléfono, le sonrió y comenzó a hablar.*

*---Aquí me han dicho que necesita trabajo.*

*---Así es, señora.*

*Le explicó sobre el rol que debía cumplir, el horario y la paga. Esta última no era muy buena, pero en la posición en que su familia se encontraba no podía darse el lujo de rechazar un trabajo en el cual no le habían exigido ser mayor de edad. Lo habría aceptado, aunque tuviese que trabajar por limosnas. Sus manos transpiraban y, desde el otro lado del escritorio, Rosita notó la desesperación a través de sus ojos verdes. Por eso, jugó hábilmente con su necesidad desde el primer día. Damaris lo supo, pero nada podía hacer.*

*---Su atención, por favor. El vuelo número 2346 con destino a Santo Domingo se encuentra a punto de abordar. Por favor dirigirse a la puerta de embarque número...*

La llamada por altoparlante la devolvió a la realidad e inspiró con fuerza. Se puso de pie con velocidad y caminó hacia las mujeres que recibían los pasajes para abordar. Subió al avión y, apenas tuvo oportunidad, pidió un café sin azúcar. Necesitaba sacarse de encima esa sensación horrenda que le provocaba pensar en el bar y en lo que había traído a su vida.

## Capítulo 4

### De sol y de palmeras

*Todos provenimos del mar, pero no todos somos del mar.  
Aquellos que sí lo somos, los hijos de las mareas,  
tenemos que volver una y otra vez.  
De la película *Chasing Mavericks*.*

Llegó a Cabrera cerca de las siete de la tarde. El vehículo se detuvo en el parque del centro de la ciudad y, lentamente, tomó su cartera y el abrigo que había usado en Buenos Aires, para bajar. No quedaban muchos pasajeros, así que el chofer estaba algo apresurado por seguir viaje.

---Cabrera. Cabrera ---gritaba desde la puerta.

Damaris le sonrió para suavizar sus gestos y le agradeció al pasar por su lado. Cuando puso un pie en la vereda, una voz chillona la recibió como un rayo.

---¡Niña! ---Giró la cabeza y la vio venir. A ella, a su ángel guardián. A su madrina Margarita.

---¡Madrina! ---Corrió a los brazos de esa mujer sin importarle las palabras del chofer que le entregaba la valija.

---¡Por fin! ¡Después de tanto tiempo! ---Su madrina lloraba y Damaris no pudo aguantar más. Dejó salir ese dolor que llevaba encima desde hacía seis años.

---No deseaba volver ---le confesó entre sollozos y sin faltar a la verdad.

---Ay, cariño. ¡No me diga eso! Venga, venga. Vamos a la casa que su mamá se va a poner feliz cuando la vea, si es que no se nos muere antes ---bromeó.

Tomaron el equipaje de Damaris y lo cargaron en la jeepeta[15] del hijo de Margarita, quien las esperaba estacionado junto a la iglesia.

---¿Damaris?

---¿Kelvin? ¿Eres tú? ---La última vez que lo había visto aún estaba en el liceo.

---Así es. ¿Cómo has estado?

---Bien, muy bien. ¿Y tú?

---Tú sabes. Aquí en la faena, siempre es lo mismo. Todo sigue igual.

---Bueno, bueno. Vámonos que quiero llegar pronto a la casa. Suba, mi niña ---le dijo Margarita a Damaris, quien se había detenido para observar el parque con atención---. Ha cambiado mucho ---comentó.

---Sí, ¿verdad? Se ve todo más bonito.

---Usted está más bonita y por eso lo ve todo mucho mejor. ---Sonrió y la invitó a acomodarse en el asiento de atrás.

En apenas unas cuadras ya estaban en la carretera. El tráfico en el corazón de Cabrera, y a esa hora, estaba bastante pesado así que avanzaban con lentitud. Cuando doblaron hacia El Puerto, la

mente de Damaris ya no se encontraba ni dentro del carro ni en ese tiempo. Se había remontado ocho años atrás cuando había bajado en aquella esquina para llegar al bar en su primer día de trabajo.

*Aquel día había salido del salón, se había tomado la guagua hasta Abreu donde almorzó con sus hermanos, se duchó y se preparó para el siguiente empleo. Los nervios le hacían vibrar el estómago y, sentada junto al conductor, tuvo que obligarse a respirar profundo y tratar de conservar la calma para que él no oyera el crujir de sus entrañas. No podía darse el lujo de lucir insegura y nerviosa. A las seis en punto, Damaris estaba en la puerta del bar esperando a una tal Miriam. Según le comentaron las muchachas de la banca[16] que estaba pegada al bar, era la hija de Rosita. Le explicaron que la señora se había casado con un extranjero siendo muy joven y, tras su muerte, le había dejado una gran fortuna. Las tres hijas del matrimonio se habían mudado a Italia con la familia de su padre. Doña Rosita se había quedado a cargo de los campos y de los negocios de su marido, pero su pasión por el juego fue dejando sus bolsillos cada vez más vacíos. Con lo poco que le quedó, invirtió en comprar el restaurante y el bar.*

---¿Doña Rosita? ---le preguntó a su madrina mientras avanzaban por la carretera. De fondo sonaba una bachata que no reconocía.

---¿No te lo he contado? Falleció, la pobrecita. Dios la tenga en su Gloria.

---¿¡Cuándo!?

No era la noticia que esperaba oír. Aun cuando no estuviese de acuerdo con su manera de vivir, guardaba un bello recuerdo y, en parte, estaba agradecida por haberla ayudado en aquel momento de tanta necesidad.

---Mmm... déjame pensar. Más o menos, un año.

---Pero... cuénteme. ¿Qué le ocurrió?

---Un accidente.

---¡Oh, no! ---Damaris se tapó la boca para reprimir el estupor que le había causado la noticia.

---Iba montada en un concho y una guagua los embistió de frente saliendo de Payita. Logró sobrevivir, pero al tiempo, su salud se complicó y...

---Dios la tenga en la gloria.

Volvió su mirada hacia el verde y las palmeras que le indicaban que se acercaban a La Catalina mientras pensaba en Miriam.

*La italiana había llegado a Cabrera dispuesta a ayudar a su madre en los nuevos negocios; le había ofrecido encargarse de la gerencia de ambos: el restaurante y el bar. Entre idas y vueltas, acordaron que el marido de Miriam manejaría el restaurante y ella el bar, mientras que su madre se dedicaba a descansar en un sillón y a jugar a la lotería sin parar; intentaba, con desesperación, recuperar su fortuna. Pero, aunque había dejado a su hija a cargo del negocio, las decisiones más grandes siempre las tomaba ella.*

*La aparición de Miriam fue una salvación para Damaris quien, si bien se mostraba segura y aplomada, temblaba de los nervios. La presencia de otra mujer la relajó. Recordaba el episodio en el colmado de Abreu que había metido preso a su padre, las noches de peleas y golpes entre su madre y su padre por la maldita bebida. Y ella, en esa situación, se estaría convirtiendo en la proveedora de alcohol de aquellos hombres que, como su padre, dejaban a sus familias para pasarse de tragos, acostarse con sus amantes y abandonar a sus hijos. Recordar a Dalmiro la entristeció. Ya no se sentía ni tan feliz ni tan ansiosa.*

*El nerviosismo del primer día se disipó con la audacia, el buen humor y el trato de Miriam y de los*

*empleados del restaurante que las ayudaban constantemente. Con café de por medio, Miriam habló del hijo que dejó en Italia, de sus gustos, de su historia y de la relación con su madre. En un par de horas, Damaris se enteró de muchos secretos que la italiana albergaba y sintió que, más que una jefa, encontraba una gran compañera. Su primera noche fue amena; como era miércoles, no sirvió más que un par de cervezas. Un comienzo tranquilo le vino bien para acostumbrarse a la rutina nocturna. Miriam y ella pasaron toda la noche conversando y compartiendo vivencias hasta que el reloj marcó las doce y media y, sin ningún cliente, decidieron cerrar. La mujer llamó a su marido y ambos la llevaron hasta Abreu. Damaris entró a su casa y encontró a sus hermanos bañados y dormidos. Marisa, como siempre, encerrada en su habitación. Margarita la esperaba en la cocina mientras bebía una taza de café.*

*---Mi niña... ¿Cómo le ha ido? ---le preguntó su madrina mientras le devolvía la sonrisa.*

*---Ha sido un muy buen comienzo. Estoy muy contenta, aunque un poco cansada.*

*---Váyase a dormir. Lavo esto y me devuelvo para la casa. Solo quería saber cómo le había ido en su primer día.*

*---Gracias por todo, madrina.*

*La besó en la mejilla, y con una sonrisa terminó su primera jornada laboral. Antes de acostarse, controló que su mamá estuviese bien, y una vez que lo hizo, más tranquila y con el cansancio a flor de piel, durmió como un angelito creyendo que las cosas, por fin, se iban acomodando.*

*---¡Ilusa! ---se le escapó en voz alta.*

*---¿Cómo?*

*---Nada, madrina. Nada. Cuéntenme cómo está mi mamá. ¿Sigue yendo a la iglesia? ¿Los niños?*

*---Ellos mismos te contarán.*

La jeepeta ingresó al solar, que aún seguía repleto de guandules, y los primeros que salieron a recibir a los recién llegados fueron sus hermanos. Damaris los contempló desde el interior del vehículo, buscando en ellos a los niños que había dejado al partir. Altos, erguidos, enormes; no se parecían ni un poco a aquellos que había despedido al marcharse. Juan era todo un hombre, y Miguel ya casi lo alcanzaba en altura. Detrás apareció ella, con un trapo en la mano y la cabellera envuelta en una redecilla. Desde donde se encontraba podía notar las arrugas que enmarcaban su rostro. Los años habían pasado para las dos. Sonreía.

La primera en bajar fue Margarita. Kelvin, en cambio, ni se movió.

---Buenas noches ---saludó la mujer y subió los escalones que la separaban de los muchachos.

---¡Comadre! ¿Qué hace por acá a esta hora?

Damaris observaba el intercambio con expectativa. No sabía qué hacer. Estaba segura de que su madrina había pensado algo para darle la noticia a su mamá, pero lo desconocía. Y si lo había mencionado en el viaje, no lo había escuchado.

---Vine de visita. ¿Podrá ser una tacita de café?

---Claro, comadre. Venga. Pase. Vamos, Juan... Miguel.

El sonido de una puerta cerrarse los sorprendió y los detuvo en el umbral de la puerta.

---¿Y a mí? ¿Nadie me invitará a pasar? ---preguntó Damaris desde la puerta de la jeepeta.

---¿Damaris? ---inquirió Juan, incrédulo.

---¿Mamá? ¿Esa es...? ---agregó Miguel.

---¡Hija! ---Marisa corrió hacia ella y la encerró en un abrazo apretado, confirmando las dudas de sus hermanos---. Mírate. Mírate cómo has cambiado. Estás... tan...

---Bonita ---agregó Margarita a un costado.

---No, bonita, no. ¡Hermosa! Mi hija está hermosa. ---Los ojos de Marisa colmados de lágrimas la enternecieron.

Sí. Había sido injusto alejarse de aquellos que tanto la querían y que tan bien le hacían.

---Mamá... ¡Tú estás hermosa! Estás mucho más delgada. Cuéntame cómo has hecho.

---Ven, ven. Hay que celebrar. ¿Y tú, malvada? ¿Por qué no me habías dicho nada? ---preguntó dirigiéndose a su comadre.

---Me enteré esta mañana.

---¡Juan! ¡Miguel! ---llamó a los varones para que se acercaran.

---¡Pero mira cuánto han crecido! ---exclamó Damaris al verlos venir.

Damaris los abrazó como lo había hecho tantas veces y durante muchos años. Con ese instinto maternal que fluía desde su interior, que los protegía y los acariciaba. Tantos momentos duros que habían pasado juntos, tantas tristezas.

---Entremos.

Kelvin bajó la valija de Damaris, se despidió con un bocinazo y Margarita avanzó junto a toda la familia hacia el interior. El café se hizo cena, postre y más café. Los muchachos se fueron a dormir aturdidos por las charlas de las mujeres. Cuando por fin se quedaron solas, una pregunta se soltó de la boca de Margarita. No quería hacerla, pero pendía entre sus dientes, esperando el momento oportuno para deslizarse fuera.

---¿Por qué has venido sola, cariño? ¿Y Tom?

---Las cosas con Tom no están nada bien.

---¡Uf! ¡Qué suerte! Porque el americano sigue aquí.

---¿Cómo dijo, madrina?

Margarita miró a Marisa, y notó a través de la mirada que le destinó su amiga que se había equivocado y mucho. No debió hacer ese comentario sin antes hablarlo con su comadre. Había que manejar bien la información. Inmediatamente, se maldijo por abrir la boca.

---Emm... ---La mujer dudaba si seguir hablando o no hasta que Marisa intervino y lo confirmó.

---Él sigue aquí, Damaris. No se ha ido ---le confesó.

Si la hubiesen metido en una tina con hielo, el shock no hubiese sido tan fuerte.

---Pero... sí...

La cabeza le daba vueltas y vueltas. Apretó las manos contra el borde de la mesa y permaneció de esa manera por unos cuantos minutos; observando los detalles de la madera como si fuese oro. No podía reaccionar.

¿Estaba ahí? ¿Es que acaso...? ¡No! ¡No! No podía ser.

---Damaris... él... ---quiso agregar Margarita.

---Comadre ---la detuvo Marisa---, dejemos que se recueste y mañana más tranquila, si lo desea, le contaremos qué ha pasado.

---Tienes razón. Perdón ---comentó la mujer arrepentida.

---Vamos a la cama, hija.

Se dejó llevar hacia la que había sido su habitación y le permitió a su madre cuidarla como lo había hecho antes de la muerte de Braulin; cuando los días eran más tranquilos y no había nada de qué preocuparse, más que de ser feliz. Cuando los días eran alegres, las mañanas soleadas se disfrutaban y el futuro era una quimera.

---¿Cómo es eso que las cosas están mal con Tom? No me habías dicho nada, hija.

---Nos hemos separado, mamá.

---¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué pasó?

---Bueno... es muy largo, pero él... ---Sin querer se llevó la mano a la boca donde la cicatriz aún se le notaba---. Él se ha enamorado de otra mujer.

---¿Qué? ¡No lo puedo creer! ---Marisa esperaba más información, detalles. Sin embargo, Damaris no dijo mucho más.

---Mamá... estoy muy cansada. Te prometo que te contaré todo, pero no hoy, ¿okey?

---Tienes razón. Mañana conversaremos más tranquilas.

---Gracias.

---¡Te extrañé tanto, cariño!

Le desató el cabello y, con paciencia y dedicación, lo acarició hasta que se quedó profundamente dormida.

## Capítulo 5

### Lo de antes y lo de ahora

*El pasado late dentro de mí como un segundo corazón.*

John Banville

---**B**uenos días ---saludó Marisa desde la puerta de la habitación de Damaris con una tacita de lata entre las manos.

---Hola ---le dijo cuando abrió los ojos.

---¿Cómoda?

---Sí. Estaba muy cansada.

---Ya lo creo, mi amor. ¿Quieres desayunar?

---Me muero de hambre.

---Vamos. Ya está todo listo.

Se levantó, se lavó la cara y en lo primero que pensó fue en Jimena y en su ritual de la mañana. El café, las tostadas y el dulce de leche. Sonrió y, antes de sentarse a la mesa, tomó el celular.

---¿Tienen conexión aquí?

---Sí, mi vida. ¡Miguel! ¡Miguel! Dile a tu hermana cómo tiene que hacer para conectarse.

Miguel salió de su habitación y ayudó a Damaris a conectar su teléfono. Una vez que lo logró, recibió unos cuantos mensajes. Walter le enviaba saludos, Victoria y Jimena le habían escrito varias veces. Tom también le había enviado un mensaje, pero enseguida lo eliminó. Le respondió a su amiga con una foto de su desayuno: una taza de café con unas galletas que acababan de traer de la panadería. Su amiga le respondió con una imagen de la pava guardada en la alacena y un comentario: «Guardada hasta que vuelvas». Damaris rio y Marisa se la quedó mirando, embelesada por la imagen de su hija a su lado.

---¡Qué bello es tenerte, Damaris! No sabes lo mucho que te he echado de menos.

---Y yo a ustedes. Muchísimo. ---Estiró el brazo y le acarició la mano.

---Cuéntame de Argentina. De Jimena. ¿Cómo está ella? Me encantaría conocerla. Dile que venga de visita. Y... no me he olvidado de lo que me contaste anoche. Me gustaría saber qué ha pasado con Tom. Todo, cariño. Todo.

Hablaron por un largo rato acerca de los seis años que había pasado en Buenos Aires. Del clima, de los argentinos y su tonada. Del mate. Del restaurante, de Walter y de Victoria. Damaris le mostró fotos de mucha gente, de muchos lugares. Marisa escuchaba atenta y sonreía ante los comentarios de su hija.

---Hermoso todo... pero ¿qué sucedió con Tom, hija? Se los veía felices, enamorados.

---¿Enamorados? Eso jamás. Por lo menos, no de parte de ella.

---Mamá. ---Se puso de pie y se alejó de la mirada de Marisa, dándole la espalda. Iba a mentir. Mentiría por el bien de todos---. Hace unos meses descubrí que me engañaba. Lo enfrenté, discutimos, me marché a la casa de Jimena y no lo he vuelto a ver. Fin de la historia.

---Pero... ¿No ha intentado recomponer la relación?

---No. Y tampoco quiero que lo haga. ¿Tú, acaso, hubieses perdonado a papá?

---Jamás.

---Entonces me entiendes.

---Nunca pensé que él fuera un hombre capaz de eso

«¿De eso? ¡De eso y de mucho más! ¡Si supieras!» pensó Damaris.

---Bien. Ahora que ya sabes... quiero que me cuentes todo lo que ha pasado por aquí.

Luego fue el turno de Marisa. Su mamá le comentó acerca de las novedades en el pueblo. Le habló de la muerte de Rosita y de algunos otros vecinos. De la delincuencia, de los robos. De los cambios en la ciudad y del nuevo síndico de Cabrera. Le dio detalles de la vida de los muchachos. Juan había comenzado a trabajar en una finca en Romerillo y Miguel estaba preparándose para estudiar en Santo Domingo.

---¿Y tú? ---Quiso saber Damaris---. ¿Cómo estás tú?

---Yo estoy bien, hijita. Ahora que te tengo aquí, soy feliz. Por fin tengo a mis tres hijos conmigo. La felicidad es casi completa. Siempre me va a faltar...

---Lo sé, mamá. Lo sé. ---No hizo falta decir su nombre. Braulin siempre estaría en sus pensamientos.

---¡Buenos días! ---La voz inconfundible de Margarita inundó la cocina.

---¡Pase, comadre! ¡Pase!

---Vengo a ver a mi niña.

---Aquí está. Contándome todo acerca de Argentina.

---Cariño, Kelvin no ha parado de preguntar por ti.

---¡Mírala! Recién ha llegado y ya rompe corazones.

---¡Mamá!

---¿Qué? Ahora que ya no tiene marido...

---¡Pero escúchela, madrina! ---se quejó Damaris entre risas.

---A eso he venido. Quiero saberlo todo.

---¡Ja! ¿Conque quieren saberlo todo? ¡Chusmas! ---bromeó.

Conversaron hasta cerca del mediodía. Tuvo que repetir la misma historia inventada de su separación y le dolió mucho tener que mantener esa fachada. Sin embargo, no podía decirles en lo que se había convertido Tom al poco tiempo de casarse con él. Que sus sospechas eran ciertas, que los consejos que le habían dado eran acertados y que ella..., y solo ella, había estado equivocada. Lamentablemente, debía pagar con creces ese error.

Cocinaron juntas. Rieron, se abrazaron en cada oportunidad que tuvieron. Prepararon arroz con habichuelas y algunos tostones para consentir a la recién llegada. El día transcurrió entre

sonrisas e historias. Solo dejaron de hablar durante la siesta. Marisa se encerró en su cuarto a descansar y Margarita partió para hacer lo mismo. La casa quedó de pronto en silencio y, pese a que intentó dormir un poco, no lo logró. Se dirigió a la cocina y puso la greca en el fuego para calentar el café que había quedado. Apoyada en la mesa, cerró los ojos y regresó a esa noche fatídica. Esa noche en que Tom había venido a buscarla y todo se había precipitado. Recordarlo hizo que sus ojos vagaran por el piso y se detuvieran en el lugar donde él se había arrodillado para pedirle matrimonio y ella, aún sin amarlo, había dicho que sí. Apagó la cocina y dejó la taza vacía a un costado. Necesitaba tomar aire.

Salió al jardín y se detuvo frente a la puerta de entrada. Las cosas no eran como en Argentina. No podía salir y tomar algún colectivo para dirigirse a un lugar desconocido. A un lugar donde tampoco la reconocieran a ella. Aquí, cada rincón tenía recuerdos marcados a fuego y no encontraría un sitio el cual no esté impregnado de los hombres que marcaron su pasado, modificando su presente y, también, su futuro. Abrió la puertita de alambre y caminó sin rumbo fijo por el costado de la carretera. Llegó a La Bodega y comenzó a subir la loma. Continuó subiendo, metiéndose de a poco en la profundidad de la tierra que la vio nacer. Mientras avanzaba, recordaba cada detalle que había envuelto su juventud y la llevaba de vuelta a aquella semana en que su vida había tomado otro rumbo.

*Damaris llevaba unas cuantas semanas trabajando en el bar con Miriam, y las imágenes que ella creía que vería en aquel sitio estaban muy alejadas de las que había presenciado hasta el momento. No había habido ningún exabrupto, ninguna pelea. Ninguno de los hombres había llegado al extremo por la bebida. La gran mayoría de los clientes la respetaba y le tenía paciencia cuando, tal vez, se confundía los pedidos o las cuentas. Miriam le era de mucha ayuda. Habían entablado una gran amistad a pesar del poco tiempo que llevaban juntas. Pasaban las horas charlando o escuchando música, viendo videos o cantando karaoke. Hasta las diez de la noche, el bar siempre estaba tranquilo, uno o dos clientes que se acercaban por un trago y nada más.*

*---Niña ---le dijeron unos días después de comenzar---. Mañana, tráigase unos zapatos bien cómodos porque no pararemos ni para beber un chin<sup>[17]</sup> de agua. Comienza la temporada alta y el pueblo se ha llenado de extranjeros.*

*---Okey.*

*Damaris despertó aquel sábado cansada pero feliz. Luego de prepararle el desayuno a sus hermanos, atendió a su madre, que parecía estar un poco mejor, más animada. Inclusive, la habían convencido de almorzar con ellos ese mediodía. Terminó los recados y se dirigió al salón. Trabajó hasta las doce como de costumbre, compró vegetales y arroz, con los pocos pesos que le dieron, y se montó a la guagua para volver a casa. Al llegar, preparó la comida y almorzaron los cuatro juntos. En la mesa, solo se oía a los niños y sus conversaciones infantiles que alegraban a las mujeres. Damaris estaba segura de que, para curar a su madre, no habría mejor medicina que el amor y las sonrisas de sus hijos. El espacio vacío de Braulin siempre viviría entre ellos, pero había que salir adelante y abrazar ese dolor para poder seguir existiendo.*

*Esa tarde decidió llevar a sus hermanos a disfrutar de la playa. Los tres pasaron una hermosa jornada en El Bretón. Nadaron, jugaron y disfrutaron del sol, del agua fresca y de la paz que aquella solitaria playa les regalaba. Casi nadie se bañaba allí, ya que la piscina de La Catalina y Playa Grande eran los sitios elegidos por los lugareños y turistas. La hora de regresar se hizo presente, entonces tomaron sus cosas y volvieron a casa. El cuadro que encontraron los dejó estupefactos. Marisa barría la galería moviendo las caderas;*

*Antony Santos sonaba de fondo como hacía años no lo hacía.*

*Su mamá cantaba a los gritos y desafinando;*

*---Algo, algo, algo grande viene a la tierra. Predica, que todavía hay luz.*

*El olor a habichuela dulce les empapó las narices. «Un milagro», pensó Damaris quien corrió junto a su madre para constatar lo que veían sus ojos. Marisa se había bañado y, como por arte de magia, había salido del letargo. Las ganas de celebrar inundaron el lugar, y los cuatro se unieron al baile sonrientes, divertidos... felices. Nunca nadie supo qué había ocurrido durante esas horas en que se ausentaron, y menos sobre el milagro que aconteció aquel sábado en Abreu.*

*Aunque Damaris creyó que la mejoría de su madre traería consigo la paz, la tranquilidad y el alivio que necesitaba, poco tardó en darse cuenta de que Marisa ya no era la misma. A pesar de que se la notara alegre, comiera, cocinara y atendiera a sus hijos, había algo que no encajaba.*

*---Mami, ¿por qué no vienes conmigo al bar y conoces a Miriam? ¿Quieres? ---le preguntó mientras se alistaba para salir.*

*---No. No quiero salir de mi casa. Aquí estoy bien.*

*---Pero... mamá.*

*---¡No! No estoy lista. No quiero ver a nadie. No quiero que nadie me pregunte nada.*

*---Está bien... ---Se acercó y le depositó un beso en la coronilla---. Ya te sentirás mejor.*

*No había más opción que continuar con los dos empleos como hasta el momento y olvidarse de la leve esperanza que se había filtrado esa tarde cuando la vio resurgir de las cenizas; la de finalizar el liceo o estudiar en la universidad. Al zafacón[18] fueron a parar los vestigios de sus sueños. Sin embargo, había motivos suficientes para sonreír; su mamá estaba mucho mejor. Por eso, esa tarde entró al bar con el rostro iluminado. Miriam se alegró de la situación y después de escuchar atentamente lo ocurrido, la sorprendió con una pregunta; ---Damaris... ¿Nunca te has enamorado? Con lo bella que eres, sospecho que pretendientes no te han de faltar.*

*Miriam era así. De un momento a otro le hablaba de ella, de su madre y luego cambiaba el tema y terminaba haciéndole preguntas muy íntimas como aquella que acababa de hacer. Esos cambios la hacían sentir algo incómoda, pero con el transcurso de los días, se fue acostumbrando al humor y al carácter de su jefa.*

*---No, señora. ¡Qué va! Si no he tenido tiempo de pensar en eso. Solo un muchacho del Jamo se me ha acercado hace un tiempo, pero nada importante. Ahí no ha pasado nada. Aunque... ---Sonrió avergonzada.*

*--- ¿Qué? ¡Cuéntame, anda! ---Damaris sabía que no iba a poder salvarse de las inquisiciones de la italiana y no tuvo opción. Desempolvó un secreto que tenía bien guardado y del que nadie supo jamás.*

*---Un compañero del liceo se me declaró hace un par de años. Es un chico apuesto, educado, aunque un poco mujeriego. Me juró que me amaba. Me dijo que en la única que pensaba era en mí... ¡Ja!*

*--- ¿Y? ¿Qué ocurrió? ¿Lo rechazaste? ---La niña asintió---. ¿Por qué? Dímelo.*

*---Porque ese muchacho es el amor imposible de mi mejor amiga que es como mi hermana. Jamás se lo he dicho; de saberlo no me consideraría nunca más su amiga. Aunque confieso que un poco me gustaba, no cambiaría la amistad de Jessica por nadie. Además, con todos los problemas y las preocupaciones que tengo, no podría agregar una cosa más. ---Las dos se quedaron en silencio unos segundos. Tras pensar lo que iba a decir, Damaris agregó---: Y.. el amor, muchas veces es una complicación en momentos tan difíciles, donde hay que tener la mente fría para tomar decisiones acertadas. ¿No lo cree?*

*Miriam se quedó anonada con el comentario de Damaris. Por un lado, sintió orgullo; tenía los pies sobre la tierra aun siendo tan pequeña. Y por otro, sintió una enorme pena. ¡Cuán dura había sido la vida para ella!*

*Intentaron, en vano, seguir conversando. Los clientes empezaron a llegar y pedían tragos y más tragos.*

*Era la primera vez que Damaris veía tanta gente en el bar. Pensó en las propinas de las que Miriam le había hablado, y de la posibilidad de doblar su salario con ese dinero. Sus ojos brillaban con un esplendor distinto esa noche.*

*Eran las tres de la mañana y la juerga no parecía terminar. La banda contratada tocaba perico ripeado[19] sin parar. El marido de Miriam intentaba no dormirse y tomaba tragos en la barra mientras conversaba con ella, que se encargaba de la caja. Damaris no se sentó en ningún momento. El cuerpo apenas le respondía cuando se fue el último cliente, a quien prácticamente echaron. Miriam felicitó a la niña y, agradecida por sus servicios, extendió la mano repleta de billetes que pertenecían a la joven camarera. Esa noche volvió a Abreu con las manos llenas de ganancias y gozo. Si los días como ese se repetían, la luz de crecer y salir de aquel pozo de deudas se hacía más brillante cada vez.*

*---Y después... llegó el martes. Ese maldito martes ---dijo en voz alta ante el silencio del campo que rodeaba el camino de caliche[20].*

## Capítulo 6

### Ojos verdes

*Me sonrieron sus ojos y me tembló hasta el alma.*

Anónimo

Por culpa de unos ojos verdes, su vida se había ido al demonio. Por culpa de ese martes insulso que se suponía debía ser tranquilo. Por culpa de los Falette y de Miriam, también. Por culpa... ¿De quién? ¡De ella! Por culpa de ella que se había enamorado como una estúpida desde el primer momento en que lo vio.

*Damaris leía la lista que Miriam le había traído para que experimentara con distintos sabores y licores. Según ella, incorporar nuevos tragos a la carta acentuaría la particularidad del lugar y atraería nuevos clientes. Su estrategia era conquistar no solo a los dominicanos locales, quienes se conformaban con ron y cerveza, sino también a los extranjeros que visitaban el lugar. Para ellos quería tener un menú variado y diferente a otros bares de la zona.*

*---Una medida de ron, unas gotas de lima... bien... ---decía mientras buscaba todo lo que necesitaba para la preparación. Batía la coctelera como una verdadera profesional. Colocaba el hielo y vertía la bebida con minuciosidad. La presentación también era clave así que le agregaba algún toque diferente; un borde azucarado o salado según el sabor del trago, una sombrillita colorida, una rodaja de limón...*

*Al llegar, la italiana se disculpó por la tardanza y le explicó que había estado cenando con algunos amigos y agregó que, de un momento a otro, se acercarían al bar a beber algo y le preguntó si había logrado alguna mezcla para sorprender a los clientes.*

*---Sí, señora. Pruebe este que acabo de preparar. Está delicioso. Lo inventé yo misma siguiendo la lista que usted me alcanzó hoy ---le dijo mientras extendía el vaso.*

*Damaris, que casi no bebía, ese día había estado probando combinaciones con vodka, tequila y ron y estaba algo mareada y alegre. Las mejillas arreboladas por el calor le daban un tono diferente a su rostro, como si se hubiese maquillado.*

*---Veamos. ---Tomó el vaso y le dio un sorbo a la bebida. ---Mmm. Niña. Está delicioso. ¿Qué tiene?*

*---Whisky, leche condensada...*

*---¡Agrégalo a la carta!*

*---Ya mismo.*

*Tomó la hoja y anotó: «Maritza». Así se llamaría su nuevo trago, en honor a su mamá. Sonrió de gozo porque hacía mucho tiempo que no se sentía tan cómoda, relajada y, sobre todo, que su cabeza no pensaba en las preocupaciones que rondaban su vida. La música sonaba acompañando la noche y el clima de armonía y algarabía se desparramaba por todo el lugar. Damaris iba y venía mientras atendía a las pocas personas que había y se encargaba de rellenar las neveras, repasar la barra. En eso estaba cuando tres personas entraron al bar, haciendo bromas y saludando a Miriam por el nombre.*

*---Buenas noches. Buenas noches ---exclamó una voz femenina.*

*---¡Ey! Por fin están aquí. Pensé que no vendrían.*

*---No. Es que mira, aquí Justin quiso probar un postre en el restaurante y bueno, tuvimos que esperarlo.*

*---¿Qué ha pedido? ¿Panacota?*

*---¡Justamente eso!*

---Buena elección. Es la estrella del restaurante.

Se sentaron en la barra junto a la caja. Cuando terminó de acomodar la última cerveza, Damaris levantó la vista para observar a los nuevos clientes. Conocía a los Falette. No solo porque era un matrimonio reconocido en el pueblo por su conexión con la política, sino porque su madre había ido a hablar con ellos para pedir empleo y, como muchos, se habían negado a tenderle la mano.

---Ah... Conque los Falette ---masculló para sus adentros, mientras seguía observando la escena.

También recordaba al menor de sus hijos, quien supuestamente se había mandado a mudar a Cabarete un tiempo atrás. Se rumoreaba que había dejado embarazada a una muchacha menor de edad y los padres de ella lo buscaban para que se hiciera cargo del bebé.

Mientras observaba a la pareja y masticaba su bronca, se dio cuenta de que un par de ojos verdes no dejaban de mirarla. Sentado junto al señor, un hombre de cabello castaño, de facciones finas y estilizadas, la miraba con atención. Como si estuviese envuelta en un sueño, todo a su alrededor desapareció. Todo se redujo a ese caballero sentado en la barra, recorriéndola de pies a cabeza. Se sintió pequeña, diminuta. Miriam la devolvió a la realidad en un instante con sus palabras.

---Tráele algo a los señores, Damaris, por favor. Una cerveza o... ¿Qué desean beber?

---Una cerveza está bien. Regular, por favor ---pidió la mujer.

Nerviosa, tomó una Presidente del freezer y giró sobre sus pies para abrirla de espaldas al grupo. Respiró hondo e intentó que los nervios no la perjudicaran. Luego de unos segundos, regresó con la bebida y tres vasos. Mientras servía, podía sentir sus ojos aún sobre ella. No quería mirarlo. Con la sensación de su mirada sobre el cuerpo, alborotada, con las manos sudadas, intentaba no dejarse llevar por la energía magnética que ese hombre le inspiraba. Jamás había visto a alguien tan hermoso como él ni se había sentido tan intimidada ante una presencia masculina.

Sirvió las cervezas y se excusó con Miriam diciendo que debía limpiar los baños. Lentamente y con movimientos uniformes, trapeó el piso no una, sino cinco veces. Necesitaba tiempo para recuperarse. Desde donde se encontraba podía observarlo sin que se diera cuenta. Se acomodaba el pelo varias veces mientras hablaba y... sonreía. Sonreía con la boca bien abierta y contagiaba a sus compañeros con esa alegría. Con la mano izquierda sostenía el vaso y cada tanto le daba algún sorbo. Llevaba una camisa blanca suelta con los primeros botones desabrochados. Mientras el lampazo iba y venía, sus manos temblaban y la respiración se agitaba a medida que descubría algún otro detalle en sus movimientos o en sus gestos. Cuando ya no quedaba lugar por sacar brillo, continuó con el pasillo. Más cerca de la barra, podía escuchar que los Falette la nombraban y comentaban sobre su situación. Oyó a Miriam decir que ella era una buena muchacha, trabajadora y, aunque era menor de edad, se comportaba con responsabilidad, incluso mejor que muchos adultos que conocía. El pecho se le llenó de orgullo al oír las palabras de su amiga. Hablaron, también, de la muerte de Braulin y de la suerte de su madre.

---¡Sí! La recuerdo. Es decir, conozco a su madre. Vino a mi casa hace un tiempo atrás pidiéndome trabajo. Realmente no pude ayudarla ---dijo la señora al observar a Damaris limpiando sin parar a altas horas de la noche. Su remordimiento y pena sonaron sinceros.

El hombre hablaba con el señor Falette en otro idioma que no alcanzaba a oír con claridad. Ya no quedaba nada por limpiar y Miriam la invitó a acercarse. Ese comportamiento no le sorprendió porque ella siempre conversaba con los amigos de la mujer. Se sentaba a su lado, si es que no había nadie más a quien atender, e interactuaba con ellos. Esta vez fue diferente y la italiana, aunque no dijo nada, lo notó. La joven se sentó junto a Miriam y no emitió palabra alguna. Tenía los ojos clavados en el piso y a gatas sonreía cuando alguien hacía un comentario. Algo extraño en su forma de ser la delataba porque, por lo general, solía ser muy simpática. Sin embargo, lo que llamó la atención de la mujer fue que Damaris ignoraba completamente al muchacho que había venido con los Falette. Lo evitaba hasta con la mirada.

---Dami... ¿Traes otra, por favor? ---le pidió Miriam señalando los vasos vacíos.

---Sí, claro. ---Tomó una cerveza y regresó. Al terminar de servirle a todos, el hombre dijo;

---Gracias.

Tenía un acento particular. ¿Inglés? ¿Norteamericano? ¿De dónde vendría? Se quedó pensando que más que su manera de hablar, fue su tono dulce el que le crispó la piel. Lo único que pudo hacer fue responderle con una tímida sonrisa que el hombre replicó al instante.

---Justin viene de los Estados Unidos ---comentó el hombre---. Su padre se encuentra en Puerto Plata comprando unas propiedades. No habla muy bien español. ¿Verdad, Justin? You don't speak spanish, righth?

---Un poquito... ---respondió haciendo seña con los dedos y provocando una oleada de risas a su alrededor.

Damaris jamás se había fijado en los hombres hasta ese martes. Sabía que tenía muchos pretendientes que suspiraban por ella, pero nada importante. Nada excitante le había ocurrido desde lo de Ángel: algo que guardaba bajo siete llaves y que se negaba a contar. Tampoco gozaba de tiempo y de fuerzas para pensar en ello. La vida no se cansaba de mostrarle su lado más duro una y otra vez; cuando salía de un problema, aparecía otro y otro y otro más. Sus dos trabajos y las obligaciones no le daban lugar al amor.

Hasta ese martes...

Mientras sus ojos se posaban en los labios de aquel extranjero, pensó e intentó imaginarse a qué sabrían. ¿Sabrían a ron? ¿A café? ¿A menta? ¿A lechosa[21]? O... ¿a plátano maduro? Inmediatamente recordó el beso de Fredy, el hijo del pastor, pero aquello había sido a modo de juego. No contaba. También recordó cuando Ángel intentó besarla a escondidas en el liceo, y ella apartó la cara. Jessica era su amiga, y no merecía semejante traición. Entonces, se podía decir que nunca había besado a un hombre. Ese pensamiento la embargó mientras observaba como él bebía la cerveza, despacio y con sorbos cortos y espaciados. «¡Es hermoso!», pensó. Así permaneció por unos cuantos minutos, sumida en una nube extraña que le impedía reaccionar. No se dio cuenta de que estaba inmersa en otro mundo hasta que la pareja se puso de pie y saludó a Miriam. Justin también se levantó para saludar, y su corazón se entristeció. ¿Volvería a verlo?

---¿Se va? ¿Se van? ---se corrigió.

---Nosotros, sí. Mañana debemos madrugar. And you, Justin? Are you staying?

---Yes. A little bit longer. ---Se volvió a acomodar en su asiento y Damaris creyó que su alma saltaba en su interior.

---Good night, then. ¡Adios, muchachas! Me lo cuidan, eh.

Justin no hizo más que volver al lugar y seguir bebiendo su cerveza mientras que Damaris atendía a unos muchachos del otro lado de la barra y Miriam balbuceaba frases en inglés mezcladas con español y con acento italiano. La cerveza se terminó y la italiana, quien había estado observando a la joven durante toda la noche, la llamó para que atendiera al extranjero. Damaris no sabía nada de inglés, y solo atinó a tomar otra botella y señalársela diciendo;

---¿Otra?

---No, gracias ---respondió él. Con una seña le pidió a Miriam la cuenta.

---¿Ya se va? ---preguntó la mujer antes de entregarle la factura.

---Sí.

Con una mirada alegre y la sonrisa más hermosa que Damaris había visto jamás, se despidió:

---Thank you! ¡Gracias! ---dijo y se marchó.

La desazón la invadió por completo y pensó que le encantaría verlo de nuevo. Lo miró detenidamente, observando sus detalles al caminar. Lo siguió hasta que bajó las escalinatas del bar y él se dio vuelta para mirar hacia atrás. Al ser descubierta, Damaris giró la cabeza sorprendida y avergonzada. Él sonrió y se subió al auto.

---¡Idiota! ---gritó para descargar la ira que la recorría entera.

Se detuvo en el camino desde donde se podía observar las fincas, los campos repletos de palmeras a sus pies. La tristeza la venció. Dolía tanto recordar. Y aunque quisiera evitar traerlo a su mente, no podía. No podía porque siempre lo llevaría con ella.

Damaris regresó a su casa cerca del atardecer. Cansada por la caminata, se sentó en uno de los sillones de la galería y allí permaneció descansando un momento. Juan llegó al poco tiempo y la invitó a ir a Cabrera para comprar algunos víveres para la cena. A pesar del cansancio y las ganas de quedarse allí, disfrutando del fresco, aceptó la invitación y se montó al motor<sup>[22]</sup> de su hermano.

Le vendría bien dejar los recuerdos atrás. Aunque... ¿Podría hacerlo?

## Capítulo 7

### Las estrellas y los recuerdos

*Como cien estrellas que jamás se apagan,  
brillan tus recuerdos en mi corazón...*

Homero Manzi

Juan manejó en silencio hasta el pueblo. Se detuvo en un mercado que Damaris no reconoció.

---Es nuevo ---confirmó su hermano.

---Ya veo. Aquí había un solar que...

---Sí. Lo compraron los Ramírez.

---¿Los Ramírez de El Puerto?

---Los mismos. Más bien la hija de ellos. Parece que ha cobrado un juicio en los Estados Unidos y, con ese dinero, compraron la propiedad e invirtieron en este negocio. Es uno de los pocos que se encuentra abierto a esta hora.

---Ya veo. ¿Qué te pidió mamá?

---Pan. Cebolla. Arroz. Sazón y... ¡No recuerdo! Espérame que la llamo.

Juan la dejó justo en la entrada del local. Tentada por recorrerlo, avanzó y comenzó a caminar entre las estanterías. Se sorprendía al ver las marcas y los productos que en los negocios de Buenos Aires no encontraba y otros tantos importados desde Argentina, como los vinos y varias galletitas que se sintió tentada de llevar para que su familia probara.

---¿Damaris?

Giró la cabeza y, al encontrarse con la persona que la llamaba, se resbaló el jabón de cuaba que acababa de agarrar. Por unos segundos ninguna de las dos reaccionó, hasta que Jessica dio el primer paso y se acercó, acortando los metros que la separaban.

---¡Jessi! ---La abrazó con ganas. Seis años sin verse había sido mucho tiempo. Allí, frente a ella, se encontraba su amiga de la vida, su hermana del corazón.

---¿Cómo tú estás?! ¡¿Qué estás haciendo aquí?!

---Vine a visitar a mi madre y mis hermanos. ¿Y tú?

---Yo en lo mismo, cariño. Pero ven, cuéntame que ha pasado contigo. Desapareciste de un día para el otro. Después del casamiento ya no te volvimos a ver.

---Imagínate. Han pasado tantas cosas, Jessi.

---Entiendo. Pero... estás preciosa, cariño.

---No. Tú lo estás.

---Debemos sentarnos a hablar. Quiero saber de ti, de tus cosas.

---Si quieres, uno de estos días nos vemos y conversamos. Te cuento en que ha estado mi vida y tú me cuentas que has hecho de la tuya. ¿Qué dices?

---¡Me encantaría! Dame tu celular y arreglamos. ¿Te parece bien alguna de estas tardes?

---Okey. Preparé algo para acompañar el café. He aprendido a hacer unos bizcochos...

---¡Excelente! ---Jessica sacó su celular y anotó el número que Damaris le dio---. Ya mismo te envió un mensaje y me agendas, ¿okey?

---Perfecto ---dijo y le mostró la pantalla del celular para dejarle saber que ya había recibido el mensaje.

---¡Jessica! ---Una voz masculina la reclamaba del otro lado de la estantería---. ¡Jessica, amor!

---Aquí estoy, Ángel.

---¿Ángel? ---preguntó Damaris en voz baja y con los ojos bien abiertos. Jessica afirmó con la cabeza al tiempo que el muchacho aparecía detrás de ella.

---Allí estabas...

---Baby, ¿te acuerdas de ella? ---preguntó Jessica al tiempo que lo abrazaba.

---¿Damaris? ¿Eres tú?

---Sí. Hola, ¿cómo has estado, Ángel?

---Bien, bien. ¿Y tú? Supe que te habías ido del país. ¿Cuándo volviste?

---Ayer.

---Guau. Y... ¿todo bien?

---Sí, bien. Aquí, comprando estas vainas... ---Levantó el jabón y sonrió.

---Bueno, Dami ---interrumpió Jessica---. Mañana te escribo para que arreglemos nuestra cita, ¿okey?

---Perfecto. ¡Bye!

---Adiós, Damaris. Salúdame a tus hermanos y a tu madre ---agregó Ángel mientras se alejaban.

Se quedó parada en el medio del pasillo, atónita, sorprendida. La vida había seguido para todos, incluso para su mejor amiga.

Como si tan solo hubiesen sido pocos días los que estuvo alejada, recordó una de las conversaciones con su amiga, acerca de Justin. En aquella oportunidad, Damaris necesitaba hablar con Jessica porque, después de aquel martes en que se conocieron, lo había vuelto a ver en La Catalina. Y, a diferencia de la noche anterior en el bar, esta vez habían estado mucho más cerca y el contacto había desbaratado sus sentidos. Necesitaba hablar con alguien que tuviera un poco más de experiencia con los muchachos que ella.

*Aquella mañana del miércoles había logrado despertarse a horario aún pese a haberse dormido muy tarde. La razón de su insomnio era, sin lugar a dudas, esos ojos verdes y esa sonrisa que había conocido la noche anterior que no le permitían hilvanar el sueño. Cuando estaba a punto de terminar con su turno en el salón, la dueña le pidió que llevara las bolsas de basura a la esquina para que fuesen recogidas. Caminó como pudo haciendo fuerza hasta que un par de manos le impidieron continuar.*

*Sus ojos se encontraron una vez más y la piel respondía ante las vibraciones del cuerpo que tenía en frente.*

---Hola ---dijo él y ella saludó con un movimiento leve de cabeza.

Se acercó a ayudarla y ella se negó. Él, entonces, tomó la bolsa pese a la negativa de la muchacha y la depositó en la esquina junto a las otras. No hablaron; no solo porque ninguno podía emitir palabras en el idioma del otro, sino porque tampoco sabrían qué decirse. Sin querer, dejaron que sus cuerpos y la energía que los atravesaba como un rayo hablaran por ellos. Caminaron hasta el salón donde ella se despidió: ---Bye ---le dijo con la mejor cara de tonta que podía poner.

---Adiós ---le respondió él y se alejó por donde había venido.

Damaris entró al lugar, blanca como una hoja de papel. Tanto le había cambiado el semblante que las mujeres que estaban allí pensaron que desmayaría de un segundo a otro. Le dieron agua y de a poco recobró el color.

---¿Qué ocurre, niña? Parece como si hubiese visto un fantasma ---le preguntó la dueña del lugar.

No emitió palabra en lo que quedaba de la hora. Miriam, preocupada por ella, le insistió para que no viniera al día siguiente; la instó a que descansara y recuperara fuerzas.

Llegó a su casa. No pudo almorzar, entonces decidió visitar a Jessica. Necesitaba hablar con alguien de lo que sentía, de lo que le ocurría con él. Contarle que lo había visto otra vez y que estaba convencida de que ese hombre se le estaba metiendo cada vez más en el cuerpo y en el corazón. Quería hablarle de su sonrisa, de sus ojos verdes y revivir segundo a segundo cada detalle de lo que había ocurrido tanto en el bar como en La Catalina. Golpeó la puerta y atendió la mamá de su amiga, quien la recibió con sonrisas y besos y le reprochó su ausencia, mientras la guiaba hasta la habitación de su hija.

---Pero, muchacha, mira que eres mala, eh. Jessica ha estado preguntando por ti y como no te hemos visto, no he sabido qué decirle. ¿Marisa? ¿Cómo está? ¿Tus hermanos? Ven, Jessica está en su cuarto. Pasa, pasa.

La puerta se abrió y allí estaba su amiga, leyendo como siempre. La vio más grande, más madura, más mujer. No verse tan seguido causaba estragos en ambas. Se saludaron, se abrazaron y enseguida cada una descargó la infinidad de cosas que tenían para decirse y contarse. Jessica comenzó con las últimas novedades sobre el caso de su vida: Ángel. En su última visita a Cabrera, se habían visto y había habido un grato acercamiento.

---¡Me ha besado! Damaris, ¿me oyes? No puedo creer que lo que tanto esperé por fin haya sucedido.

---¡Cuánto me alegro por ti! ---le dijo con sinceridad.

Jessica estaba enamoradísima de él, aunque Damaris dudaba de que el sentimiento fuese recíproco. Razones... le sobraban.

Hablaron de sus dudas y de sus miedos, de los deseos físicos que se iban despertando en distintas partes de su cuerpo cuando tenían frente a ellas al dueño de sus suspiros. Damaris compartía las mismas sensaciones de las que hablaba Jessica, pero en su caso, no por un muchacho de su edad, ni del pueblo, ¡no!, sino por un hombre que seguramente le doblaba la edad, era extranjero y se iría muy pronto, olvidándola para siempre. Cuando le tocó el turno a ella, se explayó dándole detalles de las primeras noches en el bar. Habló de Miriam y de su relación, sobre la depresión de su madre y el problema con la bebida. Luego, continuó con el momento en que se cruzó con Justin.

No se dejó nada para sí. Hablaron de todo.

Cuando se quisieron acordar eran casi las cinco y media de la tarde, y Damaris debía partir. Las dos, al despedirse, se sintieron más livianas y tranquilas. Siempre les hacía bien contarse sus penas, sus sueños y sus más íntimos secretos. Después de verse, todo parecía ser mejor. Los problemas no parecían tan terribles si los compartían con la otra.

Desde aquella tarde, Jessica y Damaris volvieron a ser las amigas de siempre. Hablaban constantemente e, inclusive, Jessica hasta llegó a visitarla en el bar en ciertas ocasiones.

---Ey, Dami. ¿Estás bien? ---Juan interrumpió su pensamiento y su mente regresó al supermercado.

---Sí, Juan. Acabo de encontrarme con Jessica. No sabía que estuviera aquí. ¿Tú lo sabías?

---No. Ya no vive en Cabrera. Se mudó a Santo Domingo hace poco, después de casarse con Ángel. Creo que acaban de volver de su luna de miel.

---¿Por qué no me lo contaron?

---Seguro mamá se ha olvidado. ¿Vamos? Ya tomé lo que necesitaba. Me olvidaba del ajo.

---Juan... ¿Hay algo más que deba saber? ¿Algo que quizás sea incómodo?

---¿Lo de Jessica te pareció incómodo?

---No, no. Pero es que... tal vez se han olvidado de contarme más cosas. ¿No crees? Seis años es mucho tiempo.

---Deberías preguntarle a mamá, Dami.

---¿Tú qué es lo que sabes, Juan? ---Si bien habían estado separados por años, la sangre no mentía y Damaris era capaz de darse cuenta cuando su hermano le ocultaba algo.

---Nada, nada. De verdad. Yo no quisiera meterme en líos. Pregúntale tú, ahorita cuando lleguemos.

---¿Y de qué exactamente debo enterarme?

---De la situación de Justin.

Ese nombre otra vez. Ella no había querido pronunciarlo desde que, seis años atrás, se montó al carro de Tom con un anillo en su dedo y abandonó la isla para, según ella, no volver nunca más. No lo había vuelto a nombrar jamás y nadie a su alrededor tampoco lo había hecho. Ni siquiera Tom que era su amigo. Si bien, en su cabeza, los recuerdos aparecían sin detenerse y su nombre, su sonrisa y su voz ocupaban cada segundo de sus días, no había querido pronunciarlo en voz alta porque sentía que, de esa manera, lo materializaba y el dolor de haberlo perdido se volvía tan real como el amor que sentía por él.

---Pasaron muchas cosas desde que te fuiste, Dami. Muchas ---concluyó Juan.

Con las estrellas que iban llenando el cielo a medida que el sol se ocultaba en el horizonte, avanzaban por la carretera rumbo a Abreu. Después de esa última frase, su hermano no había dicho más nada y la había dejado sola con una madeja de pensamientos que la enredaban. ¿Qué significaba «la situación de Justin»? ¿Qué era lo que había pasado o estaba pasando? ¿Quería saberlo? ¿Estaba lista para destapar esa olla que había cerrado a presión al partir de su país? Así, envuelta en dudas e incógnitas, entró a la casa. Marisa miraba la televisión y Miguel estaba recostado en el sillón jugueteando con el celular.

---¡Por fin llegaron! ---dijo ella y se puso de pie para recibir la bolsa que extendía Juan.

---Estuve con Jessica. No me habías dicho que se casó con Ángel ---comentó Damaris.

---¿No lo hice?

---No.

---¿De verdad? ¿No te lo he mencionado?

---No, mamá. Lo recordaría, ¿no crees?

---Pues... Lo siento, hija. Pensé que lo había hecho, corazón. ---Al ver el gesto serio de Damaris, se acercó y le acarició la mejilla---. ¿Me perdonas?

---Sí, claro.

---Mamá... ---interrumpió Juan---. Creo que deberías contarle a Damaris lo que ha pasado. No vaya a ser que se cruce con ellos en el pueblo.

Damaris alternaba la mirada entre los dos. Su madre no supo qué decir ante el comentario de Juan, y Miguel los observaba a los tres estáticos intercambiando gestos que no llegaba a comprender.

---¿Qué? ---Juan levantó los hombros---. Es hora de que lo sepa ---dijo y se retiró.

---¿Saber qué?

---Ven, hijita. ---La tomó de la mano y la invitó a sentarse en una de las sillas---. Quiero que sepas que no te lo he contado porque... porque apenas llegaste nos dijiste que no deseabas saber nada de él. Pero tu hermano tiene razón. Debes saberlo antes de que te enteres por otro lado y sé que te dolería mucho hacerlo de esa manera.

---Mamá...

---¿Estás segura de que quieres saber?

---No lo sé. ---Se puso de pie y comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa---. No sé si estoy lista para hablar de él, de lo que pasó, de nosotros. No lo sé.

---Damaris...

---Es demasiado. Es demasiado doloroso porque tú sabes lo que sentí por él. Porque...

---Damaris, hija... él...

---... porque... porque lo amaba tanto, mamá.

---... ha formado una familia.

---Y creo que, a pesar de todo, aún hoy lo amo y me... ¿Qué has dicho? ---Tardó unos segundos en procesar lo que su madre acababa de decir.

---Eso mismo. Que él está con otra mujer y que tienen un niño.

Como si estuviese desnuda recostada sobre la nieve, un frío extraño se apoderó de cada parte de su cuerpo. Podía sentir cómo avanzaba a lo largo de sus extremidades e iba penetrando su piel, alcanzando sus músculos, sus órganos y llegando por fin al corazón. Las manos cayeron a un costado, lánguidas y débiles. No esperaba esa noticia ni en un millón de universos paralelos. En todos los escenarios que imaginó, él se había ido de Cabrera y, sí, había retomado su vida, pero... solo. Siempre solo. Porque en su mente y en su alma aún guardaba la esperanza de que volvieran a encontrarse.

Una familia... una familia lo cambiaba todo. Absolutamente todo.

## Capítulo 8

### Recostada sobre un corazón sin vida

*Y la vida siguió como siguen las cosas que no tienen mucho sentido.*

Joaquín Sabina

No escuchó más. No escuchó detalles, nombres, fechas, tiempos. Nada. Atajó la lágrima, la única que había dejado escapar, y salió de la casa hacia el parque trasero. Caminó hasta el cerco y allí se detuvo. La noche y las estrellas la observaban. Marisa quiso acompañarla, pero Juan la detuvo.

---Debía saberlo.

---Lo sé. Pero es que... ella debe entender que si no se hubiese marchado él...

---Ya pasó, mamá. Las decisiones ya fueron tomadas y...

---Será un calvario para ella ---dijo mientras seguía con la mirada los movimientos de Damaris que se había sentado en el suelo con las rodillas pegadas al pecho.

No quería recordar. No quería seguir trayendo sus ojos, su sonrisa y sus gestos. No quería, pero le era inevitable. Lo acababa de decir; lo seguía amando de la misma manera y con la misma intensidad como aquel día en que lo conoció. No se permitiría llorar... No, no lo haría. Sin embargo, sus ojos no cumplían con su deseo. ¡Malditos traidores! Del verde esmeralda de su mirada, caían una a una esas lágrimas que reflejaban el dolor que sentía su cuerpo, su alma y su corazón. ¡Qué mala idea había sido volver! ¿Para qué? Ella creía que huía del infierno que Tom representaba y acababa de entrar en otro. ¿Por qué? Se echó hacia atrás y se recostó sobre el césped. A un costado, se le humedecían las mejillas y el cabello, con el llanto que ya no podía detener. El firmamento se nublaba porque su mirada se había vuelto gris, opaca. Cerró los ojos, incapaz de abandonar los recuerdos...

*Después de cruzarse en la esquina del salón, de haberse chocado con la mirada, Damaris regresó al bar exultante, ansiosa. Si bien la charla con Jessica había calmado sus nervios, encontrarse en el lugar donde la noche anterior había quedado prendada de su mirada y de su sonrisa le aceleraba cada partícula de su cuerpo. Antes de ponerse en marcha, avanzó hacia la silla donde había estado él y la acarició con ternura. Pasó los dedos por la barra donde había estado bebiendo, recordando cada detalle de la noche anterior; cada mirada, cada gesto. Suspiró con fuerzas y se instó a concentrarse en una sola cosa: trabajar.*

*La noche abrazó el lugar; un miércoles tranquilo y sin sobresaltos. Damaris se sintió más cómoda al confesarle a Jessica sus miedos y sus sentimientos e intentaba trasladar esa tranquilidad en cada movimiento. En eso estaba cuando el primer cliente por fin llegó. Oyó el grito de Miriam que la mandó a llamar; ella se encontraba en el restaurante buscando algunas bebidas y, apenas escuchó su nombre, se apresuró a regresar. Entró lo más rápido que pudo, con una caja y una bolsa con servilletas que casi se le van de las manos. Allí estaba otra vez, sentado en el mismo lugar que la noche anterior, sobre la silla que hacía unos minutos había estado acariciando. La miró y la atravesó por completo, su cuerpo vibró de tal manera que temió caerse de bruces al piso. Rápidamente, y con todo el autocontrol posible, cruzó la barra y dejó la*

caja en el suelo. Se encaminó al baño, nerviosa, angustiada, feliz, acalorada. Su interior era un remolino de sensaciones encontradas que desconocía y la asustaban. Quería refugiarse en la soledad del fondo del bar, como la última vez. Sin embargo, Miriam la interceptó y su mirada tranquilizadora la envolvió. Su dulce sonrisa colocó un manto de paz al manojito de nervios en que acababa de convertirla aquel hombre. Solo le dijo: ---Tranquila, no estás sola y además... parece un buen muchacho. ¡Atiéndelo! ---Damaris la observó con detenimiento y supo que la italiana se había dado cuenta de todo. ¿Tanto se le notaba?

Respiró hondo, secó sus manos transpiradas en el pantalón y se dirigió a la barra. Él no dejaba de mirarla y ella intentaba, con cada paso que daba, tomar las riendas de la situación.

---Hola, ¿cómo está? ---dijo impostando la voz para que no notara sus nervios.

---Hello! ---Su sonrisa iluminó el bar y a Damaris le pareció que se había vuelto de día.

Cuando él sonreía era como... como si la Tierra dejase de girar. Como si el reloj se detuviera y el tiempo no fluyera. Como magia, como paz. No pudo evitar sonreír ella también y olvidó sus nervios, sus miedos y el futuro incierto que le deparaba su presencia.

---How are you? ---le preguntó él, con la esperanza de que ella entendiera su pregunta.

---Fine, thank you. ---Hasta allí llegaba su acotado conocimiento del idioma. Quizá podría nombrarle animales, colores, los días de la semana y algo del clima... pero nada de eso le parecía útil en ese momento.

---¿Uno cerveza? ---preguntó él, y ella entendió su pedido. Cuando regresó con el vaso y la botella helada, un papel con una letra armoniosa y prolija la esperaba en el borde la barra.

No hablo mucho español, pero me encantaría saber más de ti.

Perdón si te asuste esta mañana.

No fue mi intención.

---Mi nombre es Justin. ¿Y tú? ---le dijo con las consonantes ensortijadas dentro la oración.

---Damaris... Mi nombre es Damaris. ---Ella sonrió de nuevo, y tras pronunciar su nombre por segunda vez, selló su destino para siempre.

---Damaris... ---repitió él y ella sintió que era consumida por un fuego intenso que subía desde el suelo, avanzaba a lo largo de sus piernas y se expandía como una lluvia de estrellas en el centro de cuerpo.

¡Qué bien sonaba su nombre en los labios de aquel hombre! Deseó con todo su corazón ser la razón de su sonrisa hoy, mañana y siempre.

---Damaris... Es tarde. Entremos. ---Juan se acercó y le rozó el brazo con delicadeza. Se sintió un poco culpable y decidió acercarse para ayudar.

---Un momento más.

---Hace frío. Te enfermarás. Ven.

---No debí regresar, Juan. Es demasiado...

---En algún momento esto pasaría, Dami. ---Se acomodó a su lado sin dejar de tocarla. Estaba helada.

---Me siento una tonta.

---¿Por qué?

---Por haber creído que...

---¿Que él te esperaría por siempre?

---Sí.

---Las cosas se sucedieron muy rápido y después de lo que pasó con... bueno. Tú sabías que, si te casabas con Tom, ya nada sería igual. La vida continuó para los dos, Dami.

---En ese momento me sentía muy sola y él era el único que... Bueno, tú lo sabes.

---Sí. Eso decías. ¡Y mírate ahora! Resulto ser un canalla. Nosotros te lo advertimos, Damaris. Y con esa decisión marcaste el destino de los dos. Él tenía derecho a rehacer su vida, ¿no crees?

---Sí. Es cierto. Aunque nunca pensé que regresaría. Después de dos años sin verlo, creyendo que se había olvidado de mí, de este lugar. Ahora toca resignarme y hacerme a la idea de que lo perdí para siempre. ---Se puso de pie y se sacudió las hojas de la ropa.

---Damaris... perdóname por lo que voy a decirte, pero... lo perdiste el día en que te casaste con otro hombre. ¿Qué pasó con eso de que Tom sería un gran compañero de vida?

---Me equivoqué.

---Nosotros te lo dijimos.

---Pero es que...

---Es que nada, Damaris. Ya. Déjalo ir. Yo sé por qué te lo digo. Es lo mejor.

---¡Tú no sabes nada, Juan! ---gritó Damaris agotada de la condescendencia de su hermano---. Nada de nada. Si tan solo eres... eres un crío que no sabe de qué va la vida.

---¡Damaris! ---Marisa intervino en la discusión.

---¡Déjala, mamá! Que saque afuera todo ese dolor que carga encima. Se fue a la Argentina para olvidar, pero no se da cuenta de que lo único que hizo fue poner en pausa esa pena y ese amor. Se engañó a sí misma, ahora que se aguante.

---Nadie sabe lo que yo he vivido fuera... Nadie sabe lo que en verdad ocurrió. Así que... ¡Cállate! ¡Y no te atrevas a hablar de mi dolor! Porque te repito que no sabes nada. Nada de nada.

---Hija... ---Marisa intentó detenerla, pero no lo logró. Damaris avanzó hasta su habitación y se alejó de su familia con un portazo que marcó el final de la noche para todos.

Tomó el celular y le escribió a Jimena. Necesitaba hablar con alguien que no fuese su familia; alguien que no la juzgara y que no se metiera en su vida ni en sus decisiones. Sin embargo, su amiga tampoco estaba disponible. La última conexión marcaba dos horas antes. Revoleó el aparato y contempló el techo de su cuarto, mientras que los recuerdos de aquellos primeros momentos juntos le llegaban como ráfagas dolorosas.

*Desde el miércoles y durante muchos días, Justin llegaba al bar cada vez más temprano. Y en cada oportunidad, le entregaba una nota que había traducido con el traductor de internet y le arrancaba sonrisas y miradas cómplices. A veces la ayudaba con las cajas, con las botellas, con los clientes. Los días pasaban y las clases que tomaba con doña Falette lo ayudaban a comunicarse cada vez mejor. Aprendía rápido y Damaris también quería hacer su parte; le pedía a Jessica que le enseñara frases y le traducía las preguntas que le gustaría hacerle. Se enteró un poco más de sus negocios, de lo que había venido a hacer a la isla. También sobre su país, sus costumbres. Todo a su lado era divertido, hermoso.*

---¡Estúpida! ¡Estúpida! ---Golpeaba la almohada con bronca, intentando dejar atrás ese pasado que volvía y la envolvía. Que la amarraba de los pies y de las manos, impidiéndole avanzar. Aun así, no pudo evitar pensar en la noche de su cumpleaños número dieciocho.

*Miriam le había organizado una fiesta sorpresa. Había invitado a su familia, a sus amigas del salón, a Jessica, al personal del restaurante y, obviamente, a Justin. Aquel día la italiana le había pedido que viniese un poco más tarde porque ella se retrasaría en Santo Domingo. La hizo venir dos horas después del horario*

habitual. Damaris, que no estaba acostumbrada a los festejos en esas fechas especiales, salió del salón despreocupada como si fuese un día normal y no se sorprendió cuando no encontró a nadie en su casa. ¡Al contrario! Estar sola le permitiría pensar en él sin interrupciones. En el silencio de su habitación, dedicaba suspiros en su nombre. Era capaz de recordar cada detalle de su rostro. Soñaba con los ojos abiertos e imaginaba como sería un futuro al lado de un hombre como él: respetuoso, educado. Se recostó sobre la cama y acarició su cuerpo pensando en aquellas manos que había observado en varias oportunidades y que tanto deseaba tocar. Su piel respondía a la sensación arrolladora de la imaginación. Excitada y avergonzada se metió en la ducha. Necesitaba calmar esas sensaciones que la asaltaban sin buscarlas, y el agua fría era una muy buena opción.

Salió a los tumbos de su casa y cerró la puerta rápidamente. Se detuvo en seco al ver un carro que no conocía estacionado en la puerta. No quiso aventurarse a salir. Deshizo los pasos hasta la entrada y, cuando estaba a punto de ingresar de nuevo, la voz de Justin la sorprendió.

---¡Ey, Damaris! It's me, Justin! ---Lo vio bajar del auto. Llevaba una camisa blanca suelta, un pantalón gris y unos lentes oscuros que acababa de quitarse para mirarla mejor.

---Hola... ---dijo tímidamente mientras se acercaba. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Quién le había dado la dirección? Presentía que Miriam tenía mucho que ver en eso.

---¿Vamos? ---Él giró y le abrió la puerta del acompañante. Ella avanzó con lentitud y, al pasar por su lado, le sonrió. Se sentó, y mientras lo veía apresurarse para regresar al carro, se acomodó el vestido floreado, llevando el borde hasta las rodillas. No podía creer lo que estaba sucediendo.

Arrancó y partieron. Justin le sonreía y ella experimentaba una sensación de tranquilidad infinita. Hacía años que cuidaba de su madre y de sus hermanos, pero nadie más que doña Margarita cuidaba de ella. Pocos eran los instantes de paz. En cambio, desde que Justin había aparecido en su vida, todo parecía ser mejor. En ese momento, sentada a su lado, se encontró segura, cuidada y esa sensación la relajó por completo, permitiéndose disfrutar del paisaje y de su compañía.

Pasaron La Catalina y luego siguieron las curvas y contra curvas que aparecían antes de llegar al centro. De repente, Justin viró hacia la izquierda, tomando el camino hacia el malecón. Damaris creyó morir de los nervios. Él no hablaba, y la música suave que sonaba en el interior del carro se mezclaba con el sonido de las ruedas apretando el camino. Ella sudaba y se concentraba en lo que veía del otro lado de la ventana. No quería mirarlo para no demostrarle lo inexperta e inmadura que se sentía en ese preciso momento. Se detuvo frente al mar, justo delante del acantilado, alejados de las luces del pueblo. Se bajó y le abrió la puerta, invitándola a descender. Extendió su mano para ayudarla a bajar; el contacto los alteró. Él percibió el sudor helado en la mano de ella y se dio cuenta de que estaba temblando, pero no de frío. La inocencia y dulzura de Damaris lo enterneció tanto que se acercó y le susurró al oído: ---Tranquila.

El roce de los labios pegados en su oreja estremeció por completo a Damaris que, temerosa de sus propias sensaciones, se alejó unos centímetros de él. Justin hizo lo que siempre hacía cuando estaba a su lado; sonreír. Ese era el lenguaje oficial entre los dos; así se comunicaban, y en esta oportunidad donde quería tenerla solo para él, no sería la excepción.

La condujo al borde donde se sentaron sobre uno de los asientos a contemplar el paisaje. Con cada segundo que pasaba la tensión crecía entre los dos. Damaris seguía temblando, entonces él pasó un brazo por sobre su hombro y la atrajo hacia su cuerpo. Él parecía querer decirle tantas cosas, pero... aún se le hacía muy difícil explicarse. Ella, envuelta en su brazo, intentaba calmar a su corazón que latía como un loco dentro de su pecho. Quería comportarse como una mujer, pero no se le ocurría qué hacer ni qué decir. Prefirió quedarse callada y no cometer ningún error. Tenía muy presente que ella era una muchacha inexperta y él, todo un hombre.

¿Qué estaba haciendo con ella? ¿Qué quería? ¿Por qué era tan bueno, tan caballero? ¿Es que acaso...?

*No, no podía ser. Un hombre como él no podía enamorarse de una niña como ella. O... ¿sí?*

*---Damaris...*

*---¿Sí?*

*---I... I want to kiss you.*

*---¿Cómo dijo? ---Ella se acercó un poco más, intentando entender lo que Justin le pedía.*

*---Quiero besarte, Damaris ---le dijo con claridad.*

*Justin pasó una pierna hacia el otro lado del banco y se acomodó para tenerla justo frente a él. Primero acarició su rostro con movimientos suaves, siguiendo con la mirada el recorrido de sus manos. Damaris tenía los ojos cerrados porque, al percibir el contacto de sus dedos sobre la piel, decidió entregarse completamente a la experiencia de sentirlo.*

*---Bésame, Justin. Por favor ---le rogó en un susurro que fue un grito, un pedido desesperado para los dos.*

*No fue necesario ningún idioma, ninguna traducción o explicación. La intensidad de su voz y la mirada cargada de pasión que le regaló cuando abrió los ojos, y sus miradas se encontraron, fueron suficientes para que él se lanzara sobre sus labios, devorándolos con pasión. No importó nada más. Ni la edad, ni las dudas, ni el futuro.*

*Damaris, Justin y el malecón.*

En un acto reflejo, se llevó la mano a la boca y se mordió los labios al recordar aquel primer beso frente al mar. Desde aquel día, su piel, su cuerpo y su ser entero ya no le pertenecieron solo a ella. Ahora Justin llevaría con él, para siempre, una parte suya. Y esa parte que le faltaba dolía desde hacía ocho años.

## Capítulo 9

### Los recuerdos y la realidad

*Pero el amor nos crea y nos destruye.*

*Luego, nos transforma.*

Anna Bahena

Los días pasaron y Damaris apenas si dormía por momentos cortos. Cuando por fin conciliaba el sueño, su inconsciente la llevaba a él y a la realidad que debía estar viviendo. Podía verlo tomado de la mano de una mujer que, aún sin rostro, se le presentaba bella, elegante, fina. Entre medio de los dos, un niño sonreía feliz aferrado a sus padres. Entonces, volvía a despertar y todo comenzaba de nuevo; volvía a recordar y a llorar por un buen rato. Cuando lograba dormirse, el ciclo tortuoso volvía a comenzar una y otra vez. El amanecer le regaló unas ojeras profundas tan marcadas que el corrector no pudo quitar con facilidad. Se duchó antes de acercarse a la cocina donde su mamá ya la esperaba con el desayuno.

---Buenos días, mi vida.

---Buen día.

---¿Café?

---Por favor.

---Mandé a comprar leche. ¿Quieres?

---No, no. Así está bien. ---Le dio un par de sorbos a la bebida mientras que su mirada se alojaba en distintas partes de la cocina, esquivando los ojos inquisidores de Marisa. Sabía que quería hablar.

---Damaris...

---Mamá, escucha lo que voy a decirte. Ya no quiero oír nada, de verdad. Voy a pedirle disculpas a Juan cuando lo vea esta tarde. A ti también quiero pedirte perdón por lo que pasó. Pero, por favor, te ruego, no lo traigas más a nuestras conversaciones. Ya supe lo que necesitaba saber. Ahora me toca seguir con mi vida. Así lo quiero. ¿Puedes entenderme?

---Sí. Te entiendo. Solo voy a decir algo más y ya te prometo, te juro, que se acaba el tema aquí.

---Te escucho.

---Damaris. ---Se sentó y tomó sus manos con delicadeza---. Tú sabes que, de no haberte casado con Tom, ese hombre y tú estarían juntos. Siempre supimos que eran el uno para el otro. Aún pese a todo lo que ocurrió entre ustedes. Aun cuando tuvo que irse y te dejó sola por dos años. Dos largos años que, tengo entendido, bastaron para que quisieras rehacer tu vida con otra persona.

---¿Tuvo que irse? ¿De dónde sacaste eso? ¿Quién te dijo eso? ¿Es que acaso hablaste con él

una vez que yo me fui del país? ---Quitó las manos y se cruzó de brazos a la defensiva.

---Pues... ---Marisa se maldijo. Había utilizado muy mal sus palabras. No debió hablar de más. Aquello era algo que debían conversar ellos dos.

---¿Pues...? Habla, mamá.

---No importa.

---¡Sí que importa! ---Otra vez la exaltación y los nervios.

¿Qué estaba ocurriendo con ella, que últimamente hablar de Justin la ponía de un humor incontrolable? La respuesta estaba a la luz, pero no quería reconocerla.

---No, ya no importa. Tú te casaste, apostaste a una vida con otro hombre. Él, aparentemente, también. Ya. Lo que quiero decir es que... No voy a hablarte del dolor que sentimos al verte partir ni de todo lo que ese hombre ha sufrido por ti, Damaris. Yo cumplí con lo que les prometí. Jamás le dije dónde estabas tú, así como a ti no te he dicho que él se había quedado en Cabrera, que había regresado. Los dos me hicieron prometer que el otro no se enterase nada de nada. En su momento lo juzgue correcto. ¿Qué ganarían? Nada. ---Las lágrimas se amontonaban en los ojos de Damaris que hacía fuerza para no llorar---. Pero... hija, no te pongas así. Seis años es mucho tiempo. Nadie espera a nadie por tantos años. Espero que sepas entenderme. Y...

---Está bien, mamá. No te preocupes.

---No, escúchame. No he acabado. Porque, así como te estoy diciendo que tú fuiste la responsable de que esa relación acabara para siempre, sé muy bien que no lo has olvidado y creo que él tampoco. Un amor como el que ustedes vivieron, hija, no se borra ni en un millón de años. No sé qué harás ahora, pero si te quedas, tarde o temprano, te cruzaras con él y con su realidad. ¿Estás lista para eso? Si crees que lograrás dejar las cosas como están, quédate con nosotros. Pero, si no puedes, mi consejo es que regreses a Argentina y vuelvas a esa vida que tienes allí. Que intentes recomponer las cosas con Tom. Porque aquí, Damaris...

¿Recomponer las cosas con Tom? No. Eso jamás.

¿Y con respecto a Justin? Dudaba de que siguiera amándola. Al fin y al cabo, primero él se había alejado de su lado, luego ella se había casado con otro hombre y se había ido del país, abandonando cualquier esperanza de estar juntos.

¿Cómo podría alguien aceptar revivir un amor que había durado tan solo unas pocas semanas? No. Ya no había futuro para ellos. Demasiados escollos, demasiadas piedras en el camino, demasiados malos momentos.

---Lo sé. Quizás lo mejor sea regresar a Buenos Aires.

---Me parece lo más acertado. ---Le acarició el cabello y depositó un beso sobre su cabeza---. Aunque te extrañe muchísimo, sé que estarás mejor lejos de esto. La vida continua, hija.

---¿Aún sin el verdadero amor, mamá? ---La miró expectante con los ojos envueltos en lágrimas.

---Aún sin el verdadero amor ---sentenció Marisa con un nudo en la garganta. No era fácil decirle aquello a su hija, pero se lo debía. Le debía cuidarla.

---Jessica vendrá esta tarde. Ayer hablamos por teléfono. ---Cambió el tema para no continuar hablando de su aparente regreso a Argentina, ni de Justin o de su realidad. Tal y como su madre decía, la vida debía continuar.

---¿Qué quieres que preparemos?

---Quiero prepararle un bizcocho que aprendí hacer en Argentina. Ellos lo llaman bizcochuelo, ¿sabes? Después de desayunar, iré a comprar algo de harina.

---Muy bien, cariño.

Caminó hasta el colmado con el sol quemándole las mejillas. En el trayecto, saludó a algunos vecinos que le preguntaban dónde se había metido y dónde estaba su marido. Para ellos, otra mentira. Tom se encontraba trabajando en el extranjero por el momento y ella había venido de visita. Evitó dar demasiadas explicaciones sin dejar de ser cordial y educada.

Salía con las fundas[23] en la mano cuando se cruzó de frente con Kelvin, el hijo de su madrina.

---¿Cómo tú estás? ---preguntó él mientras se apeaba de un motor.

---¡Ey! Aquí, comprando unas cositas. ¿Y tú?

---En lo mismo. ---Sonrió y se acercó un poco más---. Ahora que te veo, quisiera invitarte...

---¿Invitarme?

---Sí.

---¿A dónde?

---Esta noche habrá una fiesta en el malecón por su inauguración y pensé que quizá te gustaría distraerte. Llegaste hace unos días y aún no has salido, ¿verdad?

---Estoy visitando a la familia. No he venido en plan de fiesta, Kelvin.

---Oye, pero no me digas que no te gustaría salir a beber un momentito. Paso por ti a las nueve, ¿quieres?

---No, no... Prefiero quedarme en la casa.

---No. No. No te me puedes negar. Voy por ti esta noche.

---No, Kelvin. No vengas porque no iré.

---Le pediré tu número a mi madre... te escribiré, saldremos y te divertirás. Ya lo verás. --- Kelvin le estampó un beso en la mejilla y la dejó con la palabra en la boca.

---Idiota. ¡Qué ni piense que iré!

Damaris se alejó con el paso seguro y se metió en la casa. Para no pensar en nada, estuvo cocinando todo el mediodía y parte de la tarde. No solo había hecho un bizcocho de chocolate, sino que también se había encargado de conseguir lambí y estaba preparando unos vegetales para acompañarlo cuando tocaron la puerta.

---¡Voy!

---Hello! ---dijo Jessica sonriendo a medida que avanzaba.

---¡Ey! ¿Cómo es que tú estás?

---Bien, cariño. ¿Qué es ese aroma?

---Pasa, ven. Hice un bizcocho para que acompañemos el café.

---Mmm... Perfecto. ¿Estamos solas?

---Sí. Mamá ha salido con Margarita. Juan está trabajando y Miguel... Pues, no sé. Ese muchacho se ha convertido en un extraño para mí ---bromeó.

---La adolescencia, cariño. Son todos unos pavos los muchachos a esa edad.

---Sí, es cierto. Supongo que nosotras también lo éramos, ¿verdad? ---bromeó---. Ven. Siéntate. Cuéntame... ¿Cómo has estado? ¿Cómo está Ángel...? Quiero saberlo todo.

Prepararon dos grecas de café y devoraron el pastel. Cayó la tarde y ellas seguían conversando, contándose sus cosas. Jessica le habló sobre su relación y cómo habían llegado al casamiento. También le mencionó que estaban buscando un niño. Damaris le explicó sobre su situación en Buenos Aires. A ella le contó lo mismo que a su familia: Tom le había sido infiel y se habían separado.

---¡Te lo había dicho! Ese tipo era un tiguere[24]. Una mala persona. Lo supe desde el primer momento.

---Lo sé. Todos lo sabían menos yo.

---Pero, tranquila, cariño. Ya te deshiciste de ese hombre. ¡Ahora a disfrutar!

Damaris le mostró fotos de Jimena y de la ciudad porteña. Cuando ya ninguna tuvo más nada que decir sobre su presente, el pasado se coló entre los silencios que, con cada minuto que pasaba, se hacían cada vez más largos.

---Damaris... ¿Piensas quedarte para siempre?

---Pues... ---Se puso de pie y juntó las tazas vacías de la mesa---. No tengo mucho que hacer aquí, ¿sabes? En Buenos Aires dejé mi trabajo.

---¿Extrañas a Tom?

---¡No! ---Al contrario, rogaba no volver a verlo nunca más.

---¿Y tu madre?

---Ella está bien. Juan la cuida... Miguel sigue aquí. Está acompañada. La veo bien y yo...

---Ya lo sabes, ¿verdad?

---Sí. Y no quiero quedarme para verlo.

---Entiendo. Yo no pude creerlo cuando lo supe.

---Yo pensé que...

---¿Qué no había regresado?

---Sí.

---Cuando me enteré, vine a rogarle a tu mamá para que te avisara. Que te dijera que él estaba de nuevo aquí, que había venido a buscarte.

---No, Jessi. El no vino por mí.

---¿Cómo qué no? ¿Y cómo lo sabes?

---Pues no lo sé. Pero no creo. Si no, si no... hubiese venido antes. Dos años antes para ser exacta. Y me hubiese ahorrado un casamiento y un martirio. ---La angustia la sobresaltó---. Ya

está...

---Aún lo amas.

---Hoy un chin menos que ayer. ---Sonrió y tragó con fuerza para empujar el nudo que tenía atravesado en la garganta.

---Yo hubiese apostado a que ustedes terminaban juntos para siempre. Lo vi la noche de tu cumpleaños.

---Yo también lo creí, pero ya ves.

*Ella estaba radiante, feliz de saber que sus sentimientos eran correspondidos y que aquel hombre tan maravilloso y caballero se había fijado en ella: alguien simple, pobre e inexperta. Sin dudas se sentía como una princesa en un cuento de hadas.*

*Viajaron tomados de las manos y no pensaron en lo que dirían los demás, en cómo seguirían las cosas. Ninguno de los dos habló sobre la diferencia de edad. Damaris estaba cumpliendo dieciocho años y era muchísimo menor que él. Y, aunque ese tema sobrevolaba el ambiente como un fantasma silencioso, se dejaron llevar por la sensación de sentir lo que sentían. Al menos, por ese día, nada importaba; ni los problemas ni la edad. No quisieron preguntar nada, no necesitaban hacerlo. Solo deseaban dejarse llevar por el corazón, al menos esa noche.*

*Llegaron al bar y todo estaba oscuro. La sorpresa de Damaris se reflejó en su rostro cuando bajó y se acercó a la puerta. Justin la observaba de lejos, a la espera de su reacción. Subió las escaleras y, al atravesar la entrada, las luces se encendieron, dándoles paso a los invitados que gritaron a viva voz su nombre y le cantaron el Feliz cumpleaños entre palmas y sonrisas. Fue la noche más feliz de su vida. Miriam la saludó con un fuerte abrazo que se extendió por varios segundos. Mientras se abrazaban, la joven le confesó: ---Espero que te haya gustado la sorpresa. Envié al mejor chofer, ¿verdad?*

---No sé si el mejor, pero sin dudas, es el que más me gusta. ¡Gracias!

---Ve... disfruta de tu día, cariño.

*Bailaron, bebieron y pasaron una noche increíble. Justin no se separó de su lado, y todos fueron testigos de las miradas que se lanzaban aún en la distancia y de la manera en la que se buscaban cuando alguno de los dos desaparecía.*

---Perdón ---comentó Jessica al notar el estado catatónico de su amiga. Se había quedado quieta con la mirada perdida en algún lado.

---Esa noche conocí a Tom.

---Lo sé.

*Esa noche estaba presente también Tom Miller, un conocido y amigo de Justin con quien había trabajado en algún momento y que se encontraba en el país haciendo unos negocios desde hacía meses. Ante la cercanía, había sido invitado a pasar unos días en Cabrera. La invitación fue exitosa porque no solo logró cerrar los contratos que lo habían traído hasta Samaná, sino que los contactos de Justin abrieron grandes puertas para diversos proyectos en aquel lugar. Esa noche también celebraban por eso.*

---Buenas noches ---Tom saludó con una amplia sonrisa al grupo donde Damaris y Justin estaban.

---Damaris... This is Tom...

---Hola ---respondió ella con timidez. Cuando sus ojos se encontraron con los marrones del hombre que tenía enfrente, un escalofrío la recorrió entera. No supo explicar qué fue exactamente, pero sintió como si una alarma se encendiera ante su presencia.

---Encantado ---dijo él con la mano extendida. Sin embargo, Damaris no devolvió el gesto. Solo se limitó a sonreír.

---¿Habla español? ---Quiso saber Miriam.

---Sí. Llevo muchos años trabajando en República Dominicana y en el Caribe. He aprendido bastante. Me defiendo.

---¿De dónde es?

---Soy de Georgia, pero vivo en California.

Mientras él hablaba, Damaris, nerviosa, intentaba no cohibirse ante las miradas cargadas de intención que le propinaba entre comentario y comentario. Y si bien hablaba con el grupo, con cada palabra se aseguraba de que a Damaris no le pasara inadvertida su presencia. Se notaba que estaba algo tomado porque la sonrisa no se le borraba de la cara y se tambaleaba un poco al hablar. Cuando por fin encontró la manera de liberarse y alejarse, él la tomó de la mano y le susurró al oído: ---¡Felicidades, belleza! Supe que hoy es tu cumpleaños.

---Gracias. ---Ella se soltó y avanzó hacia donde estaban su madre y sus hermanos.

---Lo presenté desde el principio. Ese hombre no era un hombre bueno. Una pena... quizás si le hubiese hecho caso al corazón hoy... ---Se llevó la mano a la boca donde había recibido el golpe de Tom.

---Ya pasó, Damaris. Ya no pienses en él.

Pero ella no podía hacerlo. Pensar en esa fiesta había revuelto recuerdos que deseaba enterrar.

La música sonaba y la gente había comenzado a llenar el bar. Entre los clientes, los invitados también disfrutaban de la pista. Justin había salido a hablar por teléfono y al volver, se dirigió con paso seguro hacia ella.

---¿Bailamos?

---Claro.

Justin se movía muy bien. Tenía ritmo y guiaba a Damaris con maestría a lo largo de la pista. Los ojos de los dos se unían en cada paso, los cuerpos vibraban al compás de la música y, para ambos, nada ni nadie existía en ese preciso momento. De nuevo la sonrisa uniéndolos en ese lenguaje que solo ellos compartían. Sonaba Estrellitas y duendes, una canción de Juan Luis Guerra que, para ella, a partir de ese momento siempre asociaría con Justin.

«Me tosté en tus mejillas

Como el sol en la tarde

Se desgarró mi cuerpo

Y no vivo un segundo

Para decirte que sin ti muero...

Me quedé en tus pupilas, mi bien

Ya no cierro los ojos

Me tiré a lo más hondo

Y me ahogo en los mares

De tu partida...».

---Eres hermosa... ---le confesó él entre movimientos, y ella se sintió desvanecer.

---Tú también ---respondió y se acomodó un poco más entre sus brazos. No supo qué más decirle.

La melodía acabó y lo que siguió fue un ritmo más alegre, pero no por ello la unión de los dos se había roto. Al contrario, después de aquel baile se encontraban más unidos que nunca.

---Permiso... Permiso. Yo también deseo bailar. ---Los interrumpió Miriam y Damaris la miró extrañada---. Tu madre te está mirando con cara de hiena... ---aclaró sin dejar de sonreír.

---¡Oh! ---La italiana tomó de la mano a Justin que no entendía qué ocurría. Él no deseaba bailar con

*ella, sino con Damaris, pero, aun así, aceptó.*

*---Te han dejado sola. ---Una voz a sus espaldas la sobresaltó---. Entonces, baila conmigo. ---Tom la hizo girar sobre sus pies y la acomodó para seguir el ritmo de la bachata que acababa de comenzar---. Pero, muchacha, si apenas cumples dieciocho años y pareces toda una mujer ---la halagó.*

*Tom se acercaba más y más y la incomodaba. Buscaba los ojos de Justin quien, a pocos metros de distancia, los observaba atentamente. Intentaba decirle con la mirada, más bien rogarle, que la sacara de allí.*

*---¡Gracias! ¿Cómo me dijo que se llamaba?*

*---Thomas Miller, pero me dicen Tom. Soy amigo de Justin. Nos conocemos hace muchos años. ¿Y tú? ¿Vives por aquí?*

*---En Abreu.*

*---¡Oh! Bonito, Abreu. Pero... No tan bonito como tú. Aquella debe ser su madre, ¿no es cierto?*

*La muchacha giró para ver a quién le señalaba y sí, así era. Asintió con la cabeza mientras rogaba que la canción terminara de una vez. Podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de aquel hombre y la tensionaba. Y si bien la bachata se bailaba de esa manera, no se sentía a gusto. Definitivamente no era con quien quería bailar.*

## Capítulo 10

### De lejos duele más

*La distancia y el tiempo no saben la falta que le haces a mi corazón.*

*La llave, Abel Pintos*

---**N**o, no y no.

---Pero, Damaris...

---¡No iré!

---Pero si Ángel y yo también iremos. Te aseguro que te hará bien salir un poco. Vamos.

---No quiero salir, Jessica. No quiero.

---¿Qué pasa por aquí? ---interrumpió Marisa.

---Que Kelvin la ha invitado a salir y no quiere ir.

---No tengo ganas. Preparé unos vegetales... y lambí. Prefiero cenar con ustedes.

---Jessica... si no quiere ir... ---intercedió la madre.

---Pero, Marisa. Lleva días aquí y no ha salido a ningún lado. Necesita despejarse, ¿no lo crees?

---Basta, Jessica. No voy a salir. ¡Y menos al malecón! ---agregó sin explicarle sus razones a nadie.

---Kelvin ha dicho que en una hora pasa por ti. Vamos los cuatro. Aunque sea una vuelta por el malecón. Tienes que ver cómo ha quedado todo.

Damaris miró a su amiga y a su mamá. En los ojos de una notó las ganas y las ansias de volver a vivir una noche juntas, de salida, de risas. En la otra, vio el reflejo de su propia preocupación: encontrárselo.

---¡Vamos, amiga! ¡Vamos! ---continuó insistiendo.

---Jessica...

Cuando estaba a punto de decirle que no iría por nada del mundo, el teléfono sonó: Jimena llamaba. La atendió y abandonó la cocina haciendo señas de que regresaría en un momento.

---¡Dami! Perdón. Intenté llamar antes, pero tuve unos días muy complicados en el trabajo. ¿Cómo estás?

---Mal.

---¿Qué pasó?

---Muchas cosas. Pero, primero... quería avisarte que, seguramente, regrese a Buenos Aires.

---¡Ay, qué felicidad! Te extraño muchísimo. Pero... ¡Pará! ¿Por qué? ¿Pasó algo? ¿Cómo está tu familia? ¿Supiste algo de... ya sabes quién?

---No. Me ha enviado un mensaje hace unos días, pero no le respondí. Todos están bien. No me necesitan. Aquí ya no hay nada que me ate, que me retenga, ¿sabes? ---El nudo volvió a

aparecer, pero con más densidad.

---¿Qué paso, Dami? Sabés que podés confiar en mí. No te escucho bien.

---Es que... ---Una bocina interrumpió la frase.

---¿Qué es eso?

---Un vecino que acaba de llegar.

---¿Para verte? ¿Y está bueno?

---¡Jimena!

---¿iQué?; ¿Vas a salir?

---No. Vino a buscarme, pero yo no iré.

---¿Por qué?

---No tengo ganas.

---Damaris Juárez Peñaloza...

---Jimena Alejandra Noriega...

---¡Salí con ese chico! Divertite... bailá... sonreí. No sé qué te estará pasando, pero no hay nada que un trago con amigos no cure. Haceme caso. Salí.

---Es que...

---¡Nada! Te corto y andá a prepararte. En un rato te vuelvo a llamar y más vale que estés en la calle... ¡Chau!

---Bye.

Solo Jimena era capaz de darle una orden a tantos kilómetros de distancia y, prácticamente, obligarla a cumplirla. Kelvin y Jessica conversaban con Marisa cuando Damaris salió de la habitación con un pantalón ajustado negro y una blusa blanca con florcitas celestes. Se había dejado el pelo suelto y se había maquillado un poco. Sus ojos verdes resaltaban como dos faroles en la noche.

---¡Estás bellísima, Dami! ---Se acercó Jessica y la hizo girar en el lugar.

---¡Me he quedado sin palabras! ---exclamó Kelvin, perplejo, desde donde estaba---. ¿Vamos, entonces?

---Vamos ---dijo resignada.

Jessica hablaba sin parar, Kelvin subía cada vez un poco más el volumen del estéreo para no oírla y Damaris observaba cómo, a medida que se acercaban al malecón, las calles se iban llenando de gente por todos lados. La escena le resultó familiar y desconocida al mismo tiempo. Había recorrido aquellos lugares tantas veces que todo le parecía cercano. Sin embargo, ella no era la misma y, por ende, nada conservaba la misma esencia. Bueno, a decir verdad, después de aquel beso, el malecón cambió completamente para ella. Incluso el pueblo ya no era lo mismo sin él. Su vida comenzó a fragmentarse y sus sucesos se marcaron en «a. J.», antes de Justin y «d. J.», después de Justin.

Estacionaron a unas pocas cuadras del epicentro del festejo. Hacía tan solo unos cuantos días que habían finalizado con los arreglos en aquella zona que, a partir de ese momento, serviría para

realizar todo tipo de eventos regionales. Sin contar que la calle asfaltada y las aceras recién hechas hacían de aquel sitio un hermoso lugar para salir a caminar o correr. En la mano de enfrente, ya se habían abierto bares y restaurantes que le daban un marco más exótico al malecón. Damaris observaba los cambios con atención, tratando de no pensar que la última vez que había estado allí había sido de la mano de Justin. En ese momento, otro era el paisaje, pero... aún podía sentir su presencia en cada paso que daba.

Era muy extraño porque a pesar de haber pasado unos largos años durmiendo con otro hombre, dejando que él acariciase su piel, su cuerpo aún tenía grabadas las sensaciones que solo había experimentado con Justin. Su único amor.

---Kelvin... ---Una persona se acercó a conversar con el hijo de su madrina y Damaris giró para buscar la compañía de Jessica. La divisó abrazando a la familia de Ángel que también se había acercado a la inauguración.

Desconcertada y sola, avanzó hasta el borde del malecón y se detuvo en el vaivén de las olas. El horizonte era infinito y el cielo se mezclaba con el mar a lo lejos. Pensó en que había sido una mala idea acercarse a esa fiesta; hubiese preferido estar en su casa, conversando con sus hermanos y su mamá. Fastidiada de la música, comenzó a caminar hacia uno de los extremos, alejándose de a poco del gentío y del ruido. Se detuvo cuando ya la música parecía lejana y pocas personas daban vueltas por ahí. Las luces se habían vuelto más tenues y le permitían camuflarse mejor. Se acomodó en uno de los tantos bancos y allí permaneció con la mirada perdida en el océano.

---Dami...

---¿Sí?

---Dice Miriam que te acerques al cuarto del fondo un momento que quiere hablar contigo ---le dijo Jessica y enseguida abandonó la conversación con los Falette y se perdió entre la gente.

---Miriam... ---Damaris abrió la puerta y, apenas cruzó el umbral, unos brazos la envolvieron. Giró y se encontró con esa sonrisa que tanto le gustaba.

---Happy birthday ---le dijo Justin tomando su rostro con las dos manos.

*El beso que comenzó con pausa y tranquilidad terminó convirtiéndose en fuego. Sus lenguas entrelazadas degustaban el sabor del otro. Damaris estaba acorralada contra una de las paredes del cuarto donde tenían las bebidas y una especie de cocina improvisada. Las manos de Justin recorrían su piel y ella temblaba enceguecida de placer. Nerviosa, inexperta, dejó que él guiara la situación y la llenara de besos y le arrancara gemidos que eran atrapados por sus labios antes de escaparse al exterior.*

---I have to stop. ---Damaris entendió la palabra «stop» y supo que iba a detenerse. El deseo de sentirlo era insoportable, y cuando lo sintió alejarse, lo odió. No quería que dejara de besarla, de tocarla---. Perdóname, Damaris ---le dijo mientras se alejaba aún más de ella y la ayudaba a acomodarse las prendas revueltas.

---Esto... esto fue... hermoso, Justin ---le dijo con sinceridad.

---Yes. It was. ---Se acercó y volvió a besarla, pero esta vez con suavidad---. ¿Vamos?

---Vamos.

*La fiesta continuó un poco más hasta que su madre y sus hermanos decidieron partir. Damaris miró con ojos de súplica a Miriam para que intercediera, y ella enseguida fue al rescate.*

---Señora... pensábamos seguir abiertos por unas horas más.

---Bueno, sigan. Nosotros nos vamos. ¿Vienes, Dami?

---La necesito ---volvió a interrumpir Miriam.

---Pero...Emm...

---Yo la llevo, no se preocupe. La alcanzamos con mi marido hasta su casa.

---Está bien. ¿Margarita? ¿Nos vamos?

---Sí, sí. Vamos. ¡Adiós! Y gracias por la invitación.

Marisa, su madrina y sus hermanos se despidieron, y detrás también se fueron los Fallete, quienes alcanzaron a Tom hasta su hotel. Estaba demasiado borracho como para manejar.

---Listo. Estás libre. ¡Ve con él! ---le dijo Miriam y animó a Damaris a acercarse a Justin que la esperaba en la barra.

---¿Quieres ir a tu casa?

---No. ---Se sorprendió ella misma de su sinceridad.

Justin sonrió y entendió el mensaje. Él tampoco quería dejarla. La guio hasta el carro y arrancó. Dieron unas vueltas por el parque hasta que él se detuvo en una esquina, contrariado.

---¿Qué ocurre? ---le preguntó ella preocupada.

---No quiero llevarte a tu casa ---le confesó.

---Y.. no me lleves.

---¿Estás segura?

---Muy.

Las ruedas rechinaron en la carretera mientras avanzaban hasta el Hotel La Catalina, donde Justin había alquilado una pequeña casita. Estacionó y guio a Damaris hacia el interior. No alcanzaron a encender las luces porque una vez que traspasaron la puerta, y se escondieron de la noche, las bocas se buscaron con desesperación. Los besos se volvieron osados y terminaron por recorrer los hombros de Damaris que, extasiada, respiraba agitada y dejaba caer los breteles de su vestido debajo de la boca de Justin.

De un momento a otro, la piel gritaba y ellos eran incapaces de no oírla. Ella tomó la delantera y comenzó a desabrochar la camisa de él. Justin, enceguecido de placer, bajó hasta su falda y levantó su vestido. La ropa interior blanca resaltaba en su cuerpo de ébano, convirtiéndola en una estrella. La aferró por la cintura y la dirigió a la habitación. Estaba seguro de que aquella era su primera vez y no pensaba tomarla de esa manera tan brusca y animal. Quería controlarse. Quería...

---Come! ---La recostó sobre el acolchado y la besó con dulzura. Damaris, con los ojos cerrados, se entregaba al placer y le permitía hacer con ella lo que quisiera. Esa entrega total, de confianza, enamoró aún más a Justin---. Damaris...

---¿Mmm?

---Voy a hacerte el amor ---le dijo para que no se asustara.

---Lo sé.

Se quitó la ropa interior dejando su cuerpo al desnudo y la obligó a que abriera los ojos. Damaris le hizo caso y, al verlo, el corazón latió desbocado dentro de ella. A la vez, su cuerpo reaccionaba con espasmos de tensión. Las ganas de sentirlo la llevaron a hacer lo mismo. Una vez que se encontraron los dos sin limitaciones, el juego de fuego comenzó de nuevo. Los besos desesperados, los gemidos y las ganas de fundirse en el otro fueron tan fuertes que arrasaron con la poca capacidad de analizar las cosas.

Damaris emitió un pequeño grito y Justin confirmó que había sido el primero. Intentó hacer de aquella primera vez un momento maravilloso e inolvidable para ella. La llenó de besos, de caricias, mientras se metía cada vez más dentro de ella.

---Te amo, Justin ---le confesó en el oído y él sonrió.

*---Yo también ---le dijo y explotó en un orgasmo avasallador que lo sorprendió. Jamás se había sentido de esa manera con otra mujer. Le hubiese encantado decírselo, pero... rogó que la piel y la energía entre ellos hablara por sí sola.*

*Así había sido su primera vez. En esa cama, él había tomado su virginidad, su corazón, su alma, todo.*

Una carcajada estrepitosa llegó a sus oídos y tuvo que girar la cabeza para ver de dónde provenía. Desde la esquina se acercaba una mujer riendo y haciendo monerías junto a un hombre alto que llevaba sobre sus hombros a un niño de unos cinco años, aproximadamente. La mujer acaparó toda la atención de Damaris. Tenía un vestido negro, escotado, que hacía notar sus enormes atributos. Unos tacos altos y un peinado simple cerraban el atuendo. Ella caminaba adelante con un vaso en la mano y, cada tanto, giraba para hablar con él. El niño, a lo alto, acariciaba los cabellos un poco largos del padre y sonreía a medida que se acercaban a la fiesta. Él, sin embargo, tenía una expresión triste en el rostro, aunque tuviese una leve sonrisa marcada en los labios. No era la misma sonrisa que ella había conocido. Ni cerca estaba de aquella que la había enamorado. Ellos pasaron a unos pocos metros de donde estaba Damaris sentada, acaparada por las sombras. El único que volteó a verla fue el niño. Ella levantó la mano y lo saludó. Con el cuellito estirado, le devolvió el gesto y le sonrió. Esa sí que era una sonrisa sincera... Parecía ser que padre e hijo compartían el mismo don.

Se alejaban de su posición, y a medida que avanzaban por la calle hacia la muchedumbre que bailaba y bebía, el corazón de Damaris se iba haciendo cada vez más pequeño. Tan pequeño que pensó que desaparecería y se tocó el pecho por inercia para ver si seguía ahí dentro.

Quizás su hermano y su mamá tenían razón. Quizás si ella hubiese decidido luchar por el amor que compartían y dejar de lado todos los obstáculos que el destino les tenía preparado, hubiese sido ella quien caminara a la par de Justin. Y aquel... hubiese sido su hijo. El hijo de los dos.

## Capítulo 11

### El primer amor/dolor

*Somos lo que el primer amor hizo con nosotros.*

Anónimo

Necesitaba irse de allí, huir, correr. No pensaba pasar ni un minuto más en ese lugar porque estaba segura que, de quedarse, se cruzarían. Se puso de pie y avanzó hacia el lado contrario de la fiesta. Comprobó que tuviese dinero en la cartera y bordeó todo el malecón hasta llegar a una esquina donde dobló para llegar al parque. Desde allí, se tomaría un concho hasta su casa. Los pies le dolían, pero más le dolía el alma.

¡Qué ingrata e injusta había sido la vida con ella! Sin padre, la muerte de su hermano y cargar con la depresión de su madre. Después, cuando intentó salir a flote y reconoció en Justin la posibilidad de ser feliz, todo se derrumbó. Y, aun así, el destino seguía encaprichado con ella. ¡Y vaya si lo estaba!

*La despertó con un beso en la nariz. Damaris se removió entre las sábanas y abrió los ojos cuando su mente recordó dónde estaba, con quién estaba y qué había hecho. Justin notó en su mirada la preocupación y se apresuró a besarla para tranquilizarla. Sí, había sido una locura. Todo aquello era una locura. Pero... ¿cómo detener ese sentimiento tan abrupto e inconsciente que había nacido entre los dos? No podían; ni él, ni ella.*

*---¿Estás bien? ---le preguntó.*

*---Rara.*

*---Cuando te miro... siento que estoy loco. Completamente loco.*

*---¿Por qué? ---Ella se acomodó para mirarlo de frente.*

*---Porque lo que siento por ti es... inexplicable. Jamás me había ocurrido algo como esto. Yo...*

*---¡Shh! ---Damaris colocó su mano sobre los labios de él y le impidió seguir hablando---. No digas nada.*

*Tus miedos son los míos también.*

*---Me enamoré de ti, Damaris.*

*---¡Qué hermoso suena eso!*

*---Suena hermoso porque es la verdad.*

*---Te amo. ---Ella se acercó y lo besó lentamente, saboreando sus labios. No quería despedirse, pero debía hacerlo. Debía volver a su casa---. ¿Me llevas?*

*---No. No quiero que te vayas. Quédate conmigo. ---La tomó por la muñeca y la obligó a detenerse antes de que saliera de la cama.*

*---No puedo y lo sabes. ---Acarició su rostro y se puso de pie para vestirse.*

*---Gosh! ---Justin echó la cabeza hacia atrás y con las manos se cubrió la cara. ¡Idiota! Se había enamorado de una niña. ¡Acababa de cumplir dieciocho años! La culpa se coló de a poco en su alma---. Lo siento mucho ---le dijo mientras la observaba subirse el vestido.*

*---¿Por qué? ¿Estás arrepentido? ---Dejó de moverse y esperó su respuesta. Por un segundo, ella temió que él pensara que era un cuero, una sanky[25].*

*---¡No! ---Él se puso de pie y la abrazó.*

---Y... ¿Por qué lo sientes?

---Porque... me doy cuenta de que eres una niña. Debí cuidarte más. Debí esperar. Yo tengo treinta y dos años, Damaris. Fui un animal. Pero es que... ---Levantó su carita y la miró a los ojos.

---Me amas... ---completó la frase.

---Como un idiota. ---Y la besó.

Caminaba sin ver nada, sin prestarle atención a nadie. Esa noche, bajo el cielo estrellado de Cabrera, solo estaban ella y los recuerdos de esas veinticuatro horas que habían sido las más felices de su vida. Recordar su primera vez con Justin había removido sentimientos que había pretendido ahogar en lo más oscuro de su ser. Una sola noche había bastado para que su corazón jamás lo olvidara. Porque él había sido el primero y el único.

*Estacionó a unos metros de la casa de Damaris para que no levantaran sospechas. Apagó el motor, se desabrocharon los cinturones y se miraron nuevamente. Hacía tan solo unas horas, habían compartido la intimidad máxima y, los dos, se habían entregado al otro.*

---¿Cómo haré para dormir esta noche? ---le preguntó con total inocencia.

---Si lo logro, te diré cómo.

---No quiero bajarme. ---Damaris cerró los ojos y deseó que aquella noche no terminara nunca.

---Tenemos todos los días por delante ---le dijo él, y ella abrió los ojos y los posó sobre los suyos.

---¿Sí?

---Yeah... ---Acarició su mano y la besó con delicadeza.

---Te amo. Te amo y nunca, nunca... amaré a otra persona como te amo a ti.

---Ni yo.

*Con una sonrisa en el rostro, Damaris se bajó del carro y avanzó hasta su casa. Cada dos pasos, giraba y comprobaba que él siguiera ahí. Que no fuese un sueño o un espejismo. Y allí estaba; vigilando su andar, con las manos apoyadas en el volante, sonriéndole con el alma. En su interior llevaba las sensaciones que le había provocado, en su piel las caricias que le había dado. Antes de perderse entre las sombras, le arrojó un beso y apresuró el paso. Jamás pensó que aquel beso volador sería el último que compartirían.*

Le faltaba el aire. Verlo había sido tan doloroso... Pero ¿qué esperaba? Solo habían sido unos besos y una noche de amor, ocho años atrás. Para él, seguramente una noche más, una noche cualquiera. Para ella, en cambio, había sido todo lo contrario. Había sido luz, paz... tranquilidad. Había sido sueño, esperanza. Y, también, había sido un atraso de quince días...

*La mañana la encontró con los ojos abiertos desde antes que amaneciera. En el estómago mil mariposas revoloteaban en su interior mientras recordaba lo ocurrido en los brazos de Justin.*

*No podía creer que ya no era una niña, que se había convertido en mujer..*

*Se levantó como un resorte de la cama y preparó todo para el día; cocinó, lavó... para cuando se hizo la hora de ir al salón, ya tenía todo listo y daba vueltas en la casa, buscando qué más hacer. La energía no le entraba en el cuerpo y se sentía viva por primera vez.*

*Llegó a La Catalina y no pudo evitar mirar hacia el camino que conducía al hotel. ¿Qué estaría haciendo? ¿Ya se habría levantado? ¿La extrañaría? ¿Habría podido dormir? No le confesaría que ella había soñado con él, con sus besos. No quería sonar tan tonta.*

---Buenos días ---exclamó al entrar, y las mujeres que ya aguardaban la observaron de pies a cabeza.

---Pero... ¡qué bonita está esta mañana la niña! ---comentó la dueña del lugar.

«¿La niña? Ja. De niña, nada», pensó Damaris mientras le sonreía.

*La mañana pasó rápido. Muchos clientes, mucho movimiento. Damaris no veía la hora de que llegaran las*

*doce del mediodía para poder correr a casa de Jessica y contarle todo con lujo de detalles. Quería pedirle consejos, hacerle preguntas...*

*Y las doce llegaron. Y la charla también. Y las risas. Y las mejillas acaloradas. Y también llegaron las seis de la tarde y una nueva noche en el bar. Y las miradas cómplices de Miriam a quien solo le contó que habían estado paseando por el malecón y nada más. Se hicieron las siete, las ocho... las once y Justin no había dado señales de vida. Damaris atendía los clientes, pero su atención estaba en la puerta de entrada, en el ruido de un carro acercándose.*

---¡Ey! ¡Fíjate por donde caminas, coño! ---Una voz la sacó de la ensoñación. Por poco y la pisan. Se subió a la acera y continuó su camino hasta el parque.

*Una semana había pasado desde la noche de su cumpleaños y Justin no había aparecido por allí. ¿Qué habría ocurrido? Pensaba en los besos que se habían dado, en la manera en que habían bailado y cómo se había entregado a él de forma completa. Nada parecía indicar que las cosas estuvieran mal si todo había sido perfecto.*

*¿Había sido ella la culpable? ¿Quizás su inexperiencia? Tal vez no había sido lo suficiente mujer para él. Su cabeza daba mil vueltas y, con el paso de los minutos, las horas, los días, la duda se iba metiendo en su interior. ¿La había usado?*

*Las noches en el bar se habían vuelto más largas y Miriam se daba cuenta de que la tristeza y la melancolía que expresaban los ojos de Damaris estaban relacionadas directamente con la ausencia del norteamericano. Desde la fiesta, no había vuelto a ser la misma. Estaba apagada, triste. Varias veces la había visto llorando y oído sollozando en el baño.*

---¿Entonces no sabes nada de él? ---le preguntó una tarde mientras intentaba calmarla.

---Nada. Como si la tierra se lo hubiese tragado.

---Ajá...

---La noche de la fiesta recuerdo que salió a hablar por teléfono, pero... no me dijo nada. Estuvimos juntos hasta muy tarde y...

---Habrás que esperar, cariño. Si en unos días no sabemos nada, veré de hablar con los Falette. ¿Te parece?

---Gracias, Miriam.

*Una semana se convirtió en un mes y un mes en seis. Y seis meses en un año. Un año de espera continua, de angustia. Justin había aparecido como una estrella fugaz y, con la misma rapidez, se había esfumado. Quien sí había reaparecido al poco tiempo había sido Tom. Y fue él quien le dio la noticia más triste; Justin había regresado a su país.*

---¿Cómo? ¿Cuándo? ---preguntó Damaris incrédula ante sus palabras.

---Lo que oyes, hermosa. Justin se ha marchado. No sé en qué fecha, pero sé que ya no está en el país. ¿Por qué? ¿Lo necesitabas?

---No. Ya no. ---Estaba dolida.

*Sí. La había usado. La había llevado a la cama y, una vez que obtuvo lo que quiso, la desechó. Así. Corto y simple, sin muchas vueltas. Él no se había preocupado por avisarle nada de nada, o explicarle qué había pasado. Ni siquiera se había despedido de ella. Esa decepción se sumó a toda la tristeza que Damaris venía sumando por años. Otra frustración que se acumulaba en su corazón e iban... ¿Cuántas? Ya no tenía fuerzas de contarlas, siquiera.*

*Damaris no era la misma y todos lo notaban. Marisa ya recuperada de su depresión, intentaba convencerla de que saliera con Jessica, que visitara amigos. La desazón empañó sus días y, en esos momentos, una sola persona se hizo cargo de secar sus lágrimas y de escucharla.*

---Dami. Han venido por ti ---le dijo una tarde Marisa mientras ella se preparaba para ir al bar.

---¿Quién?

---Tom.

---Dile que ya voy.

---Hija. ---La detuvo en el camino.

---¿Sí?

---¿Qué pasa con este hombre? Es que acaso tú y él...

---No, mamá. No pasa nada.

---No me gusta, Dami. Me da mala espina. Y además... no quiero que nadie piense que...

---¡Mamá! Tom es...

¿Quién era él? En el último tiempo se había convertido en su sostén. No se había movido de su lado e intentaba hacerla sonreír en cada oportunidad. Desde que Justin se había marchado y ella había caído en una tristeza absoluta, él se había vuelto otra persona con ella. Lejos estaba el hombre libidinoso con quien había bailado en su cumpleaños. Esa sensación extraña que había sentido aquella primera vez se había ido disipando con el correr de los días. Tom había tomado otra actitud y se comportaba como un gran amigo, barriendo con su presencia la soledad que la invadía. Además, con cada día que pasaba, se iba metiendo en la vida de la familia un poco más y se volvía partícipe de cada decisión. Nada mencionaba de Justin y ella tampoco preguntaba por él.

---... un amigo. Un buen amigo ---agregó.

---Pero tú sabes que él está enamorado de ti, ¿verdad?

---No. ¡Y deja ya esa vaina! ---dijo Damaris para terminar con la charla. Su madre se había vuelto insistente con el tema.

---Está bien. Está bien. Solo una cosa más. ¿Y tú? ¿Tú que sientes por él?

---Ya te dije que es un buen amigo, mamá.

---Porque tú no le sonríes de la misma manera que lo hacías con el otro norteamericano. ---¿Tan obvio había sido?

---Mamá. Debo irme. Adiós.

A pesar de que Tom era un hombre apuesto y la cuidaba, la acompañaba y era muy dulce con ella, el corazón de Damaris había quedado prendado de unos ojos verdes y una sonrisa luminosa que pertenecían a una sola persona. Una persona que era difícil de olvidar.

Unos ojos verdes y una sonrisa que ahora brillaban por otra.

## Capítulo 12

### Una sonrisa... ¿franca?

*La sonrisa es la llave que abre el corazón de todo el mundo.*

Anthony J. D'Angelo

Parecía que algunos se habían trasladado a festejar también al parque. Había jeepetas estacionadas alrededor, con la música a todo volumen, y grupos de amigos diseminados por varios sectores, sentados, bebiendo. Damaris avanzó hasta una de las esquinas y observó el panorama. Debía cruzar el parque para acercarse a los choferes que esperaban pasajeros. No era muy tarde así que se tranquilizó, seguro conseguiría uno con rapidez. Respiró hondo y caminó con paso seguro, esquivando hombres y mujeres. Cuando dobló, se desilusionó al notar que no había ningún motor. Volvió sobre sus pasos y probó en la siguiente esquina. Nada. Como no deseaba quedarse parada sola en ese lugar algo oscuro, deshizo sus pasos hasta el parque y se sentó justo en frente de la discoteca para estar atenta a los conchos que llegaran. Apenas apareciera uno, cruzaría.

Se distrajo con la música que sonaba en una de las camionetas y se dejó envolver por la letra que escuchaba. Le sorprendió oírla porque aquella canción de Xtreme ya no estaba de moda. Al contrario; *Te extraño* había dejado de sonar hacía mucho tiempo.

*«El tiempo pasa y pasa y yo sigo así  
Queriéndote en mis brazos sin poderte tener  
Y busco una salida para no verme así  
Ay, qué lejos de mi lado tu amor está de mí  
Yo lloro y lloro al saber que no estás  
Con mis labios, mira, mami, yo te quiero besar  
Y trato y trato por no sentirme así  
Pero es malo saber que ya no me quieres a mí  
Mira cómo estoy sufriendo  
Me quemo por dentro por sentir tu amor (por sentir tu amor)  
Mami, no me hagas, eso sabes que te quiero  
Con todo el corazón».*

Una lágrima recorrió su mejilla y se alojó en la comisura derecha de sus labios. La música era alegre, la gente bailaba, pero... ¡Esas palabras! ¡Lo que decía! ¡Lo que decía era para ella! ¡Para ellos! ¿Por qué justo en ese momento tenía que oír aquella letra? La melodía seguía y el mensaje se grababa a fuego en su pecho como si el cantante estuviese hablando de su historia.

De pronto, una sombra se detuvo justo frente a ella, levantó la vista y se encontró con aquellos ojos con los que había soñado por tanto tiempo. Pestañeó pensando que su imagen desaparecería de la misma manera que lo hacía en sus sueños. Pero no. Seguía delante de ella, escrutándola con la mirada. Seguramente para él, verla allí también era extraño e increíble.

---Damaris...

Tembló. Tembló ella, la tierra debajo de sus pies y el universo. La respiración se entrecortó y quedó suspendida sin inhalar ni exhalar. Vacío. Todo estaba vacío a su alrededor. No había música, luces, gente. No había nada más que su nombre pronunciado por esa boca que le había dado los mejores besos de su vida. La misma boca que, estaba segura, no volvería a tener.

Ocho años sin verlo. Ocho malditos años. Ocho años de intentar seguir viviendo como si no lo hubiese conocido, como si no lo hubiese amado. Ocho años de noches largas, de recuerdos detenidos en el tiempo. De anhelos, de añoranzas, de imágenes guardadas con celo en la retina y que se repetían constantemente como una película.

Se puso de pie como pudo e intentó alejarse de él, de la energía que la envolvía y la atraía como un imán. Los sonidos de la calle fueron regresando poco a poco, hasta que su mano tomó la de ella y todo volvió a comenzar.

---Necesito hablar contigo ---le dijo y la soltó, incapaz de retenerla en contra de su voluntad.

---Justin...

Había creído que jamás volvería a dirigirse a él y hasta se había acostumbrado a no pronunciar su nombre en voz alta. Sin embargo, aún pese a todo el desbarajuste que le provocaba su presencia, debía alejarse. No podía ni quería escuchar nada, porque todo lo que diría dolería. Y mucho. Oírlo significaba revivir el tormento, la pérdida, la distancia, las lágrimas.

---Quédate unos minutos. Por favor ---le rogó con la mirada.

---No. Déjame ir.

---¿De nuevo?

---Sí. Y esta vez, para siempre. ---Ella giró aguantando las ganas de tenderse a llorar y de abrazarse a su pecho.

---Solo quería preguntarte algo. ---La voz de él era tan poderosa que la volvía incapaz de moverse del rango del sonido. Debía alejarse, pero no podía. Su cuerpo y su mente le gritaban que huyera, que desapareciera, pero había algo más fuerte que se lo impedía. Algo que latía dentro de su pecho y la manejaba a su antojo. Algo llamado corazón.

---¿Sabes qué? ---Se dio vuelta para enfrentarlo, envalentonada por la idea de que tuviera pareja, que tuviera alguien a quien amar cuando ella tan solo había estado con Tom para esquivar su soledad. Ella también deseaba saber quién era esa mujer. Porque ese asunto no lo había olvidado. No olvidaba que él había reencausado su vida sin ella. Y, obviamente, quería preguntarle por qué. Por qué la había utilizado de esa manera tan baja, tan vil. ¿Con qué necesidad?---. Yo también deseo saber algo.

---¿Por qué, Damaris? ---Se acercó un poco más a ella, rozándola con su energía---. ¿Por qué te casaste con él? Si me amabas a mí y yo te amaba a ti.

El comentario no pasó desapercibido. De esas últimas palabras se quedó con: *amaba*. Tiempo pasado. ¿Eso significaba que no guardaba el mismo sentimiento? Por supuesto que no. Ya tenía otro amor en su vida. Un amor que lo había hecho padre de familia. Un amor con curvas exóticas y una risa acaparadora. Un amor que había estado con él durante... ¿Cuántos? ¿Seis u ocho años?

¿Ella había existido antes, durante... o después de lo que había ocurrido entre ellos? Pero... no se olvidaba de que ella también había estado lejos y en los brazos de otro hombre.

¿Tenía derecho a pedir explicaciones? No. Pero aún así las querías, las necesitaba. Y, aparentemente, ella no era la única que exigía respuestas.

---Era lo que debía hacer.

---¿Lo que debías hacer? ¿Acaso la gente se casa por deber? No, Damaris. ¿Lo amas? ¿Está aquí contigo? ---Levantó la vista y buscó a su alrededor.

---No.

---¿No a qué?

---No a todo. Pero ya basta. Ya pasó. Cada uno siguió su vida, tú... ---Tomó aire y tragó para poder continuar---. Tú has formado una familia y yo...

---¿Tú qué? ---Dio un paso más y se colocó cerca de ella. Tan cerca que podía sentir las llamaradas que salían de sus ojos y volvían trizas sus reflexiones---. ¿Tú qué has hecho todo este tiempo lejos de mí? ¿Has sido feliz con él? ¿Me has olvidado?

---Pues claro ---le dijo para lastimarlo.

---Ah. ¿Conque feliz? No te creo nada.

---¡No me importa! ---Lo empujó alejándolo de su cuerpo. Necesitaba aire. Se estaba ahogando con su perfume, con su mirada, con su cuerpo.

---Te equivocaste, Damaris. ¡Admítelo!

---Hice lo que debía...no, lo que quería hacer ---se corrigió y enseguida escondió la mirada por unos segundos pensando en que sí; irse había significado el fin de su amor, pero... ¿Tenía otra opción? No. No y no. No la había. Ella estaba sola, completamente sola.

---No puedo creer que seas tan necia.

---¡Basta de reclamos, Justin! Habían pasado dos años. Dos años te esperé y... ---Se le atoraron las palabras. No podía decirle que, debido a su ausencia, había corrido a los brazos de Tom para alejar su recuerdo. ¿Qué le ocurría? ¿En qué momento se había convertido en una estúpida, en una mujer débil? Debía controlarse.

---Y como no vine, te casaste con otro ---sentenció.

---No seas cruel.

---No te mientas más, Damaris. Admite que lo querías.

---Pues sí. Sí lo quería. Lo quería porque fue el único que permaneció conmigo. Ya. Olvidemos todo, por favor. Déjame ir.

---No lo entendí en ese momento y no lo entiendo ahora. ¿Sabes por qué? Porque debiste casarte conmigo y no con él. Tú y yo. Tú y yo enfrentando todos los problemas. Pero elegiste hacerlo con otro.

---Sí, decidí hacerlo con él. Ya te lo expliqué. Tú no estabas aquí. Tú te habías marchado. Tú te fuiste después de que yo...

---Pero regresé.

---Ja. ¿Cuándo?

---Hace...

---Basta, por favor. Hoy ya todo cambió. ---Se cubrió la cara ofuscada---. Por eso, te pido... te ruego que dejemos las cosas como están. Tú con tu familia. Y yo... yo regresaré a Buenos Aires en unos días.

Él estiró la mano y buscó acariciar los dedos de Damaris. Ella se lo permitió pensando en que no habría forma más hermosa que aquella para despedirse de él.

---No te olvide. Ni un solo día ---le dijo con un hilo de voz observando los detalles de sus dedos.

---No nos lastimemos más, por favor. Ve... ve con tu hijo y tu mujer.

---¿Mi mujer? ---Realmente sorprendido con el comentario, posó sus ojos sobre los de ella para mirarla bien adentro de su alma---. Mi mujer eres tú. Desde aquella noche en el hotel, siempre lo has sido y lo sabes. ---La soltó y dio un paso hacia atrás.

---Adiós ---le dijo ella y se dio vuelta. No quería que la viera llorar. Las lágrimas se amontonaban en los ojos y ya no había forma de frenarlas.

Un paso, otro paso y otro más. Una vez más se alejaba del amor de su vida. Una vez más, el destino se empeñaba en demostrarle que no sería feliz ni hoy ni nunca. El dolor extremo que se iba desparramando por su cuerpo la obligó a detenerse; no podía seguir avanzando. Sentía como si una piedra gigante estuviese aplastándola, volviéndola tan pequeña como una hormiga. La misma sensación opresiva hizo que bajara la cabeza y se viera los pies. Junto a las sandalias que había elegido ponerse, varias gotas dibujaban lunares en el piso. Estaba vencida una vez más.

---No quieres alejarte de mí. Y yo tampoco. ---Esa voz en su espalda... Cerró los ojos intentando creer que sus palabras solucionarían todo. Que todo se borraría de un plumazo tan solo con su melodía al hablar---. No te vayas, Damaris. No así. No de nuevo.

Justin estiró el brazo y ella supo que iba a acariciarla; podía sentir la vibración de su cuerpo alcanzando el suyo. Se abandonó a las sensaciones y se permitió vivir aquel amor una vez más. Aunque fuese la última vez. La mano de él llegó a su piel y, lentamente, acarició su antebrazo con la yema de los dedos como si se fuera a romper; como si ella fuese de porcelana. Lo sentía tan cerca, tan... tan suyo que...

---¿Por qué no lo logramos? ---preguntó con la voz estrangulada. De pronto se sintió la niña inexperta a quien había besado por primera vez frente al malecón el día de su cumpleaños.

---¿Quién dijo que todavía no podemos hacerlo?

Con cuidado ejerció un poco de presión y la obligó a darse vuelta. Con la misma paciencia y seguridad, hizo que levantara su cabeza para mirarlo, apoyando los dedos en su mentón. Los ojos verdes de Damaris se perdieron en los de él y... ocurrió el milagro. Ahí estaba la sonrisa franca y luminosa que ella tanto amaba, que tan bien recordaba. Ahí estaba *su* Justin.

---No creo que se pue... ---El pulgar de Justin se trasladó rápidamente a sus labios, impidiéndole terminar y arrastró el sabor amargo de las lágrimas. El contacto provocó en Damaris

una sensación arrolladora que nació en su boca y se propagó a lo largo del cuerpo. Sus dedos acariciaban la cicatriz que había dejado Tom y la pena se mezcló con la necesidad de olvidar. El dolor, el desamor, la felicidad de tenerlo de nuevo frente a ella, la soledad. Todo estaba representado en ese roce sutil.

---Si tú quieres, yo podría contarte cómo fueron estos años para mí. Qué ha pasado y por qué estoy en esta situación... ¿Te gustaría oírme?

---Justin, yo no creo que...

---Dime que quieres saber más de mí. Dímelo. Necesito contártelo... ---Su mano recorría su cuello, pero sus ojos seguían pendientes de su boca.

---¡Justin! ¡Justin! ---Una mujer lo llamaba.

Y una vez más, el hechizo se rompió en mil pedazos.

---Adiós. ---Damaris se apartó y cruzó la esquina haciéndole señas a un chofer para que la llevara de nuevo a su casa.

---Damaris... ---murmuró Justin mientras veía como se alejaba de él. Otra vez.

## Capítulo 13

### Como si nunca se hubiera ido

*Habrá un amor en tu vida del que no te recuperarás jamás...*

Benjamín Griss

En el camino a casa, las imágenes de los dos tan juntos en el parque se le mezclaban con otras que habían vivido tiempo atrás. ¿Por qué otra vez debía decirle adiós? Oh, sí. Porque él estaba con otra mujer, porque tenía un hijo.

*Después de que Justin desapareciera, Tom ocupó el lugar de protector indiscutible de la familia Peñaloza. Tanto que hasta comenzó a pagar sus deudas y a «mantener» la casa. Marisa se mostraba feliz, pero solapadamente aconsejaba a su hija que se cuidara, que no se apresurara. Ninguna hablaba de Justin abiertamente, pero su mamá le había dejado en claro cuál era su opinión acerca de las relaciones formadas por despecho.*

---Hija, si no lo amas no debes aceptar tener una relación amorosa. Quiero que te quede bien en claro. ¿Y sabes por qué?

---¿Por qué? ---Damaris ya comenzaba a fastidiarse. Marisa se había vuelto insistente sobre el tema.

---Porque serás infeliz toda tu vida. Hija, no cometas una locura.

---Mamá... por favor.

---Yo sé lo que te digo. Y tampoco te sientas obligada a hacer algo porque este muchacho nos ayuda en la casa. ¿Oíste?

---Yo lo quiero muchísimo, mamá.

---Querer no es amar, Damaris.

*Parecía que Marisa estaba en lo cierto porque Damaris, por su parte, sentía que poco a poco la bondad de Tom iba requiriendo ciertos sacrificios. Primero, aceptó salir con él algunas noches. ¡Y vaya si la pasaban bien! Él siempre la hacía sentir cómoda y se divertía con sus bromas. Después, surgieron paseos y encuentros en el bar y en su casa en reiteradas oportunidades. Cuando se quiso dar cuenta, Tom se presentaba a sí mismo como el novio de Damaris y ella... ¿qué había hecho? Nada. Había dejado que él se metiera en su vida y en su familia porque se sentía sola. Porque no había nadie que se preocupara por ella más que él. Muy lejos había quedado aquella sensación del primer encuentro. Tom se había encargado de invertir las cosas y representaba lo positivo, lo divertido, lo luminoso de su vida. Y ella pensaba aferrarse a esa luz, aunque no lo amase.*

---Damaris... no hagas esto. Por favor. No estás obligada a estar con él ---le había dicho su amiga, quien también compartía los mismos resquemores que su madre.

---No es obligación, Jessica.

---No te creo. No puedes haber olvidado a Justin.

---Jessica... entiéndeme. Tom es muy bueno conmigo, con mi familia. ¿No has visto lo dulce que es con los niños? Él me quiere de verdad. Lo sé. Y estoy segura de que seré feliz con él.

---¿Y tú? ¿Tú que sientes por él?

---Lo quiero mucho.

---¡Damaris, por Dios! Eso no es suficiente para una relación.

---Para mí, lo es. Si no, mira... yo me había enamorado de Justin pensando que él sentía lo mismo por mí.

*Me entregué a él y... Y se fue. ¿De qué me sirvió el amor? ¿De qué sirve el amor si no hay respeto, consideración, honestidad...? De nada. Además, ahora que lo pienso, ¿Quién se enamora de una persona en tan pocas semanas? Una estúpida y una ilusa como yo. No debí ponerme en ese plan.*

*---Estás equivocada. Comprometerte con Tom es un grave error. Te lo estoy diciendo porque sé que esto no está nada bien y espero, de verdad, que recapacites.*

*---Ya lo he pensado y aceptaré su propuesta. Después de mi cumpleaños, nos casaremos.*

*---¿Damaris? ¿Han estado juntos?*

*---Sí.*

*---¿Sí?*

*Recordar la primera vez con Tom dolía. Dolía porque no había sido ni parecida a la primera vez con Justin. Si bien su cuerpo había respondido a las caricias de él, su corazón no estaba allí. Y la presencia de ese órgano vital era lo que ella creía se necesitaba para hacer el amor. De otra manera solo estaban teniendo sexo. Supo desde esa noche que jamás haría el amor con Tom. Solo se sacaban las ganas.*

*---Es muy respetuoso y...*

*---No quiero oír más. Por favor. ¡Eres tan necia!*

*---No he venido a consultarte, solo quería que lo supieras.*

*---Te vas a arrepentir de esta decisión, Dami. Ya lo verás.*

*Desafortunadamente, Jessica no era la única que pensaba que su compromiso con Tom era un gravísimo error. Miriam también le había pedido y rogado que desistiera, que aquella no era la salida, que los problemas económicos de su casa podrían solucionarse de otra manera. Que estaba segura de que Justin seguía en sus pensamientos.*

*---¿Y si regresa?*

*---Dos años han pasado ya, Miriam. Él ya se ha olvidado de mí. Si es que alguna vez me quiso, ¿verdad? --Se había vuelto irónica ante los sentimientos de él.*

*Damaris ya lo había decidido. Y no. La razón por la que había aceptado comprometerse con Tom nada tenía que ver con las deudas y la casa. No. Había decidido estar con él porque el dolor de estar sin Justin se hacía cada vez más insoportable, y era con Tom con quien pasaba los momentos más alegres y divertidos. Y no solo eso. Él se había encargado de poner sonrisas donde solo había lugar para las lágrimas. Por eso... por eso, creía y estaba convencida de que la vida a su lado sería llevadera y apacible. Y quizás, algún día, se olvidaría por completo del amor que llevaba guardado dentro y que tenía nombre y apellido.*

*Días después, se encontraba con su familia y amigos en la casa que Tom había rentado en Cabrera, celebrando el compromiso de los dos, cuando el teléfono sonó. Nadie se percató de los gestos de él que, al atender, reconoció la voz de Justin del otro lado de la línea. Damaris, alejada de la gente, envuelta en sus pensamientos, a gatas sonreía cuando alguien se acercaba a felicitarla. No supo jamás que aquel día marcaría un antes y un después en su vida. Que la decisión que creía era la mejor, no había sido sino la peor que tomara jamás.*

*---Damaris... cariño. ---Tom se acercó con dos copas y extendió una para ella---. ¿Cómo la estás pasando?*

*---Muy bien, gracias. ¿Y tú? ---Damaris recibió el abrazo de Tom y se dejó engullir por esos brazos que la sostenían desde que Justin se había marchado.*

*---No puedo esperar a tenerte cada noche y despertarme cada día a tu lado. Aunque...*

*---¿Aunque...?*

*---Parece que deberé viajar a Argentina pronto.*

*---¿Argentina?*

*---Sí. Aún no sé los detalles, pero parece que hay un importante negocio allí.*

*---¿Y entonces nos iríamos?*

---Sí, cariño. ¿Te molestaría pasar una temporada en aquel país del sur? ---Sin querer, un escalofrío recorrió el cuerpo entero de Damaris. Recordó enseguida que eso mismo le había ocurrido cuando lo conoció en su cumpleaños número dieciocho, dos años atrás. Era una sensación rara e inexplicable que solo entendería tiempo después. Algo le estaba avisando que las cosas no estaban bien. Pero, de nuevo, no le hizo caso---. Quisiera que conversemos acerca de las fechas. ¿Tú qué piensas?

---Lo que tú decidas estará bien. ---Sonrió para complacerlo. Al fin y al cabo, no había nada ni nadie que la atase a Cabrera.

Se bajó del motor y le pagó al chofer. En vez de entrar, se sentó en uno de los sillones de mimbre de la galería y allí se quedó observando las estrellas. La noche siempre había sido su fiel compañera, y cada vez que necesitaba encontrarse a sí misma, era a través del firmamento y del azul del cielo que lograba conectarse con su interior. Largas noches en Buenos Aires habían sido testigo de su pena, de su dolor. Pocas habían sido las alegrías y muchas las angustias. La noche siempre sería su cómplice y su mejor amiga.

Verlo y tenerlo tan cerca significó revivir todo lo ocurrido cuando él se fue sin decir adiós, para dejarla sola y obligarla a resguardarse en los brazos de Tom. Volvió a culparlo y a culparse por aquella decisión. Si él hubiese regresado... si él le hubiese hecho saber que la amaba... Si ella no se hubiese empeñado en retribuir la supuesta bondad de Tom... nada sería igual.

---Lo has visto, ¿verdad?

---Sí.

---¿Cómo te sientes? ---Marisa se acomodó en el sillón a su lado.

---Vacía.

---¿Has hablado con él?

---Lo suficiente como para revivir el infierno que fue, es y será mi vida.

---Hija... me encantaría evitarte este dolor, pero, me es imposible. Le he estado rogando a Dios para que no se cruzaran.

---Solo espero que sea feliz. Nada más.

---¿Conociste a la mujer?

---La vi de lejos...

---Ah. ¿Y al...

---Al niño, sí. Es hermoso. Como él.

---Sí, dicen que es muy parecido.

---Bueno... voy a la cama, mamá. Hasta mañana.

---Buenas noches.

Damaris se perdió en la oscuridad de la vivienda y Marisa se quedó fuera, disfrutando del fresco de la noche y rogándole a Dios que su hija pudiera encontrar la paz de una buena vez. Lejos de hallarla, Damaris se lavó los dientes con la imagen de Justin, de su mujer y de su hijo grabada en la retina. Atrás habían quedado las promesas que se habían hecho y los besos que se habían dado en aquel pasado tan lejano y tan amargo. Se recostó y cerró los ojos; quería dormir y no despertarse nunca más. De un momento a otro, cayó en un sueño profundo... un sueño que ya

conocía. Lo había tenido antes: unos días antes de su boda con Tom.

*Los días pasaron con la rapidez con la que pasan las horas durmiendo. Cuando se quiso dar cuenta, Damaris se encontraba probándose el vestido que usaría para la celebración de su casamiento con Tom. Y mientras que la modista ajustaba detalles en su cintura, ella recordaba la noche anterior cuando había estado nuevamente con él. La sensación había sido por completo... insignificante. Nada. No había habido ni cosquillas, ni temblores, ni taquicardias, ni calor. Nada. Dos cuerpos reaccionando a estímulos y nada más. Se preguntó si toda la vida sería así, y con ese pensamiento en la cabeza se mantuvo toda la jornada callada.*

*Dentro de cinco días se llevaría a cabo la boda; y, con el paso de las horas, la duda de si estaba haciendo lo correcto se instaló en su cabeza. Por un momento se le cruzó por la mente hablar con su amiga, pero estaba segura de que ella se molestaría. Al fin y al cabo, se lo había advertido. Con la angustia a flor de piel se recostó en la cama y allí permaneció hasta que por fin logró dormir. Cuando lo hizo, un sueño premonitorio le advirtió cuál sería su destino.*

*---Damaris, mi vida. ¿Qué haces tú aquí? Deberías estar preparándote para mañana. ---Ella se encontraba en la casa de su futuro esposo, acongojada y asustada.*

*---Tom...*

*---Pasa. Ven.*

*Los dos se sentaron en el living. Tom la devoraba con la mirada, y a pesar de que parecía estar tranquilo y ser el mismo de siempre, algo extraño podía percibirse en el aire.*

*---¿Qué ocurre, Dami? Dímelo.*

*---Tom... Primero, quiero agradecerte por todo lo que has hecho por mí, por mi familia. Gracias, de verdad. Has sido un ángel para nosotros.*

*---Pero...*

*---Pero... creo que casarme contigo es un grave error. Tú sabes que yo te quiero y...*

*---¿Cómo? ¿Qué has dicho?*

*---Eso. ---Se puso de pie, buscando por los rincones de la sala las palabras justas para que él entendiera lo que le ocurría.*

*---No me puedes decir esto hoy, Damaris.*

*---¡Lo siento! ---Lo miró con los ojos llenos de lágrimas.*

*---¿Lo sientes? ---Se levantó y caminó hasta a ella con un paso lento, mirándola fijamente.*

*---Sí, Tom. Perdóname. En verdad yo... yo... no puedo casarme contigo.*

*---Ah, ¿sí? ¿Y por qué? ---De pronto, Damaris ya no vio a ese hombre que cenaba con ella y su familia; que la hacía reír. De pronto ese que tenía enfrente era un desconocido que la observaba de manera extraña.*

*---Tú sabes que yo no...*

*---¿Que no me amas? Eso ya lo sé. Lo sé muy bien. Sé también que quien te calienta es mi amigo Justin. ¿O no? Es él a quien tú quieres. ¿Verdad? ---Sus ojos marrones se volvieron negros como una noche de tormenta y se posaron en los verdes de Damaris que brillaban a través de las lágrimas y le gritaban una verdad que él no estaba dispuesto a oír.*

*---Tom, entiéndeme.*

*---¡No! Tú me vas a entender a mí. Mañana, escúchame bien, mañana vas a entrar por la puerta de la iglesia y vas a dar el sí. Me vas a aceptar como esposo porque es lo mínimo que pueden hacer tú y tu inmundada familia. ¿Oíste? Tú y tus sucios hermanos, tu madre... me deben todo a mí.*

*---Tom, ellos no...*

*---¡Cállate! ---Una bofetada hizo arder la piel de Damaris---. ¡Ingrata! ¿Sabes qué...? No pienso esperar hasta mañana para reclamar mis derechos como esposo. Hoy, ahora... vas a ser mía. Mía; como lo fuiste todo*

*este tiempo. ¡Mía! ¿Escuchaste? ¡MÍA!*

*Y despertó. Con la sensación de la mejilla ardiendo y el corazón galopando en su pecho.*

*«Tranquila... tranquila...», se dijo. «Solo fue una pesadilla».*

El llanto la atravesó y no pudo contenerlo. Recordar esa noche en la que había soñado cómo Tom pasaba de ser su ángel guardián a su verdugo le había provocado un dolor desgarrador. ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo no se había dado cuenta de que detrás de esas miradas solapadas se encontraba, en verdad, un ser despreciable?

## Capítulo 14

### Dos golpes en la puerta

*No ser amados es una simple desventura.  
La verdadera desgracia es no saber amar.*

Albert Camus

*Se casaron en la playa y la fiesta fue muy discreta y amena. A los pocos días, partirían a Buenos Aires. Tom ya había arreglado todo; alquilado un departamento, un carro, todo. La vida parecía por fin encausarse.*

*La primera noche en que durmió a su lado, volvió a tener el mismo sueño que unos días antes de la boda. Solo que en esta ocasión otra escena se agregaba a la pesadilla: Justin regresaba por ella.*

*Dos golpes en la puerta.*

*---¡Shh! Tú te quedas callada porque si no... no respondo de mí ---susurró Tom con la mano haciendo presión sobre la boca de Damaris.*

*---Tom... Are you there?*

*---Yes. Who is it?*

*---It's Justin, man.*

*¿Justin? ¿Había oído bien? Cuando levantó la mirada y se encontró con la cara desencajada de Tom, supo que sí. Que aquel, del otro lado de la puerta, era Justin y estaba de vuelta.*

*---Give me a sec ---le dijo, y enseguida se dirigió a Damaris---. Tú no dices nada de nada, ¿oíste? Porque, de lo contrario, sabrás de lo que soy capaz. Abriré esa puerta y tú te me vas para al baño y ahí te quedas hasta que luzcas presentable. Cuando te llame, vienes. ¿Soy claro? ---ella no pudo responder---. ¿Soy claro? ---repitió Tom, ajustando la mano con más fuerza.*

*Damaris temblaba de miedo y asintió con la esperanza de que la llegada de Justin impidiera el desenlace que temía. Apenas la soltó, se perdió en los interiores y se encerró en el baño. Oyó la puerta y las voces de los dos conversando, pero no entendió una palabra de lo que decían. Quería huir, correr de allí y no volver nunca más. Se lavó la cara para tranquilizarse e intentó respirar. Debía calmarse. En eso estaba cuando escuchó que Tom la nombraba.*

*---¡Mi amor! Ven. ¡Mira quién llegó de visita!*

*Como no fue capaz de abrir, él se acercó al baño para presionarla. Dos golpes en la puerta, y el terror volvía a comenzar.*

*---Damaris. Sal... Ahora. ---No gritaba, pero su voz sonaba fuerte y dominante. Temió por su vida y las represalias que podría tomar. Abrió la puerta lentamente y de pronto se vio arrastrada hacia el living donde Justin los esperaba---. Aquí te presento a mi futura esposa. Gracias por haber venido a compartir con nosotros este momento tan especial.*

*Justin no dijo nada. Damaris tampoco lo hizo. Solamente los conectaba la mirada y esa corriente eléctrica que los unía cuando estaban cerca. Dos años había pasado desde la última vez, pero en su piel y en su corazón él siempre sería el único.*

*---Congratulations! ---alcanzó a decir y se retiró.*

*---Quién iba a pensar que regresaría, ¿no? ---dijo Tom impostando una sonrisa macabra.*

*---Tom... déjame ir.*

*---Sí, claro. Pero... Yo te llevaré hasta tu casa. Sola, no.*

---Tom... por favor ---le rogó con la mirada.

---Tú te casas conmigo mañana, Damaris. Que no se te olvide. ¡ERES MÍA!

Allí se terminó aquella pesadilla en el mundo de los sueños. No volvió a soñar con esa escena. Sin embargo, la pesadilla donde Tom cambiaba totalmente se convirtió en realidad poco tiempo después.

---¡Damaris! ¿Por qué no me contestas? Te llamé varias veces.

---Ay, Jime. ¡Si supieras!

---¿Cómo te fue en la fiesta? ¿Te divertiste?

---No. Tú no sabes lo que es estar aquí rodeada de recuerdos horribles.

---¿Más horrible de lo que te ha pasado aquí?

---Aquí comenzó todo, Jimena. Todo.

---¿Volvés?

---No lo sé. Son muchas cosas. Por un lado, quisiera irme de aquí y huir de todo lo que...

---¿Qué hay allá que te asusta tanto? Porque los recuerdos pueden doler, pero...

---Mi pasado, Jime. Mi pasado me persigue.

---Siento mucho que ese viaje no esté saliendo como lo planeaste.

---Yo también.

---Dami... te quiero.

---Yo también, cariño. Y no sabes la falta que me haces.

---Vos también.

Cortó y se obligó a levantarse esa mañana. Llevaba varios días intentando recuperarse. Dormía y comía; nada más. Pero sabía que debía moverse, hacer algo. De lo contrario, moriría de tristeza. Marisa ya se encontraba lavando ropa y la rutina en su casa no parecía verse alterada por nada. Preparó café y volvió a extrañar el mate una vez más. Cada día que pasaba sentía más fuerte la necesidad de regresar a Argentina y resguardarse de tanto dolor. Aunque allí la esperaba otro demonio que, seguramente, no estaría dispuesto a liberarla de sus cadenas.

---Mi niña... ---Su madrina, sonriente, entraba, como si aquella casa fuese suya también.

---Madrina, ¿cómo está?

---Bien, ¿y usted? ¿Cómo estuvo la celebración en el malecón?

---Bien...

---Buenos días. ---Marisa entró y se encontró con las dos mujeres conversando.

---¿Cómo se ha portado Kelvin con usted, ah?

---Bien, madrina. Aunque, no estuve mucho tiempo con él.

---Ah, ¿no?

---No. Al llegar, me di cuenta de que no deseaba estar allí. Caminé hasta el parque y me volví a casa. Era lo mejor.

---¡Qué pena!

---Comadre... Damaris ha visto a Justin con su muchacho.

Damaris tuvo que calmarse para no despotricar ante el comentario. ¿Acaso no se daba cuenta de que ella no deseaba hablar del tema?

---¡Oh! ---Se acercó y le acarició la mejilla con cariño. --- Lo siento mucho.

---Mamá... Quiero saber una cosa y, después de esto, no hablaremos más de Justin y de lo que pasó. ¿Está bien?

---Pero, niña...

---¿Está bien? ---repetió.

---Bueno.

---Quiero saber qué pasó aquí durante el tiempo en que no estuve. ¿Cuándo regresó? ¿Cómo es que él terminó con ella? ¿Ustedes lo saben?

---No, exactamente. Mira...el mismo día en que Tom y tú se fueron, él llegó a esta casa enceguecido; estaba hecho una fiera. Parece que los había visto en el aeropuerto y allí se enteró de que ustedes estaban casados.

---¿En el aeropuerto?

---Sí. Incluso nos contó que habló con Tom.

---¿Qué? ¿Cuándo? Si yo no lo... ---Damaris intentaba recordar aquel día, pero no lograba ubicarse. ¿En qué momento podrían haberse cruzado si...? Enseguida recordó que estuvo recorriendo por un largo rato el *free shop* sin la compañía de él.

---No lo sé. Eso fue lo que nos dijo.

---¿Y para qué vino? ¿Por qué no se volvió a Estados Unidos? ¿Por qué se quedó?

---Dijo que necesitaba saber cómo habían sido las cosas. Por qué tú habías decidido casarte con él.

---Yo le dije que usted se había quedado con Tom porque él la había abandonado ---agregó, Margarita.

---Esa fue la estocada final ---comentó Marisa.

---¡Se la merecía! ---siguió diciendo la mujer.

---¡Claro que se lo merecía! ---asintió Damaris---. ¿Y entonces?

---Yo no le dije que tú te habías ido a Argentina. Y él me hizo prometerle que no te diría a ti que había regresado a buscarte. Creyó que te merecías ser feliz de una vez. No lo volvimos a ver desde ese día. Creímos que se había regresado a su país. Pasaron varios meses y, una tarde, Juan trajo la noticia que lo había visto en el pueblo con una muchacha. Más tarde nos enteramos de que estaba embarazada y bueno... el resto ya lo sabes.

---¿Se casaron?

---No que nosotros sepamos, mamita.

---Está bien. Él tenía, tiene, todo el derecho de rehacer su vida, ¿verdad?

---Pues... ---agregó Margarita---, usted también lo ha hecho, Damaris. Era lógico que en algún momento buscara consuelo en otros brazos. ¿No lo cree?

---Sí.

---Hija... ¿Por qué no hablas con él? ¿Por qué no escuchas de su boca lo que ha pasado?

---¿Para qué?

---Damaris, yo estoy convencida de que él sigue enamorado de ti.

---¡Mamá! Por favor... ---Enseguida se le vinieron a la mente las palabras de Justin en el parque. Pero no. No podía ser.

---Yo opino que hasta que no hables con él y aclaren todas esas dudas, no se van a quedar en paz. Ninguno de los dos. Hay muchas preguntas en el aire y las respuestas solo las tienen ustedes.

---Mi comadre tiene razón, niña. Hay que cerrar esa historia y qué mejor manera es que se sienten a conversar.

---No puedo. No podría estar frente a él. Usted sabe por qué, mamá.

---No hace falta ser muy inteligente para darse cuenta de que todavía lo ama, cariño ---agregó su madrina.

---Nunca he dejado de hacerlo.

---Lo sabemos. Aun cuando decidiste casarte con ese idiota, sabíamos que tu corazón era de otro.

---Todo es muy difícil para mí. Esta tarde veré si puedo cambiar el vuelo de regreso y me iré.

---¿De nuevo, niña? Aquí está su familia y... ---acotó Margarita.

---Estar aquí me hace mal, madrina. Entiéndame. En Buenos Aires tengo una vida diferente, mis amigos.

---¡Ay, Damaris! No huyas de nuevo, por favor. ¿Tú crees que es más fácil que enfrentar tus sentimientos?

---Sí.

Jimena le había comprado un pasaje de ida y vuelta. La vuelta sería recién para dentro de un mes. Al principio, había creído que se quedaría en su casa, que conseguiría empleo... pero la situación con Justin la empujaban a alejarse una vez más. Intentaría modificar su fecha de regreso. Intentaría rearmar su vida en Argentina.

No pudo cambiar el pasaje en su casa porque se cortó la conexión de internet. Decidida a resolver el asunto ese mismo día, por la tarde se acercó al centro de Abreu para conectarse. Entró a una cafetería nueva que había sobre la carretera camino a Río San Juan. Eligió una mesa alejada de la entrada y encendió la computadora portátil de su hermano. Abrió el explorador y comenzó a chequear posibles fechas de regreso. También conectó el celular a la red y, mientras leía alguno de los mensajes, una llamada, ingresó a través de WhatsApp.

---¿Hola?

---¿Dónde mierda estás?

---Déjame en paz, Tom.

---Dime dónde estás. Necesito hablar contigo. Tu amiguita no me quiso decir dónde estabas. ¿Dónde te has ido?

---Púdrete, Tom. ---Y le cortó.

¿Por qué no lo había bloqueado todavía?

Escucharlo había sido como sentir su mano sobre su mejilla, su aliento a alcohol, su aroma a

perfume de mujer fácil. Desde que habían llegado a Argentina, las cosas se fueron poniendo cada vez peor. Tom empezó a mostrarse cada vez más celoso; no quería que saliera, que hablara con nadie. Se volvió posesivo y controlador. Su trabajo hacía que Damaris pasase muchas horas sola y, por eso, había decidido buscarse un empleo. Necesitaba hacer algo, de lo contrario se volvería loca. Armó algunos currículos guiándose por plantillas de internet, y una mañana salió a repartirlos con la esperanza de que su vida por fin cambiara. Ese día conoció a Jimena mientras desayunaba en McDonald's. Cuando Tom descubrió sus planes, la dejó encerrada en su casa por tres días. Regresó arrepentido y con una marca de *rouge* en la camisa que a Damaris no le molestó. ¡Mejor!

Aquella fue la señal que necesitaba para avanzar. Damaris supo que debía tomar las riendas de su vida y, de a poco, debía alejarse de ese hombre que en nada se parecía a aquel que la había arropado por las noches, que la había mecido en sus brazos hasta hacerla dormir. ¿Qué había ocurrido con ese Tom? ¿Cómo y cuándo había cambiado tanto?

En eso pensaba mientras intentaba calmar sus pulsaciones, cuando una mano sosteniendo un café se apoyó en su mesa. Siguió el camino del brazo y allí estaba de nuevo. Él y esa sonrisa desarmadora de almas, de corazones...

---Hola.

---¿Qué haces aquí, Justin? ---Bajó la mirada deseando que no se le notaran la ansiedad, los nervios y el miedo que le había provocado la llamada de Tom.

---Todas las tardes vengo por un café a este lugar. Es muy tranquilo, ¿no crees?

---Mmm. Sí. Lo es.

---¿Estás bien?

---Sí.

Árboles, palmeras, flores y el fresco de la sombra inundaban el lugar y rodeaban las mesas de madera. En verdad aquella cafetería era sinónimo de paz y de tranquilidad. Hasta ese momento... que él acababa de llegar y ella debía ocultar todos sus sentimientos bien adentro para que no descubriera cuánto lo amaba.

---Vengo de Playa Grande y me detengo unos minutos para disfrutar de este sitio ---explicó él.

---Qué bien. ---Ella siguió tecleando y buscando horarios, intentando no pensar que frente a ella estaba el amor de su vida.

---¿Qué haces tú?

---Busco pasajes de avión. ---Despegó la vista de la pantalla y lo miró---. Me voy.

---Creo que es lo mejor para ti.

---Qué bueno que estemos de acuerdo en algo. Creo que es la primera vez.

---Es lo mejor para ti... pero no para mí ---agregó.

---Justin. No empieces, por favor.

---No. No. No empezaré nada. Te lo prometo.

Permanecieron los dos en silencio. El sonido de los pájaros y los dedos sobre el teclado era

lo único que se oía. Justin bebía su café lentamente sin quitarle los ojos de fuego de encima. Damaris, incapaz de concentrarse en la página de la aerolínea, leía sin entender nada. Todo era palabras sin sentido, números y colores.

---Señorita... su pedido. ---La mujer dejó una tostada y un jugo de piña sobre la mesa y los dejó solos de nuevo.

---¿Cómo se llama? ---Damaris rompió el silencio y él supo a quién se refería.

---Sean.

---Bonito. Sean Smith. Suena muy lindo. Te felicito.

---Gracias.

De nuevo el silencio. Justin casi acababa su café, pero no pensaba moverse de allí. Hizo una seña y pidió otro.

---¿Otro?

---Sí. Te voy a llevar a tu casa cuando termines.

---¡No!

---¡Sí!

---No es necesario. Yo tengo para largo aquí. Además, estoy segura de que tu mujer debe estar esperándote.

---Te llevaré a tu casa cuando termines.

Ya no podría buscar nada. No habría poder suficiente sobre la faz de la Tierra que pudiera obligarla a concentrarse en lo que había ido a hacer. Seguía dando vueltas por las páginas sin prestar atención a nada. Tenerlo frente a ella era tan arrollador que anulaba sus sentidos, sus pensamientos. Aun así, debía recordarse con cada segundo que pasaba que él ya no estaba solo y que lo suyo no podría ser. Ni en este momento ni nunca. Tampoco debía olvidar que él la había abandonado después de desecharla como basura. Y que también estaba Tom en otro país aguardando, acechando.

Acabó con el jugo y dejó intacta la tostada. Se puso de pie, cerró la portátil y guardó su teléfono en el bolsillo del pantalón.

---¿Vamos? ---le preguntó él.

---Vuelvo a repetirlo. No es necesario. Vine caminando y puedo volverme de la misma manera.

---¡No! ---La detuvo cuando ella intentó alejarse---. Quiero llevarte, quiero que me cuentes qué has hecho en Argentina, qué ha pasado estos años. Quiero que me digas por qué estás sola. ¿Por qué discutías con él por teléfono? Sé que sufres... Y yo, yo quiero contarte cómo...

---No es necesario, Justin. Ya. Déjalo, ¿sí?

---Damaris... Yo no he dejado de amarte. Ni un solo segundo ---le dijo y la soltó. No deseaba retenerla ni obligarla a que lo amase una vez más.

---No, no...

---¿No me crees?

---Justin, tienes un hijo... una esposa. ¿Cómo podría creer que aún me amas?

---Eso es lo que quiero explicarte. Quiero que sepas cómo fueron las cosas. No es lo que tú crees.

---La quieres, seguramente ---dijo ella incapaz de oír lo que él tenía para decirle.

---No lo voy a negar. Ella es muy especial para mí. La quiero, sí. Pero... no como a ti. Tú siempre serás mi princesa, mi amor. Por eso no me he ido. Por eso me quedé aquí en Cabrera, esperándote. Sabía que regresarías a mí.

---¿A ti?

---Sí. Suena estúpido, lo sé. Pero siempre supe que volverías.

---No. Yo he regresado por mi madre, por mis hermanos. No lo he hecho por ti. Ni siquiera sabía que tú estabas aquí. ---Él la observó con un gesto extraño, desconcertado, y enseguida recordó lo que le había pedido a Marisa---. Ay, Justin. Por favor. No sigamos lastimándonos.

---Yo no quiero lastimarte. Nunca quise hacerlo.

---Yo tampoco, pero ya ves. Lo hemos hecho de todas maneras, ¿no? Me voy a mi casa. Adiós.

---Damaris...

Ella se dio vuelta y lo miró con detenimiento. Llevaba los hombros caídos, pero en el rostro tenía una leve luz que asomaba tímidamente. Una luz de esperanza que le llegaba como una caricia, como un rayo de sol entre las nubes negras. ¿Él creía que aun tenían futuro? ¿Después de esa separación de tantos años y de los infiernos horribles por los que habían pasado? ¿Después de estar cada uno con personas diferentes?

---Yo sé que me perdonaste. ---Damaris lo miró extrañada---. Y... yo también te perdoné. Te perdoné en el instante en que te vi en el parque anoche. Ahora es tu turno de perdonarte.

Damaris salió de la cafetería y comenzó a caminar hacia su casa con el corazón desbocado dentro de sí. Justin había dado con la palabra justa y sabía exactamente dónde tocar para activar sus más profundas emociones. El problema radicaba justo allí. Ella no se perdonaba haberse casado con Tom y, por eso, tampoco se permitía volver a vivir aquel amor que tan feliz la había hecho alguna vez. Se estaba castigando y él también lo sabía.

## Capítulo 15

### Lluvia para conversar

*Y se moría el ayer en el rostro de aquella oración,  
como esa agüita que sobre el monte se durmió.*

Raly Barrionuevo

Se quedó dormida pensando en las últimas palabras que él le había dicho:

«Yo ya te perdoné. Ahora es tu turno de perdonarte».

¿Podría hacerlo?

Se despertó en la madrugada después de soñar con Tom y con Justin. Abrió los ojos y recordó cómo habían sido sus últimos días junto a su marido.

*Parpadeaba. Se encontraba encerrada en su habitación con una sombra oscura latente del otro lado del umbral de la puerta. Sabía quién era su carcelero. Tom había logrado convencer a todos de que eran felices y ella no había sido capaz de decir lo contrario. No tenía fuerzas para hacerse cargo de lo que había hecho ni para admitir que, si se encontraba en esa situación, era culpa suya. Damaris lloraba y las lágrimas, lejos de acabar, seguían brotando de su interior con más fuerza y tenacidad. Estaba desbastada. Desbastada porque el hombre que creyó la respetaría y cuidaría se había convertido en un monstruo abusivo que era capaz de dañarla sin pensarlo dos veces. Desbastada porque ella, y solo ella, se había puesto y había puesto a su familia en esa situación.*

*La puerta se abrió, y del otro lado encontró los ojos desorbitados de Tom. Unos ojos que se mezclaban con alcohol, con dolor. A veces se preguntaba si él no sentía lo mismo que ella; una gran decepción sobre su relación. Desafortunadamente, jamás sabría qué pasaba por su cabeza, si aún la amaba o, si todo lo que habían construido se basaba en celos, venganzas, competencias y desamores. Se acercó a su cama y, en un acto reflejo, ella se contrajo en un rincón contra la pared.*

---¡Nooooo! ---gritó con desesperación.

---Dami... Dami... hija. Ha sido una pesadilla. Despierta, cariño.

Marisa la acunaba en sus brazos con dulzura. Tardó unos minutos en darse cuenta de que aquello había sido un sueño. Un sueño que no era más que una mezcla fatal con la realidad de lo que había ocurrido con Tom en Buenos Aires.

---Lo siento ---le dijo cuando por fin, se serenó.

---¿Mejor?

---Sí.

---¿Qué ocurre, hija?

---Soñé con él, eso es todo.

---¿Con Justin?

---No, con Tom.

---¿Qué ha pasado realmente, cariño? Hay cosas que no me has contado.

---Ay, mamá. ¿Por qué? ---El llanto regresó con fuerza y la madrugada fue testigo de su pena--

-. ¿Por qué las cosas tuvieron que ser así?

---No lo sé, hijita. No lo sé.

---Fue mi culpa, mamá. Todo. Todo fue mi culpa. Haber traído a Tom a esta casa, decidir casarme con él... Justin... irme de aquí y dejarlos solos. Todo es culpa mía. Y ahora... ahora ya no... ---El llanto la ahogaba.

---¡Damaris! ---Marisa lloraba con ella y por ella.

---¿Por qué no puedo ser feliz, mamá? ¿Por qué?

---Hijita, cariño. Qué más quisiera yo que lo fueras, mamita. Pero... escúchame. ---Le apartó los mechones de la cara y la obligó a mirarla---. Escúchame bien. Tú lo amas, él te ama... yo lo sé. ¿Por qué no te arriesgas de una vez? ¿Por qué no dejas de lado ese miedo que te ata y vas por él?

---No, mamá. Ya lo nuestro pasó. No vale nada...

---¿Cómo qué no?!

---No creo que podamos...

---Hija... ve por él. Inténtalo. ¿Qué más tienes que perder?

---Mucho.

---¿Qué?

---El corazón.

---Ya lo has perdido, hija. ¿No te has dado cuenta?

---Ay, mamá...

---Ese hombre es tu destino. Lo sé. Lo sé muy bien.

---Pero...

---¡Pero nada! Hablas como si se te hubiese acabado la vida. Tienes veintiséis años. Eres joven, cariño. Puedes intentar lo que quieras. Que la decepción con Tom no te impida rearmar tu futuro. No te ates a ese pasado porque solo traerá pena y dolor. Si no... mírame a mí. Mira cuánto los lastimé por...

---No, no. ---La angustia se había trasladado a Marisa---. El pasado ya fue.

---Por eso, mi vida. Ya déjalo atrás. ---Marisa, al ver que su hija se había calmado, se puso de pie y abandonó la habitación---. Intenta descansar, ¿sí? Mañana será otro día.

Sobre la cama y en penumbras, las dudas se mezclaron con la esperanza y se instalaron en el pecho de Damaris, que aún seguía reticente en creer que entre ellos podría haber otra oportunidad. Con ese pensamiento en la cabeza, intentó volver a dormir, pero no lo logró.

El amanecer trajo consigo un nuevo sabor. La lluvia que cayó sobre los techos de Abreu esa mañana limpió heridas y corazones maltrechos. ¿Marisa podría tener razón? ¿Habría lugar para el amor? Se levantó y caminó hasta la galería desde donde contempló el paisaje en ese día gris. Pensó, analizó, recordó, recapituló. Había demasiadas dudas y miedos, pero una certeza pugnaba por sobresalir de entre los problemas; aún lo amaba con todo su corazón. Su cuerpo y su alma reclamaban una última batalla, un último intento. ¿Valía la pena? Esa era la gran pregunta.

Almorzó sola con sus pensamientos y se convenció de que debía hablar con él. Garabateó en un papel unas palabras y tomó la sombrilla que descansaba detrás de la puerta del comedor. Salió, y caminó hasta la cafetería con la esperanza de que, aún pese a la lluvia, Justin regresara por el café de la tarde.

Esperó debajo del techo, acurrucada en un costado. El viento había empapado sus pies y sus pantalones. Las muchachas que trabajaban allí la observaban con gestos raros y en más de una oportunidad le habían sugerido que volviera en otro momento. No les hizo caso y se encaramó en una de las sillas a esperar. Al cabo de una hora, un carro estacionó y a las corridas bajó el chofer en busca de su tanpreciado café.

---Buenas tar... ---Se quedó mudo al ver a Damaris, sentada sobre una de las sillas del lugar--  
-. ¿Damaris? ¿Qué haces aquí?

---Le hemos dicho que se retire, pero no ha hecho caso ---comentó una de las muchachas.

---Te estaba esperando ---le dijo mirándolo a los ojos sin hacerle caso a las miradas de su alrededor.

---Sube.

Damaris dio un salto y caminó hasta el vehículo. Abrió la puerta del acompañante y, al entrar, un escalofrío la recorrió entera. Dentro, el calor del ambiente le provocó una puntada incómoda. Estaba congelándose y no se había dado cuenta. Justin regresó con dos vasos descartables y le extendió uno a ella.

---Bebe... Te hará bien.

---Gracias.

Damaris le dio unos cuantos sorbos a la bebida caliente y se acomodó, intentando recuperar la temperatura. No se había dado cuenta de cuánto se había mojado hasta ese momento. Él extendió el brazo y tomó una manta que cargaba en el asiento de atrás.

---Ten.

Ella la tomó, la colocó sobre sus hombros y continuó bebiendo el café. El carro no se había movido y tampoco había intenciones de hacerlo. Los dos contemplaban la lluvia caer sobre el parabrisas sin decir una palabra.

---Supongo que querías hablar conmigo. ---Justin rompió el silencio sin despegar los ojos del café.

---Sí. Quisiera escuchar lo que ha pasado contigo durante estos años.

---Bien. ---Dio vuelta la llave y encendió el auto.

---¿Dónde vamos?

---A un lugar más tranquilo donde te puedas cambiar esa ropa. Debes estar helada.

No fue capaz de negarse, de decir nada, porque eso era exactamente lo que había ido a buscar. Un momento de los dos, para los dos, por los dos. Una oportunidad. Una luz en la oscuridad. Una nueva chance para ser feliz. En el camino, la lluvia torrencial impedía ver mucho más allá que la punta del vehículo. Justin manejaba concentrado apretando las manos al volante.

---Es muy peligroso salir en un día como hoy ---dijo.

---Sí, lo es.

No más palabras hasta que llegaron a Cabrera.

---¿Dónde vamos?

---A mi casa.

---Oh.

Cruzaron el pueblo y siguieron un tramo más hasta llegar casi al Dudú, donde él viró hacia la derecha y avanzó por una calle angosta que culminó en un portón de rejas negras. Sacó el brazo fuera, apretó un botón y la estructura se movió a un costado. Al entrar, se sorprendió del estilo de una casa austera pero bonita. Las paredes de un verde muy clarito y los techos de madera. Estacionó el auto en el garaje y bajaron los dos. Justin guio a Damaris dentro y la invitó a acomodarse. Ella, en cambio, recorría la sala observando los detalles que acompañaban los muebles. Pocas cosas adornaban el lugar. Las fotos de la pared le llamaron la atención y hacía allí se dirigió. A su espalda, podía escuchar que Justin preparaba algo en la cocina. Sus ojos se concentraron en las imágenes que tenía delante. En el primer cuadro estaba él, de pequeño, con una gorra de *baseball* y un bate en la mano; posaba con un hombre de barba. Se acercó un poco más y pudo notar que ambos compartían el mismo toque; una hermosa sonrisa. Asumió que debía ser su padre.

Continuó con el siguiente y se encontró con un Justin más joven, vestido de traje junto a tres amigos más. En aquella, ya se podían apreciar los mismos rasgos que lo definían en el presente. En la próxima encontró un paisaje que la desarmó. Era una foto del malecón, antes de que lo acondicionaran. En ese mismo lugar habían estado ellos dos y se habían dado aquel primer beso. Cerró los ojos y los abrió rápidamente para dejar de lado la nostalgia. Aún quedaba una foto por ver. Junto a aquel lugar donde habían sido tan felices, la imagen de su flamante familia la observaba a ella. Ahí estaban los tres riendo ante la cámara. No se detuvo demasiado y se volvió a la cocina. Aquella había sido una estocada fatal.

---Preparé un té.

---Gracias.

---¿Te gustaría darte un baño? ¿Cambiar de ropa?

---Sí, me encantaría.

---Ven. ---La dirigió a su habitación donde se encontraba el toilette---. Aquí tienes toallas, shampoo... lo que necesites. Sobre la cama te dejaré algo de ropa mía si quieres usarla hasta que se seque la tuya.

---Gracias.

Justin cerró la puerta y la dejó dentro. La ducha fue reparadora. El agua caliente barrió los escalofríos y los nervios. Al salir, tal y como había dicho, la esperaba una remera y un pantalón corto de él. Agradeció no haber recibido ropa de la mujer. Inmediatamente que pensó en ella, giró por la habitación buscando algún rastro de su presencia. Algún perfume, algún labial, alguna

prenda. Sin embargo, no halló nada de nada. ¿Qué estaba pasando? ¿Sería aquella la casa donde había vivido Justin solo antes de juntarse con esa mujer? ¿O...?

---¿Todo bien? ---La voz de Justin la sorprendió.

---Sí. Ya salgo.

---Ya serví el té.

Damaris salió con el pelo humedecido, la toalla en la mano y usando la ropa de Justin. Él, ante la aparición, se quedó duro con las dos tazas en la mano, observando su imagen.

---¿Qué pasa?

---Nada. ---Entrecerró los ojos y continuó su camino hasta el *living*---. Ubiquémonos aquí. Vamos a estar más cómodos.

Damaris colgó la toalla en una de las sillas del comedor y avanzó hasta donde se encontraba Justin. Él se había acomodado en uno de los sillones y justo en frente había puesto una manta que, estimó, sería para ella.

---Gracias.

---¿Mejor?

---Sí.

---Antes de contarte cómo ha sido mi vida durante estos ocho años, quiero hacerte una pregunta.

---Dime.

---¿Dónde está Tom?

---En Argentina. Nos separamos.

---¿Aún lo amas? ---La pregunta la sorprendió. ¿Es que acaso no sabía que jamás lo había hecho?

---En su momento lo quise mucho. Ya no.

---¿Te enamoraste de él?

---Conque una sola pregunta, ¿no?

---Respóndeme. ---No sonaba molesto, pero su tono la incomodó.

---No. Nunca estuve enamorada de Tom.

---Bien.

---¿Ahora sí me puedes contar qué ha pasado? ¿Por qué no regresaste? ¿Por qué te fuiste sin decir adiós, sin explicación, después de lo que habíamos vivido juntos?

---Damaris...yo... ---Justin bajó la vista avergonzado.

La conversación sería larga, dura y dolorosa. La lluvia seguía cayendo con fuerza otorgándoles el mejor sonido a los silencios de los dos.

## Capítulo 16

### Siempre suya

*Déjame darte un beso, de esos que no se olvidan ni en otros labios,  
ni en otras noches, ni en otras vidas.*

Brando. Cartas del tiempo.

--- ¡Perdóname, Damaris!

Fue lo primero que dijo y se quedó callado por unos segundos. Las gotas no solo golpeaban la ventana, sino también el corazón de Damaris. No dijo nada. Solo esperó a que él acomodara sus pensamientos, sus palabras. Sorbió el té y se echó hacia atrás en el sillón.

---Debí despedirme, explicarte. Debí haberte llamado, contándote qué ocurría. Por qué me fui. Sé que pudo parecer como si yo...

---Como si me hubieras usado.

---Exacto.

---Así me sentí.

---¡Lo siento tanto! No quise provocar eso. ¡Para nada!

---Estabas diciéndome por qué no volviste...

---No regresé por varios motivos. ---Ella lo observaba atenta, a la espera de su explicación.

---Te escucho ---dijo, por fin. Y Justin comenzó:

---La noche de tu cumpleaños, mi papá llamó diciéndome que me necesitaba urgente en Puerto Plata al día siguiente. Pensé que sería un viaje relámpago; que iba y volvía. Sin embargo, cuando llegué, me encontré con una escena que me desesperó. Mi papá no estaba bien desde hacía un tiempo ya, y a pesar de que intentaba continuar con sus planes laborales, no lo lograba. Para eso me había llamado, para que lo ayudase ---aclaró---. Obviamente, cumplí con las reuniones más urgentes que no se podían posponer y partimos hacia los Estados Unidos para que su médico lo atendiera. Pensé que moriría en el avión, Damaris. ¡Fue terrible! Pensé que lo perdía en ese mismo instante. Entiende que, en ese momento, no tuve cabeza para nada más que su salud. Y durante los siguientes meses y...

---Dos años, Justin. Dos años. ---Damaris apoyó la taza en la mesita y barrió con las palmas las lágrimas que habían quedado en su rostro.

El enojo, la desazón y la nostalgia que había vivido durante ese tiempo regresaba con fuerza y, aunque intentara, no podía entender cómo no había regresado por ella antes. O al menos, llamarla, comunicarse para dejarle saber lo que ocurría. ¿Es que acaso no sabía que ella lo estaba esperando?

---Déjame terminar. Por favor.

---Bien... Necesito algo fuerte para continuar escuchándote.

Apoyó la taza en la mesita que los separaba y recorrió la casa en busca de alguna botella de ron. Encontró una en la alacena, sirvió dos copas y se volvió al sillón. Justin la observaba sorprendido. ¿Dónde había quedado la niña que había besado frente al mar? Debía entender que aquella ya no existía, que ya era toda una mujer.

---Gracias. ---Tomó un sorbo y se animó a seguir---. Cuando te conocí, cuando vine a este pueblo... Yo estaba, cómo decirlo... con alguien. Ese alguien me estaba esperando en California cuando llegué con mi padre moribundo.

---¿Me estás diciendo que cuando me enamoraste estabas en pareja?

---Yo no te enamoré ---la corrigió---. Yo me enamoré.

---No te creo.

---Pues así fue. Si bien yo tenía una relación con una mujer, cuando te vi aquí, en el bar... todo cambió. Tú me cambiaste. Ya no existió más nada para mí. Esa es la verdad. Y después de la noche que pasamos juntos, nada fue igual para mí.

---Vuelvo a repetir: dos años. Si dices que me amabas, que todo cambió por mí. ¿Por qué no volviste? ¿Por qué me dejaste creer que tan solo querías acostarte conmigo?

---Fui un cobarde. ---Él se puso de pie y buscó la botella---. Un cobarde que creyó que tú te merecías vivir una vida diferente. Damaris, tú tenías dieciocho años. Una niña. *For Christ's sake!* ¡Me había enamorado de una niña! Con treinta y dos años, no podía arruinar tu juventud.

---¿Arruinar mi juventud? Yo te amaba, Justin. Te amaba y te esperé. Te esperé mucho tiempo... meses.

---Ahora lo sé. Pensé que te olvidarías de mí. A tu edad la vida es otra cosa, un sinfín de experiencias. ¿Qué podía ofrecerte yo?

---Todo. Me podías ofrecer todo lo que necesitaba. Decidiste por los dos.

---¿Si tan solo hubieses esperado un poco más!

---¿Un poco más? Después de dos años de esperar, me convencí de que no vendrías, que habías conseguido lo que querías y ya. Y ese día...

---Decidiste aceptar a Tom.

---Sí.

---Damaris, yo intenté volver a mi trabajo, a mi vida. Reconponer mi relación... olvidarte, olvidarme de esta isla. No lo logré. Y fui un infeliz durante esos dos años que estuve lejos de ti.

---¿Infeliz?

---¡Sí! ---Estiró la mano intentando tomar la de ella. Sin embargo, Damaris movió su brazo alejándose del contacto.

---¿Y qué ocurrió con tu padre? ¿Con tu novia?

---Papá falleció meses después. Tuve que hacerme cargo de la empresa. Como te dije, intenté continuar la relación con...

---Tu novia.

---Sí... pero no lo logré. Me iba a dormir y en lo último que pensaba era en tus ojos, en tu piel,

en tu boca. No podía entender cómo alguien se me había metido tan adentro en tan poco tiempo. Por las mañanas, me levantaba pensando en qué estarías haciendo. Hasta que ya no aguanté y llamé. Llamé a Tom, con quien seguíamos en contacto. Quería saber sobre ti y...

---¿Cómo que seguían en contacto?

---Sí. Él siempre supo por qué me había ido. Qué había ocurrido y lo que me pasaba contigo. Siempre supo que estaba enamorado de ti y que me había alejado para que fueses libre.

Damaris escuchó esa última frase y fue como si un puñal terminase enterrado en su corazón. ¡Tom lo sabía! Sabía todo y... no había dicho nada. Se había guardado esa información aun sabiendo lo que ella sentía por Justin. ¡Maldito! ¡Maldito! Así entendía muchas cosas, muchas actitudes.

---Cuando llamé el día de tu cumpleaños, me comentó que se casaría contigo y... ¡Me volví loco! No podía entender cómo habías terminado con él.

---¡Terminé con él porque tú te fuiste! Me abandonaste. Por eso.

---De todos los hombres que hay, justo con él tenía que ser. ¡Con esa basura!

---Él fue el único que estuvo a mi lado siempre. Por lo menos, durante esos dos años horribles que pasé por tu culpa.

---¡Lo sé! E inmediatamente supe que debía venir. Que debía verte, explicarte... Me culpé...

---Hiciste bien. Porque fue tu culpa.

---Y luego los vi en el aeropuerto. Los vi sonriendo, disfrutando. Me sentí un idiota.

---Y te acercaste.

---No, yo no me acerqué. Tom me reconoció y vino a mí. Me explicó que se iban de luna de miel y yo... quise matarlo. Me moría de los celos. Pero no lo hice. No lo hice porque ahí mismo me convencí de que te merecías ser feliz.

---Feliz. Ja.

---¿Es que acaso no lo fuiste a su lado?

---Tom es... ---Las lágrimas comenzaron a salir con más fuerza y Justin no necesitó explicación para entender. Él conocía los modos y las maneras de Tom.

---Damaris, ¿es que acaso no supiste ver quién era realmente Tom Miller? No suele esconder su maldad y me sorprende que no hayas podido verlo a tiempo.

---Parece que logró mejorar la técnica, porque durante todo ese tiempo se comportó como un ángel con nosotros. Por eso y porque me sentí realmente sola fue que accedí a casarme con él. Fue un error y no lo entendí a tiempo.

---No lo amabas.

---Jamás lo hice. Y él lo sabía. Lo supo siempre. ---Recordar las palabras hirientes que utilizaba Tom le revolvió el estómago.

---Te golpeó.

---Sí. ---Otra vez las lágrimas aparecían sin buscarlas---. Y... ---Damaris se cubrió la cara avergonzada.

---¿Te hizo algo más? ---Justin se acercó a ella y se arrodilló a su lado---. Dime que no intentó... ---Damaris asintió---. ¡Lo mataré! *I'll kill him with my bare hands!*

---No ocurrió nada, tranquilo. ---Ella intentaba calmarlo a él.

---¡Perdóname! Perdóname, Damaris. ¿Qué he hecho? Te he dejado con un monstruo.

---Fue mi culpa haberlo dejado entrar en mi vida, también ---asumió.

---Perdón. Perdón. ---La tomó de las manos y la animó a ponerse de pie.

Damaris se dejó rodear por esos brazos con los que tanto había soñado. Pegada a su pecho, el mundo y el futuro no parecían tan horrendos. ¡Cuánto lo amaba! No se había dado cuenta de que, durante esos ocho años, su corazón se había detenido y allí, junto a él, volvía a latir.

---¿Qué haremos? ---preguntó Justin y la apartó para mirarla a los ojos.

---Me iré y...

---No. Esa no es la respuesta que busco. Amarnos, eso es lo que haremos. Ya perdimos mucho tiempo, ¿no crees? ---Le acarició la mejilla y con dulzura hizo que lo viera a los ojos---. Confía en mí. Voy a remendar mi error.

Una luz de esperanza se asomó en la mirada de los dos y los envolvió. Quizás... quizás todo podría cambiar.

---Permiso. ---Damaris se apartó de él y corrió hacia el baño, dejándolo con la necesidad de un beso a flor de piel.

Se miró al espejo y lo que vio la descolocó; lloraba, sonreía. En sus ojos un leve esplendor se asomaba, pero a la vez, se empañaba con la presencia de una mujer y de un hijo. Necesitaba saber qué había pasado con ellos. Cómo es que Justin le pedía volver a amarse teniendo otra persona a su lado. Apoyó las manos sobre el lavatorio y, con la cabeza gacha, intentó calmarse.

Justin, descolocado, permaneció en su lugar. Se moría de ganas de besarla y abrazarla, pero la consternación y la preocupación de ella le pedían espacio y tiempo. Él la amaba y estaba dispuesto a dárselo. Esperó pacientemente en la cocina a que ella calmara sus nervios. Aún había muchas cosas que aclarar y estaba seguro de que sus dudas tenían que ver con Sean y su madre.

La puerta se abrió y Damaris se detuvo en el umbral. Justin la observó a lo lejos y notó sus lágrimas. Ella, por su parte, estaba cansada de luchar contra él y se dejó llevar por la emoción de tenerlo en frente, solo para ella y pidiéndole que volverían a amarse. Él la observaba con atención y, aunque ya no veía a la niña que había conocido, estaba seguro de que la mujer que tenía ante sus ojos era con quien había soñado durante esos ocho años lejos de ella. No la dejaría escapar... nunca más.

Un silencio muy distinto al anterior se fundió entre ellos. Esta vez se miraban a los ojos, buscaban en el otro algo que ambos habían perdido al separarse. El deseo y el amor crecían con cada segundo. La preocupación y el dolor se esfumaron mientras los dos pensaban solamente en ellos y en lo que estaban sintiendo. No había problemas, ni parejas, ni locos a su alrededor. Solo ellos dos.

---¿Cenamos? ---Cortó el ambiente con esa pregunta estúpida y enseguida se maldijo.

---Como tú quieras. ---Damaris avanzó y se rebulló en el sillón mientras lo veía sacar del *freezer* una fuente.

---Tengo pizza.

---Perfecto.

Después de la cena y tras una conversación banal sobre el clima en Buenos Aires, Damaris se levantó a lavar los platos y, mientras acomodaba las cosas sobre la mesada, sintió que las manos de Justin se abrazaban a su cintura. Se movían despacio trazando un camino hasta encontrarse, rodeándola completamente. Se estremeció, cerró los ojos y vibró ante el contacto de sus dedos. Él apoyó sus labios en el cuello de ella y respiró su perfume, mientras que Damaris se dejaba llevar por los besos que le depositaba ahora en los hombros. La hizo girar para estudiarle el semblante. La miró directo a los ojos. Ella permanecía como adormilada ante sus roces, y al encontrarse con su mirada, contempló esos profundos ojos verdes que la observaban y le provocaban un estremecimiento generalizado.

No tardó en besarla. La devoró con mesura, succionando sus labios, incitándola a más. Su lengua se metió en su boca para recorrer cada rincón y arrancarle los más profundos gemidos. Se desearon con el corazón, con el alma y con cada parte de su ser. No había dudas, sus cuerpos se pedían, se imploraban, se reclamaban. Ocho años habían sido muchos, y muy largos.

De un salto, Justin la sentó sobre la mesada y ella entrelazó sus piernas alrededor de su cintura, casi instintivamente. La respiración de ambos cada vez era más agitada y la excitación crecía más y más. Él le subía la blusa a medida que iba acariciando su piel morena. Ella hacía lo mismo con él, a modo de espejo, copiando cada movimiento. De un momento para otro y sin saber cómo, los dos estaban desnudos. Se contemplaban, se tocaban, sintiendo que el fuego dentro de ellos cada vez se hacía más y más fuerte y los consumía en el más delicioso deseo. Él la tomó con suavidad, acercándola más, la apretó contra su pecho y la besó con vigorosidad. La tocó en cada hueco, en cada rincón y la hizo estremecer cuando sus manos invadieron su centro. No pudo contener los gemidos ante el contacto y él supo que ya estaba lista para recibirlo. La hizo suya, allí, en aquella cocina.

---¿Eres mía, Damaris? ---preguntó él al acabar en un orgasmo explosivo.

---Siempre lo he sido.

---¿Durante todo este tiempo? ---Justin la levantó y la cargó a horcajadas hasta la puerta de su habitación.

---Tuya. Siempre seré tuya ---susurró Damaris antes de encerrarse en su cuarto.

## Capítulo 17

### ¿Una nueva oportunidad?

*Dejar ir el pasado no es olvidar,  
es darle una oportunidad al futuro.*

Walter Riso

Una vez en la habitación, se acostaron uno junto al otro y no pararon de hacerse arrumacos, de acariciarse, de besarse y decirse cuánto se amaban. Volvieron a hacer el amor, pero esta vez con tranquilidad, disfrutando el uno con el otro. Llegaron juntos al orgasmo y cayeron sobre la cama empapados de pasión. Ella, sobre su pecho; y él, acariciándole el cabello, con los ojos cerrados, disfrutando de lo que habían anhelado por años y el destino les había negado. Desafortunadamente, había que volver a la realidad. Damaris fue la primera en caer en la cuenta de que, aunque estar de esa manera con Justin había sido como volver a la vida, debían enfrentar los problemas.

---¿Qué haremos ahora? ¿Cuál es tu plan, Justin? ---preguntó la joven mientras acariciaba con la punta de sus dedos su pectoral.

---Si quieres hablar, deja de tocarme así. ---Sonrió.

---Lo siento.

---Jamás pidas perdón por hacerme feliz. ---La besó en los labios, y agregó---: Mañana por la mañana iré a conversar con Julio, mi abogado. Quisiera que te divorcies de Tom de una vez.

---¡No! ---Se sentó en la cama asustada ante el comentario.

---Damaris. ¿Es que acaso no quieres hacerlo?

---Sí, pero...

---Debes hacerlo. Si queremos estar juntos y...

---¡Es capaz de matarme! Lo sé. ---Se puso de pie y salió en busca de su blusa. Regresó a los pocos segundos y se sentó en la cama---. Tom no me lo perdonaría jamás. No puedes pensar que una simple conversación con un abogado lo solucionará.

---¿Y qué más quieres que haga?

---Yo no me refería a mí. Hablaba de ti. Tú tienes asuntos que resolver también.

---Sé que para ti Sean es...

---No me has contado sobre ellos. ¿Dónde están sus cosas? ¿No viven aquí?

---No, no viven aquí.

---¿Qué ocurre?

---Nada.

---¿Entonces?

---Estoy ordenando los hechos en mi cabeza para que lo entiendas.

---¿Entender qué? Tienes un hijo, una esposa. ---Verbalizarlo había sido como golpearse en el estómago.

¿Qué había hecho? ¿Le estaba quitando el padre a un pobre niño? ¿Estaba tan necesitada de su amor que no le importaba nada de su familia?

---Damaris... Tienes que escucharme. No es simple explicarlo.

---Quiero irme a mi casa. ¿Me llevas?

---¿Ahora? Aún no amanece.

---Llévame, por favor.

---Está bien. ---Se puso de pie y se vistió sin quitarle los ojos de encima---. Pensé que habías venido a escucharme.

---Es más duro de lo que pensé, lo siento. Fue mucho por hoy.

---Creí que había sido claro. Aún te amo y sé que tú me amas a mí.

---Llévame a mi casa ---le rogó.

Se montaron al carro sin decir una sola palabra y así continuaron durante todo el trayecto hasta la casa de Damaris. Justin apagó el motor y giró sobre el asiento para enfrentarla.

---Sabes que no hemos terminado de hablar. Yo necesito contarte cómo han sido las cosas y quiero que tú me cuentes todo sobre tu vida en Argentina. Quiero, necesito, que recuperemos el tiempo perdido. ¿Tú no quieres eso?

---Sí... No... No lo sé. Perdóname. Estoy muy confundida. ---Intentó abrir la puerta del auto cuando la mano de él la detuvo.

---Te amo. Nunca dejé de hacerlo. No vuelvas a alejarnos, por favor.

Damaris abrió y se encaminó dentro sin mirar hacia atrás. A los pocos minutos, oyó el carro alejarse y se encerró en su habitación a llorar. ¡Cuánto tiempo había pasado! ¡Cuántas cosas habían atravesado! ¡Cuánto habían cambiado el presente de los dos! Justin hablaba de divorcio, pero nada había aclarado sobre su mujer y su hijo. ¿Cómo pretendía borrar todo lo que los rodeaba y aislarse para amarse sin problemas? ¡¿Cómo?!

La mañana llegó con un cielo encapotado. Apenas oyó movimiento en la casa, se levantó. Todo transcurrió con normalidad. Marisa no preguntó mucho y eso la tranquilizó. No deseaba conversar con ella sobre lo que había ocurrido con Justin la noche anterior, aunque no dudaba de que su madre lo podría haber adivinado.

---Cariño...

---¿Sí?

---Voy a una reunión de la iglesia. Vuelvo más tarde. Tienes unas galletas en el mueble y dejé la lavadora funcionando, aprovechando que hay luz de la calle.

---Yo me encargo, vete.

---Gracias, mi vida. ¡Hasta luego!

Miguel y ella almorzaron un poco de moro con guandules y conversaron. Aquel sí que era un verdadero desconocido para Damaris y, por eso, aprovechó la oportunidad para saber más sobre

su hermano. Hablaron del liceo, de algunos videojuegos, hasta que el silencio ocupó todo. Miguel se encargó de lavar los platos mientras Damaris se recostaba un momento. La noche anterior poco había dormido; se obligaría a descansar.

---Damaris. Damaris... ---Miguel la llamaba a la distancia y los ojos le pesaban tanto que costaba abrirlos.

---¿Sí?

---Ven. Te buscan.

---¿Quién? ---Salió de su habitación refregándose la cara y, antes de dirigirse a la entrada, se miró al espejo que se encontraba junto a la puerta del baño. Se acomodó el cabello y se pellizcó las mejillas. Se notaba pálida---. Aquí estoy. ¿Quién me...

Al ver quién la aguardaba en la galería se detuvo en seco. ¿Qué hacía allí? ¿Qué buscaba? Intentó calmarse y enfrentar la situación.

---Hola...

---¿Así que tú eres la famosa Damaris? ---La mujer la miró de arriba abajo y ella sintió que tenía frente a sí una versión dominicana de Pía y Gisela.

---¿Famosa?

---Sí. Últimamente todo el mundo habla de ti... entonces, vine a conocer quién era la tal Damaris que había abandonado a Justin.

---¡Ja! ¿Tú estás aquí para hablar de Justin?

---No. No he venido a hablar contigo, solo tengo una cosita para decirte. No permitiré que lo lastimes otra vez. ¿Oíste? Esta vez no está solo.

---Ya veo que no está solo. Pero ve... ve en paz. Yo me iré en unos días y él será tuyo para siempre. Puedes quedarte bien tranquila. No soy tu contrincante.

---¿Mío? Ojalá lo fuera... ---Fue un comentario fugaz, pero que Damaris alcanzó a oír---. Solo vine por eso. ¡No lo hagas sufrir más! Adiós.

La mujer se montó al concho que aguardaba por ella en la calle y se marchó dejándola con una sensación extraña en su interior.

---¿Todo bien, Dami? ---preguntó Miguel.

---Sí.

---¿Quién era esa mujer?

---No lo sé.

---Pero te conocía...

---No. Ella no sabe nada de mí.

Se sentó a la mesa y allí se quedó, recordando lo que esa mujer le acababa de decir:

«¿Mío? Ojalá lo fuera...».

Damaris pensó en la noche anterior cuando Justin había sido suyo y ella había sido de él, y las confusiones se amontonaban una a una en su mente. Atribulada y necesitada de un consejo, llamó a Jimena en ese mismo momento.

---Jime...

---¡Bombón! ¿Cómo estás?

---Ay, Jime... ---Ya no pudo aguantar y soltó el nudo que atravesaba su garganta.

---¿¡Qué pasó!?

---Es tan largo que no sabría por dónde comenzar.

---Volvé. Volvete ya mismo.

---No sé si puedo.

---¿Por qué?

---Jimena... ¿Te acuerdas que te conté que solo me había enamorado una vez?

---Sí.

---Bueno... él está aquí.

---Pero ¿no me habías dicho que vivía en Estados Unidos?

---Yo creía que ya no estaba y...

---¿Y? ¿Lo viste?

---Sí.

---¿Y? ¡Damaris, habla!

---Él está casado, tiene un niño, ¿sabes?

---¡Ah, no! Chau, mándalo a la mierda. Que se vaya a cagar...

---Jime... yo lo sigo amando.

---¿Y él? ¿Qué te dijo? ¿Hablaron?

---Sí. Anoche...

---¿Estuvieron juntos?

---Sí.

---¡Apa!

---Él dice que aún me ama. Me contó por qué tuvo que irse hace unos años, pero...

---¿Pero?

---No supo explicarme lo de su hijo y su mujer. Estoy muy confundida, Jime. Siento que estoy separando una familia, quitándole el padre a este muchachito. ¿Me entiendes? A la vez, pienso que estoy actuando como una niña. No puedo controlarme. No sé qué me pasa.

---¡Ah! Ahora entiendo todo. Vos me llamaste para preguntarme qué hacer. ¿No?

---¡Sí! ¿Qué hago?

---¿Y qué vas a hacer con esa verdad? Con lo que él te diga...

---No sé. No sé. No puedo pensar. Y, como si esto fuera poco, hoy se acercó la mujer a mi casa.

---¿La mujer?

---¡Sí!

---¿Me jodés? No lo puedo creer. ¿Y qué quería?

---Decirme que no lo lastimara de nuevo.

---¿Posta?

---¡Sí!

---¡Qué quilombo, Dami!

---¡Imagínate! Terrible, y yo, aquí... conviviendo con los recuerdos. Estoy a punto de volverme loca, Jimena. Mi cabeza va a estallar en cualquier momento. ¡Te lo juro!

---Ay, Dami. No sé qué decirte, la verdad. Porque, por un lado, creo que deberías escucharlo y quién sabe, quizás todo se solucione y él tenga una historia válida. Pero, por otro... mi experiencia me dice que cuando hay una familia ya es casi imposible mantener una relación sin problemas. ¿Me entendés? ¿Qué va a hacer? ¿Alejarse del pibe?

---No. Dudo que lo haga y yo tampoco se lo pediría. ---Un silencio en la línea demostraba que ambas recapacitaban sobre el tema---. Jime...

---Acá estoy.

---Voy a hablar con él.

---Suerte.

---Gracias.

Cortó la comunicación e inspiró con fuerza. Sí. Escucharía lo que había ocurrido con él todos esos años. No solo porque la incertidumbre y la necesidad de saber cómo había terminado con esa mujer la carcomía, sino porque había visto sinceridad en su mirada. Porque creyó leer, a través de sus ojos verdes, un mensaje de tranquilidad y paz.

Al día siguiente, se arregló con un simple vestido y caminó hasta la cafetería a la misma hora que lo había hecho la última vez. Nerviosa, avanzaba por el costado de la carretera sin prestar atención a nada ni a nadie. No había motores, jeepetas, guaguas, nada. Solo ella y sus pensamientos. ¿Qué le diría? ¿Se sorprendería al verla? ¿Por qué lo hacía? Con esas incógnitas entró al lugar y ocupó la misma mesa donde se había sentado con la computadora aquel primer día en que se encontraron de casualidad. Pidió el mismo menú; jugo de piña y una tostada con queso, y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

No vendría. Pagó la cuenta y caminó hasta el baño. Allí se vio en el enorme espejo y descubrió que había vuelto a ser aquella niña enamorada del extranjero al que había conocido una noche en un bar. Era la misma que soñaba con su nombre y esperaba tenerlo cerca tantas veces como fuera posible. Era la misma a la que había besado por primera vez frente al malecón y a la que había hecho suya con pasión en esa casa alejados de todo. Y era la misma que le había dicho adiós a la distancia y lo había dejado atrás. El llanto le quebró la garganta y un alarido salió de su pecho con fuerza.

---Hola...

---Ya salgo ---dijo con la voz estrangulada, abriendo la canilla para dejar correr el agua.

Se empampó la cara y se acomodó el cabello antes de abrir. Tomó el picaporte y contó hasta

tres para darse ánimo y enfrentar a quien la había descubierto y, seguramente, había oído su llanto. Unos, dos... tres.

---Damaris.

---Justin.

No aguantó y, sin pensarlo, se colgó de su cuello, liberando ese dolor que había mostrado la punta del iceberg minutos atrás. Ya no podía con todos los sentimientos que la invadían.

---Damaris... ---Justin le acariciaba el cabello y ella sentía que se perdía entre los pliegues de su camisa y su perfume.

---Perdóname. ---Se apartó de repente y se alejó de su cuerpo.

---No estás bien ---dijo él, con un hilo de voz.

---¿De veras? ¿Tanto se me nota? ---preguntó con sarcasmo mientras buscaba en el bolso un pañuelo.

---Yo tampoco lo estoy. ¿No lo ves? ---Ella levantó la vista y se encontró con unos ojos verdes brillantes por las lágrimas que se amontonaban delante de sus pupilas.

---Quiero saberlo todo.

---¿De verdad? ¿Estás lista?

---Sí.

---Aquí, no. ¿Me acompañas a mi casa?

---Vamos.

Llegaron unos cuantos minutos después y la rutina del día anterior se volvió a repetir. Dos té, ella en uno de los sillones y él en el otro.

---¿Y tu mujer? ¿Dónde está? ¿Dónde vive?

---Deja de decir que es mi mujer, por favor.

---Soy todo oídos ---dijo ella, llevándose la bebida a la boca e intentando disimular sus nervios.

---Bien. Llegó la hora de que sepas qué ha pasado aquí...

---Por favor.

## Capítulo 18

### La verdad... ¿que esperaba oír?

*A veces en lo oscuro, en lo complicado, se toca la verdad.*

Carmen Martín Gaité

---**O**key. ---Tomó aire y buscó fuerzas para comenzar su relato.

---Tú me dijiste que querías que supiera qué había ocurrido contigo cuando me fui ---lo alentó Damaris al verlo otra vez ensimismado en sus pensamientos---. Cómo habías llegado a los brazos de esa mujer, que por cierto es muy valiente, ah.

---¿Por qué lo dices?

---Estuvo en mi casa ayer.

---¿Lorna estuvo en tu casa? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Cómo supo dónde vivías?

---Lorna... ---repitió.

---¿Qué dijo?

---No mucho.

---¿Qué exactamente? ¡Cuéntame!

---Quería saber quién era la famosa Damaris. Parece que sabe quién fui en tu vida.

---Claro que lo sabe.

---¿Qué lindos! Me encanta cuando no hay secretos en las parejas. ---Se puso de pie y le dio la espalda. Podría ser muy hiriente con las palabras, pero su mirada no mentía.

---Damaris.

---No importa lo que me haya dicho.

---Damaris. Te dije que ella no es mi mujer.

---Pero es tu esposa.

---No.

---Tu pareja.

---No.

---No entiendo nada, Justin. ¡Explícate!

---¡No me dejas hacerlo!

---Perdón...

---Cuando te fuiste, bueno... yo estuve muy mal. Primero fui a tu casa y hablé con tu mamá. Confirmé lo que Tom me había dicho en el aeropuerto. No quisieron decirme dónde estabas o si regresabas. Y a pesar de que creí que me había resignado, que creía que te merecías esa felicidad. Yo... necesitaba hablar contigo. Quería explicarte, ¿sabes? ---repitió---. Porque después de todo lo que habíamos pasado... No quería que pienses que me había aprovechado de ti y que lo que había dicho esa noche era la verdad.

---Hicieron lo que les pedí. No los culpes.

---Oh, sí. Sí que los culpé. Como te culpé a ti. Ninguno pensó en lo que sufriría. Nadie pensó en el estúpido de Justin...

---Justin. Te fuiste. Dos años pasaron sin saber nada de ti. ¿Qué pretendías?

---Lo sé. Lo sé. Sé que no tenía derecho en reclamar nada, pero enloquecí. ---Se excusó.

---Continua.

---Intenté convencerme de que ya no te amaba, que no me importabas. Hundido. Roto. Así me dejaste. Y no te importó. Mientras tú estabas disfrutando la vida en... ¿Argentina? Yo, aquí, padeciendo los recuerdos de los dos.

---Déjame decirte que eso mismo sentí yo cuando, después de haber hecho el amor contigo, no supe más nada. Nada ---lo interrumpió.

---Sí, lo entiendo. En ese momento, en cambio, estaba muy enojado. Pensé, entonces, volver a California de una buena vez. No había nada que me atara a este lugar. Lo que más me importaba se había ido. La tarde en que salí del departamento a alquilar un auto para viajar a Puerto Plata, el destino puso en mi camino a Lorna.

---Ella te salvó de mi recuerdo, del dolor que te había infligido.

---En parte sí. Ella es una mujer muy especial.

---Ya veo.

---Damaris. Por favor.

---No lo estoy diciendo con mala intención. ¿Quién soy yo para reclamarte?

---Esa tarde caminé hasta el pueblo y, con la intención de despedirme, recorrí el malecón que nos había visto ser felices. Tomé esa fotografía que está allí. ---Señaló el cuadro en la pared---. Con la pena en el alma, decidí despedirme de ti y de nuestra historia juntos. Caminaba por allí cuando la vi. ---Agachó la cabeza y cerró los ojos. Tardó unos minutos en continuar---. Estaba a punto de arrojar al mar.

---¡Oh! ---exclamó Damaris horrorizada.

---No me preguntes cómo llegué hasta ella. En verdad no lo sé. Pero, con palabras dulces y con mucha tranquilidad, logré que se acercara a mí para conversar. Llevaba en sus manos una prueba de embarazo.

---Sean no es hijo tuyo.

---No, no lo es. No de sangre, no. Pero para mí, para él y para todos, yo soy su padre.

---Te hiciste cargo de ellos.

---Sí. Estamos esperando que crezca un poco más para contarle la verdad.

---Entiendo.

---Todo el mundo cree que somos pareja porque, en verdad, pasamos mucho tiempo juntos. Pero... no somos más que amigos. Amigos que se cuidan la espalda.

---¿Amigos, entonces?

---Sí. Nunca hubo secretos entre nosotros. Ella sabe de nuestra historia. Y aunque al principio

intentó convencerme de que regresara a mi país, no lo hice. Y desde hace unos seis años, nos hacemos compañía.

---¿La amas?

---La quiero y mucho. Pero no, no la amo.

---Pero ella sí.

---Nos une una gran amistad. Dudo que esté enamorada de mí.

---Es muy difícil pensar que son solo amigos cuando se atrevió a venir a verme.

---Si el hombre que la embarazó regresara algún día a Cabrera y ella quisiera volver con él, yo también me encargaría de dejarle en claro ciertas cosas. No me parece tan extraño.

---Te cuida.

---Nos cuidamos. Su historia me conmovió muchísimo, y cuando nació Sean... ya no pude alejarme. Ese niño es un ángel. Un ángel que nos salvó a los dos.

---¿Dónde viven?

---En El Jamo.

Damaris permaneció en silencio procesando la historia de Justin. Era una historia extraña, compleja. Aunque, la suya también lo era. Acaso... ¿había alguna historia perfecta?

---Y quiero dejarte algo en claro. ---Levantó la vista y lo miró directo a los ojos---. No fue, ni es, ni será mi mujer. Ella lo sabe y yo lo sé.

---Me rogó que no te hiciera sufrir ---confesó Damaris atormentada por lo que acababa de oír.

---No me extraña ---dijo y se acercó la taza a la boca---. ¿Satisfecha?

---Justin...

---Dime.

---Anoche creí que estaba dividiendo una familia, que me estaba metiendo con un hombre casado, separando a un padre de un hijo. ¡Horrible, de verdad! Me sentí una niña caprichosa. Lo siento mucho.

---Está bien. Ahora espero que entiendas que no es así; que no estás separando a nadie de nadie.

---¿No lo es?

---No. Sean lo entenderá porque él sabe cómo es la relación con su mamá. Sabe que somos amigos. Incluso Lorna ha intentado tener pareja y él lo ha tomado muy bien. Es un niño muy inteligente y noble.

---Los vi en la fiesta del malecón, ¿sabes?

---¿Sí?

---Sí. Iban los tres sonriendo y Sean caminaba sobre tus hombros. Lo vi igualito a ti.

---Sí, lo es. A pesar de no ser hijo mío, es muy parecido. Su papá también es extranjero; es francés.

Damaris volvió a acomodarse en el sillón y se perdió en sus pensamientos mientras que Justin la observaba a la espera de comentarios y preguntas. Quería aclarar todo.

---No hay nada ni nadie que nos separe, Damaris. Por lo menos, no de mi parte.

---No sé si será tan fácil.

---¿Por qué?

---Yo...

---Damaris. ---Se puso de pie y se sentó a su lado---. ¿Qué te atormenta? ¿Tom?

---Todo.

---Ya te he aclarado mi historia con Lorna y Sean. Te he contado por qué tuve que alejarme y te he pedido perdón por abandonarte y dejarte a merced de ese hijo de puta. ¿Qué más necesitas? ¡Dímelo!

---Crear que nada malo va a volver a pasar.

---¿Qué podría ocurrir?

---No lo sé. Tú dijiste que debía separarme de Tom y sé que eso traerá problemas.

---¿Él sabe que estás aquí?

---No. Pero estoy segura de que lo que averiguará pronto.

---Damaris... ---Le acarició el cabello y la mejilla con ternura---. Después de anoche ya no puedo ni quiero concebir la vida sin ti. No puedo estar alejado de tu cuerpo, de tus ojos. Te necesito. Te he necesitado todo este tiempo.

---Justin...

---Te amo. ---Se acercó lentamente y apoyó sus labios sobre los de ella. Apenas un roce y se apartó---. Mírame. ---Ella abrió los ojos y el verde esmeralda de su mirada brilló con intensidad.

---Te amo ---repitió.

---Y yo a ti, Justin. Tanto que siento que mi corazón explotará de un momento a otro. Tanto, que no puedo respirar si no estás cerca mío. ¡No sé cómo he logrado sobrevivir todo este tiempo!

Justin la tomó de la mano y la ayudó a incorporarse. Deslizó las manos a lo largo de sus brazos y se detuvo en su cuello. Con movimientos lentos comenzó a besar sus hombros y avanzó hasta su boca, que lo esperaba ansiosa. El beso fue demoledor. No alcanzaron a llegar a la habitación. El comedor se regó con las prendas de los dos y sus cuerpos se fundieron en uno ahí mismo, sobre el sillón, donde la verdad había florecido para otorgarles un nuevo futuro.

¿Qué pasaría con Tom? ¿Qué pasaría con Lorna y Sean? Nada de eso importaba allí. Solo el amor y la necesidad de sanar esas heridas que habían sido abiertas sin querer, sin buscarlas.

---No me abandones otra vez, Dami. Por favor ---le rogó al verla ponerse de pie y alejarse de él.

---No me iré. Enseguida regreso.

Justin, algo adormilado, esperó a que volviera con paciencia. Podía oírla dando vueltas en la cocina. Abrió los ojos y la observó. Caminaba desnuda, abría cajones y buscaba cosas. Sobre el fuego, preparaba algo y canturreaba una melodía que desconocía. Sin poder evitarlo, su cuerpo reaccionó a los movimientos involuntarios y seductores de sus piernas que se movían al compás de la canción que tarareaba. Atraído por esa piel morena, por esa energía avasalladora, la alcanzó

en pocos pasos.

---Quiero bailar contigo ---le dijo al oído y ella se estremeció ante el contacto---. Quiero bailar como bailamos aquella noche.

---Bailemos. ---Giró y se colgó de su cuello.

El tempo de la bachata marcaba el paso en sus pies, y aunque ya no cantaba y el silencio los envolvía, en sus corazones sonaba la mejor melodía.

## Capítulo 19

### Aceptar para aprender

*Los mayores aciertos de tu vida,  
llegan tras los mayores errores de tu vida.*

Laura Chica

---**M**mm... ¡Qué delicioso huele, mami! ¿Qué has preparado?

---Carne guisada... ¿Dónde estabas?

---Tuve que salir a hacer unas diligencias.

---¿Qué diligencias? Desapareciste desde ayer.

---Unas cosas mías. ¿Por qué tantas preguntas?

---Estás muy rara.

---Nada, mamá. No te preocupes que todo está bien.

---¿Tienes novio, Dami? Anoche no has venido a dormir ---comentó Miguel que despegó la cabeza del celular para hablar.

---¡Miguel! ---Marisa le pegó un cachetazo en la cabeza que sorprendió al muchacho e hizo que el aparato se le resbalara de las manos---. ¡Deje de meterse en asuntos que no le corresponden, coño! ¿Es cierto? ---Quiso saber, dirigiéndose a su hija.

---No. ¡Qué va! He venido un poco tarde, pero... ---Damaris mantuvo el gesto endurecido---. Nada serio. No le hagas caso a este idiota. Todo el día con esa vaina y no sabe de lo que habla.

---Mamá también tiene novio, ¿sabías? ---volvió a interrumpir y otra vez recibió un golpe por metido.

---¿Qué? ---ahora la sorprendida era Damaris---. Cuénteme ya.

---¿Qué novio ni que novio!

---¡Mamá! Mírala, pues. ---Le sonrió con picardía.

---Es un amigo que conocí hace un tiempo en la casa de una vecina. Un pastor de San Francisco de Macorís y ha venido a Cabrera por un viaje espiritual. Dejen de mirarme así que he dicho que no es mi novio. Es un amigo, nada más.

---¿Y cómo se llama?

---José Luis.

---¿Cuándo lo traerás a casa? ---Damaris carcajeó y Miguel acompañó la risa.

---Damaris, por favor. Es un amigo he dicho. ¿Vamos a comer o qué?

---Dami... y tú ¿por qué no le cuentas a mamá quién te trajo hasta aquí ahorita?

---¡Miguel! ---Esta vez, el cachetazo vino de parte de su hermana.

---¡Auch!

---¿Quién te trajo?

---Justin.

---¿Cómo es eso?

---Mamá, ven. Siéntate que quiero hablar contigo.

---Hija... no me digas que ustedes...

---Mamá. ---Se acomodaron los tres en la mesa.

---¿Qué pasó? ¿Hablaron?

---Sí.

---Me alegro mucho por los dos. Solo espero que la mujer no sea celosa...

---No es su mujer. No están casados.

---Oh. ¿Es cierto eso?

---Sí.

---Bueno... ¿Y el niño?

---Es suyo.

No quiso contarle lo que sabía acerca de Justin y esa muchacha. No quiso mencionar nada sobre el verdadero padre del niño. Al fin y al cabo, ella había hecho las paces con esa historia. Ella, entre los brazos de él, había entendido que el amor podía compartirse y que en su corazón había lugar para los dos. Sí Justin sentía que Sean era suyo, para ella también lo era.

Terminaron de almorzar y, siguiendo la costumbre que había adquirido en Argentina, permanecieron en la mesa conversando con un café de por medio. Después de unas semanas de haber llegado a la isla, todos sus planes se habían desbaratado. Ella pensaba visitar a su familia y quizás quedarse un tiempo para recuperarse de la pesadilla vivida con Tom. Jamás se imaginó que Justin seguiría allí y que el sentimiento que él le provocaba siguiera tan vivo como siempre. Tampoco había creído que podría rehacer su vida a su lado. Ni en sus mejores sueños, había pensado en esa posibilidad. ¿Dónde quedaba Tom? ¿Dónde quedaba Argentina? ¿Jimena? ¿El restaurante? No había respuestas; no por el momento. Sabía que debía decidirse y enfrentar el futuro que esas decisiones le proponían, pero... ya habría tiempo para eso.

---¿En qué piensas? ---le preguntó su madre.

---En Tom.

---Damaris, eso es lo que más me preocupa, ¿sabes?

---Creo que jamás podré liberarme de él ---dijo con pesar. La idea de seguir bajo el yugo de su presencia le carcomía el alma, el cuerpo y la mente.

---¿Estás pensando en un divorcio?

---Sí. Aunque sé que no lo permitiría. Y apenas sepa que estoy aquí, vendrá por mí. Lo sé.

---No es solo una separación por infidelidad lo suyo, Damaris. Lo sé. Creo saber el origen de esa marca que llevas en el labio. Y estimo que es el motivo de tu huida, de tu regreso. ¿O me equivoco? ---Las madres casi nunca se equivocan.

---Las cosas en Buenos Aires no han sido fáciles, mamá.

---Pero él sonaba tan feliz y tú...

---¿Y yo?

---Bueno... tú nunca...

---Nunca dije nada. No pude. No podía decirles lo infeliz que era y que Tom...

---¡Hija! Pero... ¿Por qué? ¿Por qué no fuiste sincera con nosotros?

---Porque aquello significaba admitir que había estado equivocada. Que haberme casado con él había sido el peor error de mi vida y, lo peor, que ustedes tenían razón.

---¿Qué muchacha tan necia! ¿Y cuánto tiempo aguantaste? ¿Hace cuánto que están separados?

---Los problemas comenzaron a los dos años de habernos ido. Al principio, todo estaba bien, como aquí. Pero yo comencé a aburrirme y quise salir, conseguir trabajo. No me dejó. Y a partir de ese día todo empeoró. Nos separamos, bueno, me fui de la casa unas semanas antes de viajar.

---¿Y Jimena? ¿Qué hizo?

---Gracias a Jimena sobreviví, mamá. Fue ella quien me ayudó a escapar, quien me acompañó durante las peores noches de mi vida. Ella me abrió las puertas de su departamento y yo me recompuse gracias a su compañía.

---¡Dios mío! ---Marisa lloraba y Damaris se sintió un poco más liviana al contarle la verdad. Estaba cansada de portar una máscara y de fingir que su esposo era un santo cuando la realidad era otra muy diferente.

---Es parte de mí. Llevo las cicatrices de lo que pasó con Tom en el cuerpo, en la mente y en el corazón. No puedo evitarlo.

---Dami, ¿qué harás con Justin? ¿Él lo sabe?

---Sí. Se lo he contado también. Al igual que tú, no necesitaron demasiadas palabras para darse cuenta. La única que no se dio cuenta de que era un monstruo fui yo. Y ahora lo estoy pagando muy caro.

---Él se encargó de convencerte y lo logró. ¡Maldito!

---Créeme que nadie se lamenta más que yo. ¡Fui una estúpida!

---Damaris... Dios nos enseña constantemente. Dios siempre nos está dando lecciones. Y esta, cariño, es una muy importante para ti. Espero que la hayas escuchado.

---Sí...

---No me has dicho qué harás con Justin.

---Nunca dejé de amarlo, mamá. Tú lo sabes.

---Yo sé. Pero...

---Pero...

---No sé. Ahorita tú estás complicada con Tom, él tiene un hijo. Y...

---¿Y? Nosotros ya aclaramos nuestras cosas. Yo le he hablado sobre mi presente y él sobre el suyo. Él acepta mi realidad y yo la de él.

---¿Y qué harán?

---Aún no está decidido. Por el momento, quiero estar tranquila. Quiero disfrutar de este momento... ¡He esperado tanto, mamá!

---Hija. ---Marisa la tomó de las manos y la incitó a que la mirara a los ojos---. Hazlo. Vívelo. Disfrútalo. Pero... ten presente que, tarde o temprano, deberán enfrentar a tu esposo. Sabes que no te dará el divorcio, y eso lo traerá derechito hasta aquí.

---Lo sé. Eso es lo que más me angustia.

Durante la tarde se dedicó a recordar. Recordar no solo las últimas cuarenta ocho horas, sino todo lo vivido durante ese tiempo. Había habido amor, mucho amor, pero también mucho dolor. Demasiado. Tanto que hasta había desistido en encontrar la felicidad. Se había convencido de que la vida no le daría nada positivo. Ya que Justin le proponía comenzar de nuevo, alejarse de la tristeza y meterse de lleno en esa montaña rusa de cariño, de deseo, de amor que tan solo él podía ofrecerle, todo parecía cambiar.

Justin... volvía a ser su pasado, su presente y su futuro. Solo él.

## Capítulo 20

### Un nuevo comienzo

*Y ahora no tengo dudas.*

*No tengo remordimientos, ya no tengo sombras,  
no tengo pecado, no tengo pasado.*

*Solo tengo unas ganas enormes  
de volver a empezar. Y de ser feliz.*

Federico Moccia

¿Que si lo extrañaba? Claro que sí. No habían podido verse porque, por cuestiones de trabajo, Justin había tenido que viajar a Santo Domingo y permanecer allí por unos días hasta resolver sus cuestiones; entre ellas, la renovación de su residencia en el país. Tan solo se habían cruzado en la cafetería unos días después de la última charla, intercambiaron números telefónicos y se separaron con la esperanza de volver a verse pronto. Un beso tímido de despedida los dejó más tristes de lo que estaban.

La felicidad y la algarabía interrumpieron en la casa de los Peñaloza y su presencia se notaba en el rostro de Damaris más que en el resto de la familia. Cada día que amanecía se sentía un poco mejor, más tranquila y más lejos de aquella pesadilla llamada Tom. No quería pensar en lo que ocurriría con ellos, qué pasaría con su trabajo o si volvería algún día a Argentina. En cambio, se dedicaba a disfrutar de su madrina, de sus hermanos y de su mamá mientras esperaba con ansias el reencuentro con Justin.

Durante las noches conversaban por horas y mantenían charlas profundas que surgían de la curiosidad por saber todo del otro. Su amor había nacido mucho tiempo atrás, pero había tenido que madurar y crecer estando muy lejos y añorando el recuerdo que los mantenía en pie. Sin saber de gustos, de pasados, de experiencias y vivencias, convivían con esa sensación inexplicable que no les permitía olvidarse. De nuevo juntos, tal como lo habían deseado por años, debían conocerse, reconocerse y volverse a elegir. Afortunadamente, el sentimiento parecía haber permanecido intacto y todo nacía con naturalidad entre los dos.

---¿Cómo estás?

---Bien. Algo cansado. El ritmo aquí en la capital es tedioso.

---¡Uf! ¡Imagínate en Buenos Aires!

---Cuéntame de tus días allí. ¿Qué hacías?

---Trabajaba en un restaurante junto a dos amigos a quienes extraño mucho y con quienes aún hablo; Victoria y Walter.

---¿Te gustaba tu trabajo?

---Sí. Aunque más me hubiese gustado estar en la cocina. Justino, el cocinero, me enseñó

algunos trucos y platos típicos de Argentina. Cuando iba al departamento, los practicaba y le daba de probar a Jimena. ¿Te acuerdas que te hablé de ella?

---Sí. Es con quien vivías en el último tiempo y quien te ayudó con el *ticket* para venir.

---Esa misma. Me encantaría que la conocieras. Se llevarían muy bien.

---A mí también me gustaría.

Un silencio en la línea los sorprendió. Justin pensaba en que, mientras él creía que ella era feliz junto a Tom, ocurría todo lo contrario. Imaginarse en las manos de ese hombre le removía sensaciones oscuras que desconocía de sí mismo. Damaris, por su parte, añoraba la danza frenética de la capital porteña, esa misma que la salvó de no caer en el abismo.

---¿Aló? ¿Justin? ¿Estás ahí?

---Sí.

---¿Qué pasó?

---Quisiera preguntarte algo, pero... no sé si es el momento ideal para hacerlo. Me hubiese gustado tenerte en mis brazos para hablar de esto.

---Dime. ¿Qué quieres saber? Pregúntame lo que sea.

---¿Qué piensas hacer? ¿Piensas quedarte en Abreu? O... ¿regresarás a la Argentina?

---Justin...

---No quiero presionarte, de verdad. Pero la idea me está volviendo loco.

---No, no. No es presión. Pero es que... realmente no lo sé. No lo sé. No lo he pensado todavía.

---No me gustaría que te fueras, y yo...

---Lo sé. No quieres alejarte de Sean. ¿Verdad?

---Así es. ---Parecía que por fin recuperaban esa comunicación no verbal que los conectaba--  
-. Es muy pequeño, tú sabes. Pero, escúchame, yo quiero estar contigo. Quiero que cuando vuelva, hablemos de nuestro futuro, Damaris. Quiero pasar todos los días a tu lado. Esto... ya no lo soporto.

---Ni yo. Te extraño mucho.

---Yo también.

---¿Cuándo regresas?

---Mañana tengo una reunión con unos inversionistas interesados en comprar algo de tierra en Rio San Juan y en Samaná. Si todo resulta bien, en dos días estoy por allí.

---¡Qué bueno! Dios quiera que pasen rápido los días.

---Ese es mi deseo, también. ¿Tu familia? ¿Tus hermanos? ¿Cómo están? ¿Les has hablado acerca de nosotros?

---Ellos están bien. Juan trabaja mucho y casi no lo veo. Miguel, bueno... todo el tiempo con el celular. Y mamá, está bien. Va a la iglesia, sale con mi madrina a pasear. ¿Sabías que tiene novio?

---Guau. ¿Novio?

---¡Sí! Y no quiere contar nada. ¿Puedes creerlo? ---Los dos rieron en la línea---. Y... sí. Lo

sabe. Le he contado todo.

---¿Y cómo lo tomó?

---Muy bien. Aunque...

---¿Aunque?

---Compartimos el mismo temor, ¿sabes? El día que Tom se entere...

---Sí. Me has contado de sus reacciones. Pero, cariño, debemos enfrentarlo. No ocurrirá nada si estamos los dos juntos. ¡Ya lo verás!

---Dios te oiga, Justin. Me da mucho miedo pensar en él.

---Yo estoy contigo, Dami. No temas.

---Gracias.

Se despidieron unos minutos después y la almohada de Damaris fue testigo de las primeras lágrimas de felicidad que sus ojos le regalaban. Jamás había estado tan conmovida como lo estaba en ese momento. Un sentimiento enorme, gigante, ocupaba todo su cuerpo y la colmaba de luz, de paz. Por fin... por fin su corazón comenzaba a sanar.

Los dos días prometidos de Justin se convirtieron en cinco. Algunos problemas, nuevos negocios y un gran temporal impidieron que llegara a Abreu en el plazo pactado. Damaris esperó con paciencia su llegada y llenaba su tiempo de momentos familiares. Se acercaba el cumpleaños de Marisa y había querido organizar una pequeña reunión íntima para celebrarlo. Los preparativos la tenían bastante ocupada y agradecía que así fuera porque, de lo contrario, se la pasaría pegada al teléfono esperando una noticia de él.

Un lunes por la mañana se montó a la guagua y se acercó a Cabrera a comprar algunas cosas que necesitaba para la fiesta del sábado. Caminaba por el pueblo con la cabeza en alto y el corazón repleto de gozo. El sol brillaba sobre un cielo completamente celeste y las personas que la cruzaban le sonreían al pasar, y a ella le pareció que la dicha se iba desperdigando a su alrededor. Una vez que consiguió todo, se acercó a una cafetería y pidió algo para tomar; el calor se hacía insoportable cerca del mediodía. Sentada sobre un banco de madera, observaba las pasolas y los motores pasar, mientras degustaba un jugo de chinola bien fresco. Estaba tan inmersa en la contemplación del movimiento que no se dio cuenta de que un auto se detenía justo frente a la cafetería.

---Muchacha... ---La señora de la cafetería se le acercó.

---Dígame.

---Dice aquel hombre que cuando termine la espera afuera.

---¿Quién? ---Damaris estiró el cuello y lo vio. Él ya la estaba mirando cuando sus ojos se encontraron---. Muchas gracias.

Dejó el jugo a medio tomar y salió con las bolsas a recibirlo. Ahí estaban sus ojos verdes favoritos y la sonrisa más hermosa del mundo. Justin había regresado. A medida que avanzaba por entre las mesas y se acercaba a él, el mundo iba desapareciendo. Nada existía más que ese hombre que era todo para ella. Que era luz, que era sol. Que era luna, que era estrellas. ¡Cuánto lo amaba!

Las mejillas se acaloraron en su rostro y una puntada en el estómago le indicó, como cada vez que lo veía, que aquel que le sonreía era el dueño de su corazón.

---¡Justin!

---*Hello!* ---La abrazó y sus cuerpos se unieron de tal manera que cada parte de uno pudiera sentir al otro. Por unos segundos se mantuvieron así, hasta que la necesidad de sentirse un poco más se hizo presente. Las bocas se buscaron y un beso arrasador los dominó. No importó dónde estaban, ni los ojos de quiénes los miraran. Al amor no hay que hacerlo esperar; es impaciente y no entiende de razones.

---¡Te extrañé tanto!

---Y yo a ti. ¿Vamos a mi casa? Desde que llegué que no puedo dejar de pensar en tenerte conmigo.

---Debería llevar estas cosas a Abreu.

---¿Es muy urgente?

---No, no.

---Bueno. Avísale a tu mamá que almorzarás conmigo. Que no te espere hoy.

---¿Vamos a almorzar?

---Eso y un poco más.

Se montaron al coche y en pocos minutos ya estaban en su casa, besándose con ganas de devorarse. En el camino quedaron las prendas de los dos y, sobre la cama, sus cuerpos desnudos se entregaron una vez más. No hubo palabras entre ellos, tan solo miradas cómplices, besos desperdigados a lo largo de la piel y caricias profundas. Extasiados de placer acabaron los dos, tendidos uno sobre el otro.

---Te amo, Damaris.

---Y yo a ti, Justin. Te amo tanto.

---Nunca imaginé que aquella noche en ese bar encontraría a la mujer de mi vida.

---Y yo jamás pensé que seguirías amándome aún pese a la lejanía y al tiempo que nos separó.

---¡Ni yo! Es tan... tan fuerte lo que siento por ti, que me cuesta ponerlo en palabras. Tú... --- Le acariciaba la espalda desnuda con movimientos circulares---. Eres todo para mí. Desde aquel día en que te conocí, ya nada fue igual, y no pasó ni un solo día sin que te recordara, sin que te añorara.

---Mi vida... Dios quiera que esta vez podamos lograrlo. No podría separarme otra vez. No quisiera hacerlo. No lo soportaría.

---Y no lo haremos. Tranquila.

Se dieron una ducha juntos y regresaron al lecho donde se amaron una vez más. El cuerpo de Damaris pedía más y más, y Justin parecía estar dispuesto a darle todo lo que ella necesitara. Lento, con besos húmedos, acabó por reconocer cada parte de su ser. Ella gemía sobre sus labios y él se volvía loco con cada sonido que salía de su boca. Le encantaba ser el perpetrador de los ruegos, de los pedidos y de las suplicas que ella hacía implorando que la amara más y más.

---¿Cuándo llegaste?

---Esta mañana. Pasé a ver a Lorna y a Sean, les dejé unas cosas que compré en la capital y, mientras iba camino al Canei para almorzar, te vi entrando a la cafetería. Ahí mismo desapareció el hambre que traía de Santo Domingo. Desapareció todo y solo apareciste tú.

---¡Te amo!

---Dami...

---¿Sí?

---Me encantaría que conocieras a Sean.

---¿Ya?

---Sí. Quiero presentártelo, que se conozcan. Sé que se llevarán muy bien.

---Es que... ¿Y Lorna?

---¿Qué hay con ella?

---¿Cómo lo tomará?

---Bien, supongo. Pero... no me importa.

---Pero a mí sí me importa, Justin. Esa mujer... esa mujer no me quiere cerca de ti.

---¿Ella te dijo eso?

---No. Pero me dijo que...

---Que no me lastimases de nuevo.

---Ajá.

---¿Lo harás?

---¡No! ¡Claro que no!

---Problema resuelto, entonces.

---Ay, Justin. No sé si es momento.

---Mañana iremos a buscar a Sean al kínder e iremos a almorzar. Todo estará bien. Ya lo verás.

## Capítulo 21

### Agrandar el corazón

*No es la carne y la sangre sino el corazón, lo que nos hace padres e hijos.*

Friedrich von Schiller

--- ¡Seguro que no quieres pasar un momento? Preparo unos cafecitos.

---No, no. Tengo que acercarme a Playa Grande a conversar con unos clientes.

---Ah. ---La tristeza en el rostro de Damaris lo conmovió.

---Bueno. Está bien. Un café y ya. ¿Okey?

---¡Ven! ¡Vamos! En cinco minutos estará listo.

Bajaron del carro y entraron a la casa donde Marisa y Miguel miraban algo de televisión en el comedor. Al verlos entrar, se pusieron de pie, sorprendidos por la presencia de Justin en la casa. Damaris no dejaba de sonreír.

---Buenas tardes ---dijo Justin, y Marisa enseguida se acercó con la mano extendida.

---¿Cómo está, don Justin?

---Bien. Muy bien.

---¡Cuánto me alegro!

Damaris pasó rapidísimo hacia la cocina.

---¿Alguien más quiere café? ---preguntó desde adentro.

---Sí ---respondió Marisa---. ¡Yo!

---Tres, entonces.

---Siéntese, Justin. Póngase cómodo.

---Gracias. ¿Y usted? ¿Cómo está?

---Bien, gracias a Dios.

Un silencio extraño los envolvió, y justo cuando Marisa estaba a punto de preguntar por el niño, Damaris entró con los cafés. Se acomodaron en la sala y, entre sonrisas y miradas cómplices, bebieron y conversaron sobre la estadía de Justin en Santo Domingo, sobre el clima, sobre las nuevas inversiones que iban apareciendo en la isla.

---Bueno. Muchas gracias por el café. ---Justin se puso de pie y Damaris lo acompañó hasta el carro.

---Gracias por quedarte. Espero que no te hayas sentido incómodo. Mamá no sabe cómo manejar la situación de Lorna y Sean. Ella cree que están juntos, que tienes obligaciones y que yo debería cuidarme.

---¿Y tú? ¿Estás preparada para manejar la situación con ellos?

---Espero que sí.

---Bien. ¡Qué lindo escuchar eso! ¿Esta noche... duermes conmigo?

---No, cariño. Lo siento. Prefiero quedarme aquí. No quiero generar tanto revuelo. ¿Me entiendes?

---Sí. No te preocupes. Mañana vengo por ti para que vayamos a recoger a Sean como habíamos quedado.

---Bueno. Aquí te espero. ¡Te amo!

---*I love you!* ---se despidieron con un beso rápido pero intenso.

El carro giró hacia la derecha y se perdió en la carretera. Damaris deshizo el camino y entró a la casa con la mano sobre los labios, intentando retener su sabor, su presencia.

---¡Te ves radiante! ---le dijo Marisa apenas atravesó la puerta.

---Me siento radiante.

---Soy feliz por ti, cariño. Solo...

---... cuídate.

---Exactamente. Cuídate. Y cuídense.

La tarde pasó sin muchos sobresaltos. La noche cayó, y con ella, la preparación de la cena y los nervios del día siguiente. ¿Qué pasaría? ¿Cómo la recibiría? ¿La aceptaría? Descubrió un sentimiento nuevo dentro de ella. Quería, no, *necesitaba* agradarle a Sean porque era su hijo. Porque él lo amaba y ella quería que él la amara a ella por amar a su niño. ¿Qué usaría? ¿Qué ropa se pondría? ¿Debía maquillarse? o... ¿Acercarse con un atuendo más casual? ¿Debería llevar algún presente, algún regalo? No, no. Lo que debía hacer era calmarse y dejar que todo tomara su curso.

---Dami... Dami... ---Juan la sorprendió mientras revolvía las habichuelas y pensaba en el día siguiente envuelta en elucubraciones.

---¡Me espantaste!

---Tu teléfono está sonando.

---¡Oh! ¿Puedes continuar con esto unos minutos?

---Ve. ---Le entregó la cuchara de madera, se limpió las manos en un trapo y se apresuró para llegar a la habitación donde tenía el celular conectado.

---Aló.

---¿Damaris?

---Sí. ---Apartó el celular de su oreja y observó la imagen de quien la llamaba. Ahí estaba la foto de su demonio asignado. ¿Es que acaso no lo había bloqueado? No tuvo tiempo de pensar en eso porque él le hablaba del otro lado.

---¿Cómo estás?

---Tom. No vuelvas a llamarme. No quiero saber nada contigo. ---Cuando estaba a punto de colgar...

---¡No cuelgues! Escúchame. Es un minuto nada más.

---¿Qué quieres?

---Damaris, yo... yo quiero pedirte perdón. Sé que fui un patán contigo y en verdad estoy muy

arrepentido. Estoy haciendo terapia, ¿sabes?

---Me alegro por ti.

---Damaris. Yo... estoy enfermo. Necesito que me ayudes. Necesito volver a ser el que era antes de llegar a este país.

---Tom. Esa es tu vida y yo te he dejado bien en claro que ya no quiero estar en ella. Olvídate de mí.

---¡Pero eres mi mujer, carajo! ---Otra vez el monstruo se asomaba.

---No. Ya no lo soy. Pronto tendrás novedades de mi abogado. Quiero el divorcio, Tom.

---¿Qué?

---Lo que escuchaste. No quiero saber más nada de ti, ni quiero estar atada a nada que tenga que ver contigo.

---Jamás. ¡Escúchame bien! Jamás te daré el divorcio. Olvídalo. Y donde sea que estés escondida, yo te encontraré.

Damaris colgó y se permitió soltar el dolor que le generaba escucharlo. Porque oír su voz significaba recordar cada palabra, cada herida y el golpe final. Significaba darse cuenta de que había estado ciega y, debido a esa ceguera, no había podido discernir lo que le esperaba junto a él.

---Dami... ---Juan se acercó al oírlo y se sentó a su lado, cubriendo su cuerpo con un abrazo--  
-. ¿Quién era?

---Tom.

---Tranquila. Está muy lejos.

---No, no lo está. Lo llevo aquí... ---Se tocó el pecho con el puño---. Clavado como un puñal. Sigo desangrándome como si lo tuviese a mi lado. ¿Hasta cuándo me seguirá atormentando, Juan? ¿Hasta cuándo?

El muchacho esperó con paciencia hasta que su hermana estuviese más tranquila. Cuando por fin se serenó, caminaron hasta la cocina donde él le ofreció un vaso de agua y se ocupó de la cena. Una vez que Marisa llegó, comieron los cuatro en un ambiente de armonía que, poco a poco, alejó las sombras que había provocado la llamada de Tom. Lavó los platos y se encerró en su habitación a pensar. ¿Qué esperaba? ¿Una reacción diferente de su parte? No, claro que no. Sabía, y muy bien, que él jamás la dejaría en paz. ¿Y entonces? ¿En qué se convertiría su vida? En una constante lucha de poder, en una pelea entre el pasado y el presente que quizás podría desbaratar su futuro con Justin. ¿Estaba preparada para luchar contra Tom? Sí bien había sido capaz de huir de su lado, de superar la mala relación, allí las cosas eran diferentes. Ya tenía a Justin, y por él, por él quería estar bien. Quería estar entera para poder vivir su amor sin problemas. Y, desafortunadamente, si Tom seguía dando vueltas, nada sería fácil.

---Jime...

---¡Mi negra hermosa! ¿Cómo andás? ¿Por qué no me llamaste antes? ¿Te olvidaste de mí ya? ¡Atorranta! Ya me imagino lo que debes andar haciendo, vos.

---¡No! ¡Qué cosas dices! ---Como siempre, Jimena era capaz de hacerla sonreír sin querer. ---  
Bueno... estuve bastante ocupada, sí.

---¿Con el yanqui?

---Sí.

---¡Ah, bueno! Ya me contás todo con lujo de detalles. ¿Qué pasó con el pibe? ¿Con la mina?  
¡Todo!

---¿Tienes tiempo?

---Sí, mi amor. Ya estoy metida en la cama y lista para escucharte. Largá todo.

---Bueno...

Damaris le contó todo lo que había pasado en esos días. Desde la primera conversación con Justin hasta la llamada de Tom y la cita del día siguiente para conocer a Sean.

---Es un manipulador. Un hijo de puta. Ni pienses que va a cambiar. Esos tipos no cambian más. ¡No te dejés convencer, Dami!

---Lo sé. Lo sé. No hace falta ni que me lo digas. Será un infierno, Jime.

---Sí, amiga. Lo será. Prepárense porque este no te la va a dejar pasar.

---Dios, dame fuerza.

---Che... entonces, ¿Mañana vas a conocer al nene? ¿Nerviosa?

---Me estoy muriendo.

---Tranqui. Es una criatura. ¿Qué puede salir mal?

---¿Y si no me quiere?

---Ay, nena. No te va a querer de una vez. Vas a tener que ir de a poco, conociéndolo al paso. Quizás mañana no te da mucha bola, pero si lo ves seguido, van a crear un vínculo. Vos, tranquila, que todo va a salir bien. Además, vas con Justin.

---Sí. Espero que todo salga bien, como dices. Sean es muy importante para Justin y yo... quiero agradecerle.

---Lo vas a hacer. ¡Si vos sos un sol! Ahora... acostate, pensá en tu angelito de ojos verdes y de sonrisa Colgate y dormí.

---Mañana te escribo para contarte cómo me fue.

---¡Más te vale!

El sueño la venció más pronto de lo que creyó. La alarma sonó a las 8:30 y se levantó rapidísimo para comenzar a alistarse. Se bañó, se arregló y no se movió hasta que oyó el carro de Justin acercarse. No desayunó porque habían quedado en que lo harían juntos antes de pasar por el niño.

---Buenos días. ---La misma sonrisa brillante, hermosa. Su sonrisa, la de ella. Siempre.

---Hola. Me encanta verte sonreír. ¿Te dije que tienes la sonrisa más linda del mundo? ---Se colgó de su cuello y lo besó con premura.

---No, no me lo habías dicho. Gracias. Tú la inspiras.

---No, esa sonrisa es parte de ti. No hay nadie que tenga esa... luminosidad que tiene tu

sonrisa. Es... mágica.

---¿Mágica? ¿De qué estás hablando?

---Sabes... cuando sonrías, es como... como si todo se llenara de colores, de luces. Como si el paisaje se hiciera más bonito con ella. Cuando sonrías es cuando puedo ver tu alma y eso, cariño, es magia.

---No, no. ¡Estás loca!

---No lo estoy. Por eso me encanta, la amo. Como amo cada parte de ti.

---¿Qué hermoso lo que dices! Gracias. Estoy... avergonzado. ---Bajó la mirada con timidez y Damaris rio ante el movimiento---. ¿Estás lista?

---Sí, vamos.

---¿Tu madre? ¿No está? Me gustaría saludarla.

---No. Viajó a Nagua al médico con Miguel.

---¿Todo bien?

---Sí. Iban al dentista. Nada grave. ¿Vamos?

---Sí.

Llegaron a Cabrera y se detuvieron en una cafetería a desayunar. Compartieron una tostada y cada uno bebió un café con leche mientras conversaban sobre Sean. A Damaris le fascinaba observar los gestos de Justin mientras describía las capacidades de su hijo o le contaba sobre las aventuras que hacían juntos. Le habló sobre el día en que nació, de la primera vez que lo vio. De sus primeros pasos, de su primera vez en el mar. Justin había estado en cada momento de la vida de él, y a Damaris le llenaba el pecho de orgullo sentirlo tan buen padre, tan buen hombre.

---Lorna se molesta con los dos ---dijo entre carcajadas---. Dice que somos dos niñitos. Y creo que tiene algo de razón.

---Ya lo veo.

---Es un niño muy dulce, ya lo verás.

---Estoy muy nerviosa, Justin.

---No, nada de nervios. Todo saldrá muy bien. ¿Qué hora es?

---Once y cuarenta.

---Vamos, entonces. A las doce salen los niños.

Damaris escuchaba lo que Justin le decía acerca de la escuela, del idioma, pero no podía concentrarse. En lo único que pensaba era en la noche de la fiesta en el malecón cuando lo cruzó con el niño sobre sus hombros. Recordó la sonrisa que le propinó mientras se alejaba con sus padres y le rogó a Dios que esa conexión que los unió aquel día se mantuviera intacta. No solo por ella y sus miedos, sino por el hombre que manejaba a su lado y que tan ansioso estaba por tener a los dos juntos.

---Dami... baja, cariño. Llegamos. ---La sorprendió parado junto a la puerta. No se había dado cuenta de que se habían detenido ni de que él se había bajado.

---Oh, sí. Vamos.

Hicieron algunos pasos y cruzaron la calle hacia la entrada. Unos minutos pasaron hasta que la puerta se abrió y una mujer rubia como el sol salió y avisó que durante la semana siguiente trabajarían con frutas y verduras y que los padres debían enviar una específica. Justin tomó su celular y enseguida pasó el mensaje a través de un audio. Luego, tecleó unas palabras y guardó el aparato en el bolsillo. Se dio cuenta de que la destinataria era Lorna.

---No quisiera olvidarlo. Y... además, le dejé saber que estaríamos juntos los tres ---le dijo a Damaris que lo observaba con un rostro cargado de pánico y la abrazó---. Tranquila.

---¡Papá! ---Una vocecita los interrumpió.

Un niño delgado, con cabellos rubios y de ojos marrones, se acercaba sonriendo hacia ellos. Los brazos extendidos y la mochilita balanceándose en su espalda. Un salto y estuvo dentro del pecho de Justin quien lo besó por todos lados. El corazón de Damaris, en ese mismo momento, se derritió de amor y se expandió un poco más dentro de su pecho para darle lugar a ese muchachito que reía a carcajadas con las cosquillas que le daban. Ella había creído que sería muy difícil relacionarse con el dueño de la mitad del corazón de Justin. Sin embargo, como espectadora de esa escena maravillosa, se dio cuenta de que nada sería como lo había pensado. No le costaría mucho trabajo amarlo. Porque... porque a partir de ese momento, viéndolos así, supo que ellos dos se convertirían en la familia que había soñado. Una familia diferente pero llena, llenísima de amor.

## Capítulo 22

### Malas noticias

*Nuestras buenas y nuestras malas acciones nos siguen casi como una sombra.*

Buda

---*Buddy...* *She is Damaris* ---la presentó en inglés y el niño la miró con atención de pies a cabeza. Seguía sobre los brazos de su padre y apretaba las manitas en el cuello de Justin para no caer.

---Encantada de conocerte, cariño. ---Ella extendió la mano y esperó la reacción de Sean.

---¿Quién es, papi? ---le preguntó a Justin y los dos adultos sonrieron a la vez.

---Es mi novia.

---¿Tu novia? ---Los ojos del niño se abrieron al escuchar la respuesta---. ¿Y mamá? ---Damaris sintió que su corazón se detuvo en ese mismo momento.

---¿Qué hay con mamá?

---¿Ya lo sabe?

---Aún no, hoy se lo contaremos juntos. Necesitaré de tu ayuda, *all right?*

---Claro. Yo te ayudaré, papá. ---Giró la cabeza y por fin extendió la mano para saludar a Damaris que lo miraba enternecida.

---¿Cómo estás, Sean? ---preguntó ella.

---Bien. ¿Vamos a comer, papi?

---Sí. ¿Dónde quieres ir?

---¡Quiero ir a la playa!

---Okey. Es una buena idea. ¿Te gustaría que Damaris nos acompañe?

---Si ella quiere...

---A mí me encantaría ir con ustedes ---agregó Damaris enseguida.

---Bien. Vamos a pasar por tu casa a buscar la ropa de baño y una toalla y luego, por mi casa y por la de Damaris para buscar la nuestra. ¿Playa Grande?

---¡Sí! ¡Pescado! ¡Pescado! ¡Pescado! ---Sean se acomodó en la parte de atrás y estuvo listo en unos pocos segundos.

---Le encanta comer en Playa Grande. Vamos una vez a la semana...

---¡Qué lindo!

---¿Y a ella le gustan los tostones? ---preguntó Sean dirigiéndose a Justin.

---*Ask her, buddy.*

---¿A ti te gustan los tostones?

---*I love them* ---respondió Damaris en inglés y Sean se sorprendió.

---¿Hablas inglés también?

---Un chin chin. ---Damaris le guiñó el ojo y el pequeño sonrió. Ahí estaba la conexión. Intacta.

---Cool ---dijo y se echó hacia atrás para observar el paisaje.

Llegaron a El Jamo en unos minutos. La casa donde vivían Sean y su madre era una casita pequeña de concreto. El jardín estaba lleno de flores y de juguetes regados por todas partes. Se notaba la presencia de Sean en cada rincón y Damaris podía imaginárselo jugando por allí. Detuvieron el carro, y antes de destrabar las puertas, Justin les habló a los dos.

---Ahora papá va a hablar con mamá y va a presentarle a Damaris. Tú, mientras nosotros conversamos, ve y busca tu traje de baño y tu toalla favorita. ¿Okey?

---Sí, papá.

---¿Están listos? ---habló en plural, pero mirándola a Damaris fijamente.

---Sí, lo estamos. ---Ella le sonrió y él le devolvió el gesto. Las puertas se abrieron y bajaron los tres.

Sean se perdió dentro de la casa y Justin tomó de la mano a Damaris, para que juntos ingresaran.

---Tu mano está helada. Igual que aquella vez en el malecón, ¿te acuerdas?

---Sí. Estaba muy nerviosa ese día, igual que hoy.

---Todo estará bien. ---Se le acercó y la besó con dulzura.

Ingresaron tomados de la mano, y apenas atravesaron la puerta, la voz de una mujer llegó a sus oídos.

---Sean. No llevarás tantos juguetes. Con eso es suficiente, cariño.

---Quiero que Damaris los vea.

---Bueno. Pero a la playa, no. ¿Oíste?

---Sí.

Lorna salió de una de las habitaciones y se dirigió a ellos que esperaban junto a la puerta de entrada. Damaris pareció ser la única que notó la mirada punzante de esa mujer mientras avanzaba. Justin, en cambio, la soltó y se acercó a darle un beso y un abrazo. ¿Siempre se saludaban de esa manera? Damaris tuvo que poner a prueba sus celos e intentar calmarse en una fracción de segundo.

---Lorna, ya conociste a Damaris. ¿Verdad?

---Sí, ya tuve el placer. ---Extendió la mano y se saludaron con formalidad.

---Vamos a ir a Playa Grande. Pasaremos la tarde allí, si no te molesta ---explicó él.

---No, no. Vayan. Yo salgo de trabajar a las seis.

---Paso por ti y los traigo a los dos a casa. ¿Te parece?

---No es necesario, Justin.

---Sí que lo es. Siempre lo he hecho. Quiero decirles a las dos que las cosas no van a cambiar para mí. Que mi vida es esta y que los tres debemos aprender a convivir con esta realidad. Espero que ninguna de las dos tenga ningún problema.

---De mi parte, ya aclaré con ella lo que tenía que aclarar ---agregó Lorna con un tono algo agresivo.

---Yo no tengo ningún problema, Justin. Ya te lo he dicho. Y Lorna... ---dirigiéndose directamente a ella--- amo a Justin con todo mi corazón. Lo amé desde el día en que lo conocí. Espero que eso sea suficiente para ti.

---Si lo es para él... ¡Sean! ---Se dio vuelta y caminó hasta a la habitación---. ¿Estás listo? Tu papá te espera.

---Sí. Ya voy.

Sean hizo reír a carcajadas a todos los presentes. Llevaba puesta una mochila de donde se advertían camiones, autitos y una pelota. En las manos, dos juguetes más, y una bolsa colgaba de su muñeca donde se podían ver algunos muñecos.

---No llevarás todo eso, Sean ---sentenció el padre.

---¿No?

---No. Elige dos cosas de todas esas y ya. Además, el plan era meterse al mar.

---Okey. Okey. Espérenme.

---Justin... ---Lorna lo llamó para conversar con él a solas y él se perdió en otra de las habitaciones de la casa. Damaris esperó con paciencia intentando no pensar en lo que estarían hablando. Sabía que se trataba de ella, de eso estaba segura.

---*I am ready*. ---Sean salió y se encontró a Damaris sola en la cocina---. ¿Dónde están todos?

---Conversando. ¿Ya te decidiste? ---Cambió de tema para alejarlo de aquella situación.

---Sí. Fue muy difícil.

---Ya lo creo. ¿Me quieres mostrar?

---No. Es una sorpresa. En la playa lo verás. ---Sean le guiñó el ojo y Damaris se tentó ante el movimiento.

---¿Quién te enseñó a hacer eso?

---*Daddy*.

---¿Estamos listos? ---Justin apareció y se prepararon para salir---. ¿Vamos?

---¡Sí! ---gritaron al unísono Damaris y Sean.

---Vamos. Hijo... despídete de tu mamá. Te esperamos en el carro. ---Sean corrió y regresó en tiempo récord.

---¿Todo bien? ---le preguntó Damaris.

---Sí, tranquila.

Media hora después, estacionaban en la casa de Damaris y era su turno de prepararse para la playa. Los hombres la esperarían en el carro. Al entrar, se dio cuenta de que su celular se estaba muriendo así que decidió dejarlo en su casa. Se despidió de Miguel y le dejó saber dónde estaría para que le avisara a Marisa al llegar. Al cabo de unos minutos, los tres, listos para la playa, avanzaban por la carretera muertos de hambre.

Jamás pensó en que se divertirían tanto. Sean resultó ser, tal y como Justin lo había descrito,

un niño muy dulce y gracioso. Tras devorar sus platos, se acomodaron junto al mar para saltar y jugar con la arena y las olas. Damaris reía sin parar ante las ocurrencias de Sean, y Justin les tomaba fotografías a los dos. Habían caminado hasta el final de la playa, de la mano; y al regresar, la imagen de Damaris y de Sean sonriendo había conmovido a Justin. Por fin, las dos personas que más amaba estaban a su lado. Esa tarde, se sintió realizado y realmente feliz.

Sean se quedó dormido antes de llegar a Abreu. Damaris se bajó del carro y se despidió de Justin con un beso profundo, ese que habían estado deseando desde temprano y que, por cuestiones de recato, no se habían dado.

---Esta noche en mi casa.

---Justin...

---No. Vengo por ti a las ocho. ---No le dio tiempo a responder. Hizo marcha atrás y se alejó dejándola parada en la puerta de su casa.

Entró y se dirigió directo al baño donde se duchó. Salió con la toalla envuelta y se sorprendió al ver a Marisa esperándola en la habitación.

---¿Todo bien? ---le preguntó a su madre que la observaba con una cara extraña.

---Hija...

---¿Qué ocurre?

---Tom.

---¿Qué hay con él?

---Está aquí.

---¡¿Qué?!

## Capítulo 23

### La pesadilla regresa

*¿Quién dice que los sueños y las pesadillas no son tan reales como el aquí y el ahora?*

John Lennon

No sintió el pinchazo de la enfermera que le sacaba sangre. No sintió el olor a cloro de las paredes de la clínica. No sintió el viento que entraba por una ventana entreabierta junto a la camilla. No sintió nada. Todo, absolutamente todo se había desvanecido.

En la oscuridad caminaba descalza y debajo de sus pies podía sentir la sensación de pisar la arena. Áspera, granulosa. No podía ver, pero sus sentidos estaban atentos a todo lo que ocurría a su alrededor. Su oído comenzó a escuchar el sonido del mar, lejano... distante. Definitivamente estaba en la playa. Avanzaba sin rumbo fijo, en medio de un negro atemorizante.

¿Dónde estaba? ¿Soñaba? ¿Qué había pasado con ella?

---Damaris... Damaris...

Una voz la llamaba a lo lejos y, con ella, una luz blanca lejana parpadeaba. Quiso correr, pero no pudo; mantenía el mismo paso y no podía ni detenerse ni apresurarse. Sabía que el recorrido terminaría allí porque de a poco aquella luz se hacía cada vez más grande.

---Damaris... Damaris...

Intentó gritar, responderle a esa persona que la reclamaba, pero no lo logró. Nada salía de su boca. Aquello la desesperó; se sintió ahogada y el miedo la invadió. El corazón comenzó a bombear con fuerza, tanto que hasta podía oírlo golpear en su pecho como las olas sobre la faralla.

---Damaris... despierta...

La luz ahora estaba más cerca. El negro comenzó a teñirse de ámbar, el calor de su cercanía calentaba sus mejillas y cuando estaba a punto de alcanzarla, una mano la detuvo. Sintió como si le arrancaran el brazo; una fuerza descomunal la frenó en seco. Giró y se encontró con él. Ahí estaba Tom aferrándola a la oscuridad, impidiéndole alcanzar su objetivo. Como no podía gritar, tuvo que entregarse a lo que aquel sueño o, más bien, la pesadilla le mostraba y vivir lo que debía vivir. La mano que la sostenía se volvió más grande y fuerte, tiraba de ella hacia el lado contrario. Cerró los ojos y se dejó llevar por el monstruo que la apretaba con fuerza y determinación.

---Damaris, cariño...

De nuevo la voz que la llamaba. Esta vez, Tom detuvo su andar y la observó con una sonrisa de oreja a oreja. No era una sonrisa como la de Justin, no. Esta era una sonrisa macabra, horrenda, que expresaba toda su maldad a través de los dientes. Era dolor, pena, ira, enojo. Sin embargo, cuando creyó que la oscuridad había vuelto a rodearla completamente, otra mano la tomó por la muñeca que tenía libre. No hizo falta mirar para saber quién era el dueño del calor que ahora la

atravesaba entera. Supo de inmediato que era él; había venido a buscarla al mismísimo infierno.

---Damaris...

La voz era nítida, clara y cercana. Era él quien la llamaba. Pero... ¿Qué hacer? ¿Cómo hacer para soltarse de las garras de Tom? ¿Qué debía hacer? Apretó los ojos e intentó respirar hondo. Debajo de sus pies la superficie se había convertido en agua y, paso a paso, subía un poco más. Debía huir, debía luchar. ¡¿Pero cómo?! Podía sentir, como si aquello fuera real, la sensación de la mano de Tom helada sobre la piel y la de Justin del otro lado, cálida como la brisa de verano. Quería ir con él, dejarse salvar por su amor. Hasta que lo entendió... No debía dejarse salvar. Debía salvarse ella misma. Cuando ese pensamiento ocupó su cabeza, los dos dejaron de tironearla. Observó a uno y a otro y ambos la miraban expectantes, atentos.

---Sola... por mí.

Ahí sí pudo hablar y su voz se hizo eco en todo el lugar. La primera mano que la soltó fue la de Justin. El vacío que sintió fue inexplicable, pero debía dejarlo ir. Debía salir de aquella pesadilla, sola.

---Sola... por mí ---repitió con un tono más contundente.

Sintió cómo su muñeca se liberaba del frío y de las tinieblas. Con Tom alejándose, se alejaba la oscuridad y el temor.

---¡Por mí! ---gritó y se despertó.

Cuando abrió los ojos, unos verdes la observaban atentos y seguían los suyos con detalle. ¿Lloraban? ¿Quién lloraba? Giró un poco la cabeza y se encontró con su mamá sollozando a su lado. Intentó sonreírle, pero no tenía fuerzas. Sentía como si sobre su cuerpo hubiese descansado un camión repleto de caliche.

---Descansa, cariño. Descansa. ---Justin le hablaba, y aunque intentó mantenerse despierta, no lo logró. Cayó de nuevo en un sueño profundo donde, en esta oportunidad, la oscuridad no tuvo lugar.

Se había descompensado y estaba algo deshidratada. La habían tenido en observación por un par de días para controlar su estado, pero nada indicaba problemas graves. Regresaron de Cabrera los tres: Justin, Marisa y Damaris, que poco había dicho durante el viaje. No había querido preguntar por Tom, aunque sí había querido saber acerca de Sean.

---No le he querido contar para no preocuparlo ---le dijo mientras acariciaba su pierna en el vehículo camino a su casa.

---Mejor ---respondió.

---Don Justin, yo no creo que sea buena idea que Damaris se quede con usted. Va a necesitar de cuidados y si usted tiene que trabajar...

---Yo la cuidaré ---expresó sin dejar lugar a ningún otro comentario al respecto.

---Mamá, voy a estar bien.

---¿Segura?

---Sí.

---Bueno, déjeme en la entrada del pueblo que cojo una guagua para la casa.

---No, no. Iremos hasta Abreu a buscar algunas cosas de Damaris, la dejamos allí y regresamos. ¿Te parece bien? ---le preguntó buscando su mirada perdida.

---Sí, claro ---respondió ella casi sin mirarlo.

---¿Te duele algo, hijita?

---No, mamá. Solo estoy un poco mareada, con mucho sueño.

---Debe ser la medicación. El doctor nos advirtió.

---Debe ser.

Damaris apoyó la cabeza en el respaldo y se quedó profundamente dormida. Despertó en la cama de Justin, con él a su lado, horas después.

---Hi! ---saludó Justin con una leve sonrisa en los labios al verla abrir los ojos.

---¿Cuánto llevo aquí?

---Unas horas. Ni siquiera notaste cuando llegamos. ¿Cómo te sientes?

---Rara.

---¿Quieres ir a ver un médico?

---No, no. Tranquilo. No es nada físico.

---No entiendo.

---Justin... Tom está aquí. ¿Lo sabes?

---Sí. Me lo ha contado tu mamá en la clínica. Y me dijo, también, que, gracias a esa noticia, te desmayaste.

---Sí. El pánico me venció. No pude controlarlo.

---Damaris, yo estoy aquí. Yo te voy a ayudar, voy a hacer que ese monstruo se aleje de nuestras vidas, para siempre.

---¡No! ---Se levantó de un golpe y se puso de pie, buscando fuerzas para decirle lo que había estado pensando y lo que aquella pesadilla le había dejado como mensaje.

---¿Qué ocurre?

---Lo haré yo. Yo lo enfrentaré, yo haré que Tom desaparezca de mi vida.

---¿Sola?

---Sí.

---Eso quiere decir que nosotros...

---No, no. ---Giró de inmediato para explicarle---. Lo que quiero decir es que necesito terminar esto sola. Yo me tengo que salvar, yo me quiero salvar. Claro que tú estarás a mi lado, sosteniendo mi mano, pero... yo quiero pelear esta batalla.

---¿Cómo? No lo entiendo.

---Mañana iré a ver a un abogado y comenzaré los trámites del divorcio. Aprovecharé su presencia en Cabrera para dejar todo terminado.

---Tú misma me dijiste que no sería fácil, que el malnacido no se alejará de ti.

---No lo hará. Pero ya encontraremos la manera de hacerlo. Me siento... fuerte.

---Dami, cariño, te noto distinta, diferente. ¿Qué cambió?

---Yo cambié. Me di cuenta de que debo dejar de correr, de huir. Debo enfrentar a Tom para poder ser feliz, de lo contrario su presencia, su nombre, me perseguirá para siempre. Nos perseguirá para siempre.

---Dami...

---Necesito, escúchame bien, necesito poner punto final a esta historia horrible de mi vida. Una historia donde la soledad fue la peor consejera, donde busqué en los brazos de Tom algo que me permitiera sentir que aún podía ser amada, querida. Y me confundió su actitud, su paciencia. No quise ver la clase de hombre que era, y ahora, me toca pagarlo.

---No fue tu culpa...

---Sí. Pero está bien, ¿sabes? Ya me he perdonado por eso. Ya pasó. Ahora toca seguir adelante y dejar ese pasado bien atrás. De la única manera que lo voy a lograr es enfrentándolo. Justin... ¡Prométeme que te quedarás a mi lado!

---Mi amor, siempre... Aquí estoy, a tu lado. Ya te lo he dicho. Jamás volveré a dejarte, jamás. Porque, aunque quisiera, no podría. No podría vivir sin ti nunca, nunca más.

---¡Gracias! ---Ella se sentó en la cama y él la cubrió con sus brazos.

---Eres muy fuerte, cariño. Te admiro.

---Soy fuerte porque tú estás a mi lado. ¡Te amo!

## Capítulo 24

### Estocada final

*Todas las batallas de la vida sirven para enseñarnos algo,  
inclusive aquellas que perdemos.*

Paulo Coelho

Justin no la dejó salir de la casa durante los días que siguieron. La obligó a permanecer allí, descansando, relajándose. Aunque ella quería ir a ver al abogado y comenzar con el litigio inmediatamente, él la convenció a que esperara para sobreponerse del todo. Mientras, organizaban comidas, juegos y pijamadas con Sean. Lorna, de a poco, se mostraba un poco más agradable y dejaba que su hijo pasara largas horas con Damaris. De lejos se notaba cuánto se querían los dos. Apenas supo que ella había estado enferma, quiso ir a visitarla de inmediato y hubo que convencerlo en varias oportunidades para que volviera a la casa con su mamá.

Cuando Damaris por fin se sintió repuesta, le pidió a Justin que la acompañara al estudio de uno de los abogados más importantes de la zona; Julio García. Se acercaron a la oficina y pidieron una cita urgente. Afortunadamente, ese jueves, el hombre se encontraba en Cabrera y tenía libre unos minutos durante la tarde. Así fue que después de almorzar con Sean y dejarlo en casa de su mamá, llegaron al lugar dispuestos a solucionar el problema con Tom.

Julio era un hombre alto, fornido y con una sonrisa igual de franca que Justin. Damaris, experta en sonrisas, había aprendido a discernir las sinceras de las falsas. Solo se había equivocado una vez y esa había bastado para arruinarle la vida. En fin, Damaris tomó la palabra y explicó cuál era el motivo de su visita y en qué situación se encontraba con su esposo.

---Quiero divorciarme de él lo más rápido posible ---pidió desesperada.

---Entiendo. Y por lo que me cuenta, la relación es muy mala. No cabe la posibilidad de alguna conciliación o entendimiento de las partes para poder llevar esto lo más tranquilo posible.

---Para nada. Estoy segura de que él hará lo imposible por detener el proceso.

---Señorita... quiero que me sea lo más honesta y franca posible. ¿Cuál fue el motivo de la separación? Porque usted me cuenta que se fueron de aquí hacia Argentina y que, hasta ese momento, todo iba bien entre ustedes. Se casaron de común acuerdo... ¿Qué ocurrió en el medio?

---La golpeó ---acotó por primera vez Justin.

---¿Cómo dijo? ---preguntó el abogado sorprendido ante la interrupción. Alternaba la mirada entre ella y él.

---Que la golpeó. La basura esa le pegó.

---¿Es verdad? ---dirigiéndose a Damaris.

---Sí. Por eso me fui de la casa a vivir con una amiga allí en Buenos Aires.

---Esto cambia un poco las cosas. ---Anotó algo en una agenda y animó a Damaris a continuar-

--. ¿Qué ocurrió? Entienda que necesito saber todo lo que pasó entre ustedes. Si es como dicen, que el hombre intentará detenernos, debemos estar preparados. Tengo que tener total conocimiento de su relación y de cómo se sucedieron las cosas. Fechas... todo.

---Bien. Al principio, la relación fue buena, como le dije. Pero, cuando llegamos a Argentina, todo cambió. Él comenzó a estar más pendiente de mí, de lo que hacía. Quería saber dónde estaba cuando él trabajaba. Se molestaba cuando salía a comprar sola o a pasear. Se convirtió, de un tiempo a otro, en un hombre posesivo, celoso.

---¿De cuánto tiempo estaríamos hablando?

---Pasamos cuatro años así. Con las escenas de celos, los llamados... Y después...

---¿Después?

---En los últimos dos años todo empeoró. Las agresiones comenzaron a ser más seguidas...

---¿Le pegaba?

---No. No. Solo se enojaba, arrojaba cosas... desaparecía de la casa. Me trataba muy mal. Ahí decidí que debía buscar una salida. Comencé a buscar trabajo.

---Ajá...

---Eso lo puso histérico. No quería que trabajara. La tarde en que se enteró que había salido a dejar currículos, me encerró en la casa por un par de días.

---¡Por Dios! ---Justin se puso de pie y se refregaba la cara con insistencia. Estaba a punto de explotar.

---Señor...

---Disculpen. ¿Les molesta si salgo un momento? Necesito tomar algo.

---Espere. Ya le pido a mi secretaria. ¿Qué desean?

---Un vaso de agua, por favor ---rogó Justin.

---Un café está bien, para mí ---agregó Damaris.

---Dialí, cariño... ¿Nos traes un vaso de agua y dos cafés, por favor? ---Pidió por el intercomunicador---. Continúe, por favor.

---Bien. Cuando por fin se calmó, lo enfrenté. Discutimos mucho hasta que entendió, o al menos eso creí, que necesitaba salir de esa cárcel. Accedió a que trabajara, pero con la condición de que él sería quien me llevara y me devolviera a casa. Dos años así.

---¿Cómo aguantó tanto?

---No lo sé. Estaba lejos, sola... Tom era todo lo que tenía hasta que... ---Recordar esa última pelea la entristeció. ¡Vamos! Había que aplastar a ese monstruo de una buena vez---. Una noche discutimos porque él estaba celoso de un compañero de trabajo. Me dijo muchas cosas horribles y yo le pegué una cachetada. Él se enervó más y me devolvió el golpe. Me partió la boca y me hizo sangrar la nariz. Así, como estaba, tomé mi cartera y salí de ahí para nunca más volver.

---¿Y él?

---Él estaba tan conmocionado, creo, que no hizo nada para detenerme. Se quedó parado en la habitación sin decir una palabra. Me dejó ir.

---¿No intentó buscarla?

---Sí, claro. Pero no se lo permití. Después de aquel golpe, entendí que nada tenía que hacer a su lado. Que me había equivocado con él y que había permitido que un monstruo... ---el nudo en su garganta se volvía cada vez más duro--- entrara en mi vida. Doctor, quiero terminar con este infierno.

---Bien, señorita. Lo siento mucho. En verdad. De mi parte, haré todo lo que esté en mis manos para acabar con ese matrimonio. Disculpe la pregunta y sé que podrá sonar algo incómodo.

---Pregunte, doctor.

---Ustedes dos están juntos, ¿verdad? ¿Son pareja?

---Sí ---respondió Justin sin pensarlo demasiado.

---Me pareció, sí. Bueno... quiero que sepan que sí el señor... ¿Cómo me dijo que era su apellido?

---Miller.

---Si el señor Miller recolecta pruebas de que usted está teniendo una relación con él, la perjudicada sería usted, Damaris. Entonces, les aconsejo que, en público, se abstengan de demostraciones de afecto. ¿Me explico? Aunque sea hasta que la causa esté sobre ruedas.

---Perfecto, doctor. ¿Cuáles son los pasos a seguir?

Conversaron unos minutos más acerca de los papeles, de los trámites y de los movimientos que debían hacer. Salieron de la oficina más tranquilos y con la esperanza de que, por fin, la pesadilla llegaba a su final. Damaris le pidió a Justin que la llevara a su casa para ver a sus hermanos y a su mamá y él así lo hizo. En el camino, ninguno de los dos habló demasiado. Él iba recordando los detalles que había dado Damaris sobre la relación con Tom, y ella pensaba en que, una vez que su esposo se enterara de sus intenciones de divorciarse, el infierno ardería sobre todos ellos. Debía estar preparada.

---No, no. Tú te vienes conmigo esta noche. No pienso dejarte sola aquí sabiendo que ese loco anda suelto por la zona. No ha aparecido, no lo he visto y me preocupa.

---No estaré sola, Justin. Mi madre, mis hermanos están aquí. Por favor, ve tranquilo.

---Damaris. Déjame explicarte algo. Yo no quiero pasar ni una sola noche lejos de ti. No más. Quiero que te duermas a mi lado cada día, que despiertes en mi cama, ahora... nuestra cama. Quiero ser yo quien te cuide, que te proteja. ¡Déjame hacerlo!

---Y yo necesito estar con mi familia hoy, Justin. Entiéndeme, por favor. Llevo una semana en tu casa... déjame organizar mis cosas aquí, prepararé un bolso con algo de ropa, y mañana regresaré contigo. ¿Puede ser?

---Ay, Damaris...

---Ve, cariño. Sé que tienes muchas cosas que hacer. Ve.

---Cenaremos juntos hoy. Aquí estaré esta noche.

---Justin...

---No me vas a negar la cena. ¿O sí?

---Está bien. Ve... te esperamos a cenar. ¡Adiós! ---Se acercó a darle un beso, pero se detuvo enseguida---. Debemos cuidarnos, amor. ---Apoyó sus dedos sobre los labios y luego, los posó sobre los labios de él.

---Sí. Tienes razón. ---Justin encendió el carro y arrojó un beso al aire al salir.

Estar con su madre, compartir con su madrina y pasar la tarde con su hermano la ayudó para no pensar en lo que vendría. Habló con Jimena, a quien le contó sobre las novedades del caso, y escucharla también la tranquilizó. Estaba haciendo las cosas bien y se convenció de que aquello era lo que debía hacer para comenzar una nueva vida. ¿Y luego? ¿Qué pasaría luego? Si bien el tema de Tom era su problema más grande y latente, el futuro le preocupaba y mucho. Debía decidir si apostar a una vida con Justin en su país o regresar a la vida que tenía en Buenos Aires. Una sola certeza la acompañaba y era que ya no deseaba hacer las cosas por consecuencia de lo que hacían los demás, sino por ella misma.

¿Qué quería ella? Quería estar con Justin.

¿Dónde? Definitivamente no en Cabrera.

Sentía que en Argentina había construido su personalidad, que había hecho una vida propia. Aquí en el pueblo, era la hija de Marisa, la hermana de Juan, la amante del extranjero. ¿Quería eso? ¿Podría aguantarlo?

---Está todo listo. ---Margarita salió afuera y se sentó a su lado en la galería.

---Gracias por cocinar, madrina. Justin amará tu mofongo[26]. Estoy segura.

---Un placer, mi vida. Esta noche debemos celebrar.

---Ah, ¿sí?

---Sí. Hoy es el comienzo de un nuevo camino para usted, mi niña. Puedo sentirlo. Y los cambios en la vida son muy buenos.

---Dios la oiga. Porque...

---¿Por qué?

---Todo se ve muy confuso, realmente.

---¿Con Justin?

---No, con él no. Conmigo. Yo... tengo mucho para decidir.

---¿Se quiere ir de aquí?

---Sí, pero...

---No quiere dejarlo.

---No.

---Debe decírselo. Quizás...

---Su hijo está aquí. No lo dejará, lo sé. Y tampoco se lo pediría. Jamás lo pondría en esa encrucijada.

---Háblelo con él. Explíquele.

Conversaban sobre aquello cuando vieron una jeepeta bajar la velocidad en la carretera y doblar hacia la casa de Damaris. Estacionó justo delante de ellas. Las dos mujeres se pusieron de

pie y esperaron con paciencia a que la puerta del vehículo se abriera. Antes de que el conductor se asomara, Damaris ya sabía de quién se trataba. Podía sentirlo. Sus piernas comenzaron a temblar cuando la cabeza del hombre se dio a conocer. Margarita tomó la mano de su ahijada para inspirarle fuerzas. Ninguna de las dos se movió. Lo siguieron con la mirada mientras él se bajaba y se dirigía hacia ellas.

---Hola.

---¿Qué haces aquí, Tom?

---¿Aquí donde? ¿En República Dominicana o en tu casa?

---Las dos cosas.

---Vine a ver a mi mujer.

Damaris lo observó con precisión. Había aprendido a conocer sus gestos, sus movimientos. Aunque intentaba interpretar su rostro y su mirada, no podía hacerlo en esta oportunidad. No había nada en su cuerpo, en su energía, que le diera una pista de su estado de ánimo, y eso la asustó. Porque antes, cuando sabía lo que venía, estaba preparada para soportar la embestida. Sabía cómo deshacerse de él y desenvolverse de la red venenosa que él lanzaba cada vez que estaba enojado, celoso, molesto. Esta vez... nada. Apretó un poco más los dedos de su madrina.

---Váyase, por favor ---intervino Margarita que no le soltaba la mano a Damaris.

---No me iré hasta no hablar con ella.

---Habla. Estoy aquí.

---No, cariño. Solos. Tú y yo. No tengo interés de que nadie escuche nuestras miserias o de hacer un espectáculo.

---No, Tom. Yo contigo no iré a ningún lado.

---Está bien. Nos quedaremos aquí, no nos iremos. ¿Puedes subir a la jeepeta para hablar más tranquilos?

---No. Caminaremos por aquí.

---Está bien.

Damaris le soltó la mano a su madrina y, decidida, avanzó hasta él. Continuó su trayecto sin darse vuelta para ver si él venía detrás, hasta la salida del solar.

---¿Vienes? ---preguntó sin girar.

---Sí.

Una vez que dejaron atrás la casa de Damaris, Tom se detuvo y la obligó a detenerse también. Se miraron en lo más profundo del otro. Damaris pudo ver la tormenta que se desataba dentro de sus ojos marrones, y él palpó con la mirada la tensión y el miedo que le producía su cercanía.

---Me temes.

---Como jamás le he temido a nada.

---Damaris... ---Intentó acercarse, pero ella se alejó---. Yo te amé. Te amé tanto que... enloquecí. Enloquecí de celos.

---Cuando se ama no se hiere de la manera en tú lo hiciste conmigo. Yo confié en ti. Y...

---Yo lo siento mucho.

---No te creo, Tom. No puedo creerte. Siempre, cada vez que me lastimaste, pediste perdón y volviste a hacer lo mismo. Una y otra vez.

---Sí, lo sé.

---¿Qué quieres?

---Quiero hacer las paces contigo. Quiero que entiendas que en verdad estoy arrepentido. Que desde que te fuiste de casa he estado intentando ser mejor, cambiar.

---Dudo que lo hayas logrado.

---No es fácil, no. Y he caído muchas veces, pero estoy aquí para demostrarte con hechos que en verdad quiero ser otro hombre.

---¿Cómo?

---Te daré el divorcio.

---¿Qué? ---Damaris no podía creer lo que oía. ¿Estaba soñando? Se llevó la mano al antebrazo y se pellizcó para cerciorarse de que en verdad estaban teniendo aquella conversación.

---Lo que oyes. Esta tarde dejé los papeles firmados en la oficina de tu abogado. Me extraña que no te haya llamado.

---No lo puedo creer.

---Pues créelo. Ya nada te ata a mí, ni a nuestro pasado. Sé que fuiste muy infeliz a mi lado y te pido perdón por eso. No supe cómo retenerte.

---No hacía falta retenerme. Nunca entendiste que ya me tenías.

---No. Te equivocas. Jamás te tuve. Lo supe desde el primer día. Siempre fuiste de él.

Damaris agachó la cabeza con las lágrimas a punto de brotar. ¿Era verdad? ¿Tom había cambiado?

---Sí que has cambiado.

---No. Aún me queda mucho camino. Pero... este es el primer paso. No me hace bien estar cerca de ti y, claramente, yo no te hago bien a ti tampoco. Nos equivocamos, Damaris. Jamás debimos casarnos. Jamás.

---Tienes razón.

---Acércate mañana al estudio del doctor García y allí encontrarás todo lo que necesitas.

---Gracias.

---¡Adiós, Damaris! ---Tom comenzó a caminar de regreso cuando ella lo llamó.

---Tom...

---¿Sí?

---Cuídate.

---Tú también.

Aquella había sido la estocada final de la batalla. Aunque nadie, gracias a Dios, había salido herido de muerte. Al contrario.

## Capítulo 25

### Elegir

*Que tus elecciones reflejen tus esperanzas y no tus miedos.*

Nelson Mandela

**R**egresó temblando a su casa. Cuando Margarita la vio, salió a su encuentro pensando que Tom le había hecho daño. Al acercarse, notó las lágrimas cayendo a lo largo de sus mejillas y lo primero que hizo fue abrazarla.

---¿Qué tienes, cariño? ¿Qué te ha hecho?

Damaris no podía hablar, no podía siquiera explicar lo que le ocurría. Estaba tan... tan... feliz, que era incapaz de poner en palabras lo que sentía. Solamente lloraba. Lloraba porque por fin había dejado atrás las malas decisiones, los malos entendidos, la necesidad de estar con alguien para no sentirse sola. Lloraba porque era la primera vez en su vida que no divisaba problemas delante de sí. Lloraba porque de esa manera lavaba la pena, la tristeza, las cicatrices, los dolores, el tiempo.

---Niña. ¡Háblame! ¡Marisa! ---gritó Margarita desesperada cuando Damaris se arrodilló en el piso y agachó la cabeza.

Entregada, redimida, nueva, entera. Así se sentía. Se apegó al piso para sentir la tierra, para agradecerle a Dios la nueva posibilidad que le estaba regalando. Diminuta, pequeña ante la inmensidad del todopoderoso que por fin se había decidido a tenderle la mano a ella. A una simple muchacha que se había pasado la vida envuelta en lágrimas.

---¿Qué pasó? ---preguntó su madre al tiempo que se arrodillaba junto a su hija en busca de algún golpe, alguna herida---. ¿Te lastimó? ¿Qué te hizo? ¡Damaris! Háblanos.

---Mamá... ---Levantó los brazos y se acurrucó contra su pecho.

---Dímelo, dime que te hizo.

---Me dio el divorcio ---expresó Damaris entre sollozos.

---¿Cómo?

---Que Tom me dio el divorcio. Se fue. Se fue para siempre, mamá.

---¡Dios mío! ---Ya comprendía las lágrimas de su hija. No lloraba de tristeza, sino todo lo contrario.

---Se terminó, cariño ---le dijo Margarita mientras acariciaba su cabello---. Te dije que esta noche tendríamos motivos para celebrar.

---No puedo creerlo. Soy libre, mamá. Soy libre.

---¡Sí! Hay que agradecerle a Dios que oyó nuestros pedidos.

Se pusieron de pie y entraron a la casa sonriendo. Miguel poco entendió de las caras que traían las mujeres, pero así y todo se alegró de ver a su madre y a su hermana felices. Margarita y

Marisa terminaron de armar la mesa, y Damaris se encerró en la habitación para corroborar la información que le había dado Tom. Envío un mensaje al número de teléfono que había anotado de la secretaria del abogado y le preguntó por las novedades. Al cabo de unos minutos, le respondieron que, efectivamente, Tom Miller había pasado por la oficina y había firmado todo. En un tiempo razonable saldría la sentencia del divorcio y ella sería libre para siempre.

---Jime.

---¡Dami! ¿Cómo estás? ¿Cómo te fue? Me tenés abandonada.

---Lo sé. Es que aquí... no dejan de ocurrir cosas. ¡Ni te imaginas!

---¿Y ahora?

---¿Estás sentada?

---No, ¿por?

---Pues, siéntate. Porque la noticia que te daré te provocará un desmayo.

---Hablá de una vez, che.

---Tom está aquí.

---¿En República Dominicana?

---Sí.

---¡Damaris! Cuidate. Ese tipo está loco.

---Acabo de hablar con él. Vino a verme a mi casa y... nos divorciamos.

---¿¡Qué!?

---Lo que oyes. Me dijo que estaba arrepentido, me pidió perdón, me dijo que lo primero que debía hacer era dejarme ir. Me firmó los papeles, Jime.

---¡No lo puedo creer! ¡Qué felicidad tan grande!

---Imagínate. Aún estoy llorando de la emoción. No puedo creerlo.

---¡Viste! Te dije que ibas a encontrar la felicidad. ¿Te lo dije o no?

---Todo se veía tan negro aquel día.

---Sí, Dios aprieta, pero no ahorca, mamita. Ahora es tu momento. ¿Qué vas a hacer?

---Esa es la pregunta del millón. Aún no lo sé.

---Pero es que... ¿acaso no estás bien con Justin? Ya sos libre de estar con quien quieras y me supongo que el yanqui es el elegido, ¿o no?

---Estamos muy bien, pero...

---Pero ¿qué? Deja de ponerte palos en la rueda, amiga.

---No quiero quedarme aquí, Jime. Este pueblo, la gente... me siento ahogada, no me siento yo.

---Y váyanse de ahí. Quizás California, de donde es él. O algún otro país. A mí me encantaría que volvieras, Dami. ¿Qué piensa Justin?

---Aún no le he hablado de lo que me pasa. Tú sabes que él tiene a Sean y yo no quiero condicionarlo ni pedirle que lo abandone.

---¿Abandone? ¿Quién está hablando de abandonar? Que se vaya a vivir con vos a otro lado no significa abandonarlo. Quizás se vean menos, sí, pero va a seguir siendo su papá.

---No se lo pediría nunca.

---¿Entonces qué? Te vas a quedar en ese lugar por él. ¿Y vos?

---En esa pelea estoy ahorita. No sé qué hacer.

---Para mí, primero deberías hablar con él. Contarle lo que pensás, lo que sentís en ese lugar. Quizás él tenga una mejor solución.

---No lo sé.

---Bueno, vos sabrás. Lo único que te digo es que no desaproveches este momento que es tuyo, para vos. Es una oportunidad única para dejar de lado el pasado, los miedos e ir por todo. ¡Anda por todo, amiga! ¡Es tu momento!

Colgó con Jimena y decidió tomar un baño. Mientras dejaba que el agua corriera por su cuerpo pensaba en que, hace tan solo unas semanas, había regresado a su tierra natal para curarse y sanar por dentro. Había encontrado no solo paz y tranquilidad, sino la esperanza de volver a ser feliz junto al hombre a quien amó toda su vida. El destino, Dios, el Universo le daba una nueva chance para rearmar su camino y ser feliz. Allí estaba Sean que volvía sus días más coloridos y lo amaba como si él fuera sangre de su sangre. Ella tampoco quería dejarlo.

¿Verlo menos? Eso sí que era impensable.

¿Tenerlo tan lejos? No estaba tan segura.

Aquel castigo no caería solo sobre Justin, sino que ella también sufriría con la distancia.

Caminó del baño a la habitación, cerró la puerta y se sentó sobre la cama envuelta en la toalla y en sus pensamientos. Debía elegir. Quedarse con Justin en ese lugar tan lejano a ella, a sus intereses o... mudarse a Argentina, regresar a su antiguo trabajo y retomar aquella vida independiente y libre, pero a la vez, solitaria. ¿Qué hacer?

---Dami... ---Juan la llamaba desde afuera.

---¿Sí?

---Justin está aquí.

---Okey. Ya salgo.

Salió y se encontró con una imagen inesperada pero perfecta. En la mesa se encontraban Marisa y Margarita, sirviendo la comida y las bebidas. Juan conversaba con Justin y Miguel le mostraba un juego a Sean que observaba la pantalla maravillado. Esa era su familia. Aquellos eran los seres más importantes para ella. Abandonarlos... ¿Era una posibilidad?

---Permiso... ---Una voz que la sorprendió a sus espaldas la asustó.

---*Babe*... ---En un segundo Justin estuvo a su lado para explicarle---. Invité a Lorna. Espero que no te moleste. Yo quiero que ella sea parte de nuestra familia. ¿Está bien?

No pudo responder nada porque se detuvo en la palabra familia. ¿Familia había dicho? Era exactamente lo que ella estaba pensando al verlos allí, todos juntos, unidos. Y Lorna... Y Lorna también podría ser parte de ese grupo maravilloso, de seres de luz, de amor, que ella tanto adoraba. Porque, al fin y al cabo, ella le había dado el mejor de los regalos; Sean.

---¡Mami! ---gritó Sean y se movió de su lugar para ofrecérselo a su madre---. Siéntate aquí.

Lorna, un poco incomoda, se acercó a la silla y, antes de sentarse donde su hijo le había marcado, miró a Damaris y le sonrió. En ese mismo momento supo que a partir de ese día, la familia se agrandaría. Y que ella sería incapaz de alejarse de todos ellos.

---No hay problema, mi amor ---le respondió a Justin que la observaba a la espera de algún comentario.

No hizo falta hablar con Justin sobre sus dudas o sus miedos, no. Esa noche, Damaris eligió.

## Capítulo 26

### Cuando sonrías

*Y es que el amor no necesita ser comprendido, simplemente necesita ser demostrado.*

Paulo Coelho

Dejaron a Lorna y a Sean bien entrada la noche. Habían comido, bebido café, jugado dominó y reído como hacía mucho tiempo no lo hacían. Damaris conoció un poco más acerca de la vida de la mujer y, a través de sus palabras y sus modos, supo entenderla y comprender lo difícil que había sido para ella seguir adelante con su embarazo estando tan sola. La llegada de Justin en su vida había sido milagrosa y gracias a él, su camino había tomado otro rumbo. En sus ojos no descubrió amor hacia él, sino agradecimiento, un profundo agradecimiento.

Sean se quedó dormido en los brazos de Damaris, mientras los grandes seguían compartiendo experiencias y anécdotas. Justin habló de su pasado en California y todos quisieron saber por qué había elegido permanecer en la República Dominicana cuando en los Estados Unidos podría tener una vida mejor y vivir de los negocios de su padre. Él explicó que no tenía necesidad de permanecer allí, que su papá tenía buenos socios y accionistas que llevaban adelante la empresa. Que él había pedido solamente manejar las inversiones en el Caribe y que con eso le alcanzaba y, lo más importante, era feliz.

---Entendí que no necesito mucho para vivir. Que no es el dinero lo que me llena ---dijo, y posó los ojos primero en Damaris y luego en Sean, quien dormía en brazos de ella---. Encontré aquí lo que más quería.

---¿Y no piensa volver? ---preguntó Margarita.

---De vacaciones. Me encantaría llevar a Sean a Disney World.

---¡Y a mí! ---agregó Damaris divertida.

---No pensaba dejarte, cariño. Y a Lorna, tampoco.

---Sería fabuloso, Justin. Pero mis vacaciones están complicadas, tú sabes ---acotó la mujer.

---Bueno, eso lo veremos.

Continuaron la conversación en paz y armonía. Damaris habló de Buenos Aires y de las ganas de ir a visitar a sus amigos. Lorna le preguntó, abiertamente, si ya había decidido quedarse en Cabrera o regresar a Argentina, a lo que ella respondió:

---Me quedaré. ---Y miró directamente a Justin.

La sonrisa que se instaló en el rostro de él no pudo ser borrada durante lo que quedó de la cena. Aún la llevaba marcada en el rostro cuando salieron de la casa de Lorna y de Sean y se dirigieron al malecón.

---¿Dónde vamos? ---preguntó por preguntar porque ya sabía a dónde se dirigían.

---A mi lugar favorito. ---Estiró la mano, tomó la de Damaris y la besó con ternura.

Llegaron con la noche cayéndose sobre sus cabezas, las estrellas dibujaban constelaciones en el cielo y, a lo lejos, el horizonte se volvía uno con el mar. No había viento, a lo que las olas se balanceaban tranquilas y apenas golpeaban sobre la faralla. Se acomodaron en uno de los bancos y se abrazaron para compartir ese paisaje juntos, bien juntos.

---Este malecón me lo dio todo ---dijo Justin con un tono muy bajo, como hablando para sí mismo.

---¿Cómo dices, amor?

---Que este malecón me lo dio todo ---repetió---. Aquí vinimos juntos ocho años atrás, te besé y supe cómo sabía el amor verdadero. Un amor que no supo de tiempos, de distancias. Que jamás se borró de mí. Que, cuando apenas te vi en el parque aquella noche, resurgió como una llamarada que esperaba a arder ante tu presencia. Un amor paciente, inocente. Me fue imposible sacarte, arrancarte de mí. Aunque lo intenté, no lo logré.

---Ni yo. Aun estando tan lejos y junto a Tom, mi corazón estuvo siempre aquí. ---Ella se acomodó de costado en el asiento para tenerlo de frente y acarició su pecho con suavidad.

---Me hiciste mucha falta.

---Y tú a mí. ---Se acercó y lo besó con delicadeza; como si aquel fuera un beso entre el cielo y las nubes, suave... muy suave.

---Este malecón me regaló a Lorna, y ella, a Sean. Ellos dos me salvaron, me devolvieron a la vida y guiaron mi camino. Ahora entiendo que Dios los envió para que yo no me moviera de aquí y esperara tu regreso. Este malecón me regaló un hijo y la posibilidad de formar una familia. No como yo la había soñado, no. Muy diferente. Pero... hermosa de todas maneras.

---Me enorgulleces como padre, como hombre, como amigo. Sean y Lorna son muy afortunados de tenerte.

---Y yo a ellos, ¿sabes? Y luego... cuando pensaba que ya debía acostumbrarme a vivir sin ti, este malecón te trajo de vuelta.

---Pensé que me moría el día en que te vi con ellos. Creí que te había perdido para siempre.

---Jamás me perdiste. Jamás. Por eso, este siempre será un lugar especial para mí. Mi favorito.

---Te amo, Justin. ---Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y allí permaneció, observando el mar, las estrellas.

---Gracias por quedarte, Damaris. Yo sé que no ha sido una decisión fácil para ti. Que este lugar, este pueblo, guarda recuerdos muy dolorosos.

---Sí, es cierto. Pero esta noche descubrí que no todo es tristeza y melancolía. Que aquí están las personas que más amo y que me hacen feliz. Sí, dudé. Creí que mi vida había quedado en Buenos Aires, en ese restaurante. Pero no. Hoy cuando los vi a todos en esa mesa, juntos, riendo, compartiendo, no me imaginé lejos. No quise perderme esos momentos. No quise alejarme de Sean...

---¿Y de mí?

---Menos. No podría hacerlo. Ya no soportaría perderte de nuevo, Justin. Ya no.

---Me sorprendió mucho la actitud de Tom. No pensé que...

---Yo tampoco. Fue una gran sorpresa. Una hermosa sorpresa.

---Sí.

Estiró los brazos hacia atrás y se apoyó en el borde del banco. Damaris se recostó sobre sus piernas a contemplar la inmensidad. Se mantuvieron en silencio por unos cuantos minutos. A ninguno de los dos le molestaba estarlo, al contrario, disfrutaban mucho de esos momentos en los que no hacían falta las palabras entre los dos.

---¿Duermes?

---No. Observo las estrellas. Hay una que siempre me cuida, ¿sabes?

---Tu hermano.

---Así es.

---Lo siento mucho.

---Al principio pensé que su muerte había sido el comienzo de un sinfín de problemas y tristezas. Y créeme que con todo lo que ha pasado, es difícil no pensarlo. Pero... ahora, aquí contigo, entiendo que debía pasar por todo lo que pasé. Que hoy soy más fuerte que ayer, que esa muchachita que conociste en el bar y que... ---Volvió a sentarse para enfrentarlo---. Cayó rendida ante tu sonrisa.

---Oh, ¡no de nuevo!

---¿Por qué?

---Siempre estás hablando de mi sonrisa.

---Es que... es hermosa. Ya te lo he dicho. Y eso, justamente eso, fue lo que me enamoró de ti. Nunca dejes de hacerlo, Justin. Tu sonrisa ilumina mi alma.

---No lo haré si te quedas a mi lado. Porque ya te lo he dicho, mi sonrisa se debe a ti. Es la expresión de mi alma, de mi corazón. Porque cuando sonrío... te estoy diciendo que te amo, que eres mi mundo, mis estrellas, mis palmeras, mi malecón... Mi todo.

Damaris, emocionada, volvió a su posición. Allí permanecieron por una hora más, intercambiando palabras profundas, miradas dulces y sonrisas, las primeras de tantas que la vida les tendría preparadas.

## Epílogo

*T* tiempo después.

---Vamos, vamos. ¡Vamos a llegar tarde!

---¡Justin! ¡Cálmate! ---exclamó Lorna con cara de sueño.

Eran las cuatro de la mañana y se preparaban para viajar a Santo Domingo y de allí a Buenos Aires. Damaris, Justin y Sean visitarían a Jimena en la capital porteña por unos días y luego irían a Bariloche a conocer la nieve.

---¿Ya nos vamos, papá?

---*Yes, buddy. Are you ready?*

---¡Sí!

---Damaris... ---Lorna se acercó a ella que esperaba pacientemente junto al carro---. En la mochila de Sean está su pasaporte y su identificación. Ya se lo dije a Justin, pero... está un poco nervioso.

---Sí, lo sé. Casi no durmió.

---Me compadezco de ti, cariño ---bromeó.

---Apenas lleguemos a Santo Domingo te avisaremos.

---Sean está feliz. Gracias por llevarlo.

---Sabes que es un placer para mí tenerlo con nosotros. Es un ángel.

---¡Bueno! ¡Vámonos! Despídanse y arriba ---exclamó Justin mientras acomodaba la pequeña valija de su hijo en el asiento de atrás.

---Nos vemos en unas semanas, Lorna.

---Adiós, Dami. Cuídense y envíenme muchas, muchas fotografías.

---¡Adiós, mami! ---Sean se colgó del cuello de su madre y le estampó un beso en la mejilla.

---Hazle caso a *daddy* y a Dami, ¿okey?

---Sí.

---Disfruta mucho. Ve, ve...

---Lorna. Te llamaremos todo el tiempo. *Don't worry.*

---No me preocupó. Sé que está en buenas manos. Las mejores. Lo voy a extrañar, nada más.

---Lo sé. Bueno... nos vamos. ¡Adiós!

---*Bye.*

Llegaron a Buenos Aires bien entrada la noche. Sean no alcanzó a ver mucho porque, apenas subió al taxi, se quedó profundamente dormido. Había estado demasiado ansioso y no había descansado nada durante el viaje. Todo era emoción y alegría. Llegaron al hotel, acostaron a Sean y llamaron a Lorna para dejarle saber que estaban bien y ya hospedados. Cenaron un sándwich en la habitación y se acostaron.

---¿Estás muy cansada? ---ronroneó Justin sobre el oído de Damaris.

---Depende para qué.

---Quiero que Sean tenga un hermano o una hermana, ¿sabes? ---Acarició el hombro de ella con dulzura y depositó besos en su cuello.

---Ya me lo habías dicho, sí.

---¿Y?

---¿Y qué?

---¿Qué me dices? Tú estás terminando el curso. Ya estamos establecidos, tranquilos... ---Él se acomodó sobre ella y comenzó a besarla en la nariz, en los ojos.

---Creo que es demasiado tarde.

---¿No quieres tener un hijo conmigo? ¿Estás muy vieja?

---¡Justin!

---¿Por qué lo dices entonces?

---Porque tengo un atraso.

---¿¡Qué!?! ---Justin se sentó en la cama con cara de susto.

---Con lo del viaje no he podido corroborarlo, pero me temo que sí.

---Pero... ¿cuándo? ¿Cómo? ---No podía creerlo.

---Ay, cariño. ¿No era eso lo que querías? ¿Por qué esa cara de preocupación?

---Es que... es que yo pensé que en nueve meses...

Damaris no se aguantó la risa y explotó en una carcajada que tuvo que sofocar por miedo a despertar a Sean.

---¡Damaris! Deja de reírte y dime si estás embarazada o no.

---Espero que cuando lo esté en verdad, te lo tomes de mejor manera.

---Entonces...

---¡Ven! Busquémosle una hermanita a Sean. ---Tironeó de él y se amaron con intensidad.

Jimena fue una excelente anfitriona. Visitaron muchos lugares y pasearon por todos lados, aún pese al frío que azotaba Buenos Aires a esa altura del año. Damaris se reunió con Victoria y con Walter, salieron juntos y recordaron las aventuras en el restaurante. Al cabo de una semana, volaron a San Carlos de Bariloche y allí sí que comenzó el sueño no solo de Sean, sino también de Damaris, quien tampoco conocía la nieve.

Entre juegos y muñecos de nieve vivieron una de las semanas más felices de sus vidas. Sean estaba radiante y les agradecía a cada momento estar allí. Damaris y Justin, tomados de la mano, lo observaban, le tomaban fotografías y lo acompañaban en cada ocurrencia. Esquiaron, bebieron chocolate caliente y se bañaron en un gran *jacuzzi* los tres, con el paisaje de las montañas nevadas de fondo.

Cuando Justin sonreía, miraba a Damaris y a su hijo con un amor tan grande que le era imposible no hacerlo.

Cuando Sean sonreía, soñaba con lo que haría al siguiente día y pensaba qué ponerle al nuevo

muñeco que construiría.

Cuando Damaris sonreía, veía su vida. Se veía pelando guandules en su casa. Se veía cogiendo la guagua para ir al colegio. Se veía ayudando en el salón y sacando a flote a su familia. Se veía en el bar junto a Miriam madurando y convirtiéndose en mujer. Se veía casada con Tom, viviendo en Buenos Aires y experimentando en carne propia que de los errores se aprende, siempre. Se veía tomada de una mano con Justin, y de la otra, Sean. Los tres juntos caminando por el malecón.

Cuando sonreía, amaba. Porque su sonrisa era el reflejo de su alma.

Fin

## Agradecimientos

Gracias a vos que llegaste hasta acá.

Gracias por elegir esta historia.

Gracias por quedarte conmigo hasta el final.

Gracias... totales.

Eri.

Si te ha gustado  
*Cuando sonríes*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Te amaré por siempre*  
de Indhira Jacobo



En medio del dolor

*No existe amor en paz. Siempre viene acompañado de agonías,  
éxtasis, alegrías intensas y tristezas profundas.*

Paulo Coelho

Arrastrando los pies, llego a mi casa. Me duele la cabeza y siento el cuerpo pesado. Una vez más agradezco a la virgencita que no hay nadie, mi hermano no ha llegado del trabajo, confirmo la

hora y me doy cuenta de que tengo tiempo para ducharme y acostarme a dormir. No quiero tener que enfrentarme a un interrogatorio, por lo menos no hoy.

Necesito una aspirina con urgencia, ¡mierda! Ni siquiera sé si puedo tomar una maldita aspirina.

Al llegar al baño, me miro en el espejo, estoy pálida, tengo los ojos rojos e hinchados. No me reconozco y no me gusta mi reflejo.

Siempre he sido amante de los baños después de un día agotador, para relajarme, hoy tengo ganas de tomar una ducha rápida que acabe con todo.

«Como si una ducha hará desaparecer este dolor que siento».

Porque no solo me duele el cuerpo, sino que también me duele el alma.

Me desvisto y me meto debajo del chorro de agua caliente, y nuevamente las lágrimas me asaltan. Quiero parar de llorar, pero las lágrimas siguen cayendo, parece como si tuvieran vida propia.

«Se casó».

«Fue algo de último momento», dijo.

---Último momento, ¡una mierda! ---grito---. Te casaste porque quisiste. Preferiste escogerla a ella y destrozarme la vida a mí.

Varios sollozos se escapan de mi boca y las fuerzas me abandonan. Poco a poco me deslizo contra las baldosas y me dejo caer en el piso de la bañera.

Encojo mis piernas, las rodeo con mis brazos y escondo mi cabeza entre las rodillas.

Me quedo bajo el chorro de agua caliente pensando en todo lo que ha pasado en estos últimos meses. En cómo ha cambiado mi vida. Yo, que siempre fui una persona precavida, inteligente, que intentaba evitar cualquier tipo de problemas.

No entiendo cómo me metí en algo que no iba a poder manejar. Sabía que estaba mal, pero no supe detenerme a tiempo. Mi cabeza siempre supo que él no la dejaría, pero mi corazón escogió creer. Puede que sea la romántica que llevo dentro que pensó que se quedaría conmigo como en las telenovelas o en los cuentos de hadas.

¿Quién en su sano juicio iba a dejar a una rica heredera que le permita entrar en la crema y nata de la sociedad italiana? Nadie, y mucho menos para estar con una simple empleada que apenas está comenzando en el mundo.

Salgo de la ducha cuando ya se ha acabado el agua caliente y tengo las manos arrugadas, me pongo el pijama, me meto en la cama y vuelvo a llorar. Lo último que recuerdo antes de caer rendida es que mi vida es una mierda y que soy la persona más infeliz en la faz de la tierra.

---¡Hey! ---Escucho que alguien me llama mientras me dan palmaditas en el hombro. Abro los ojos y me encuentro con la mirada de preocupación de Alex, la misma que me ha lanzado en los últimos días cada vez que nos vemos---. Despierta, dormilona.

---¡Hola! ---lo saludo con la voz ronca. Tengo la garganta reseca---. ¿Hace cuánto que estás en casa?

---Hace una hora más o menos. Solo he venido a bañarme y por un poco de ropa, este fin de semana me quedo con Michelle y no quería marcharme sin hablar contigo ---me dice mientras me incorporo. Miro por la ventana de mi cuarto y ya ha oscurecido.

---¿Qué hora es?

---Son pasadas las ocho.

---¿Qué ocurre?

---Nada, solo que casi no te veo y quería saber cómo van tus cosas ---se interesa al mismo tiempo que me examina como si fuera un bicho raro bajo un microscopio.

---No hay mucho que contar, todo está como siempre.

Mi hermano resopla.

---Como siempre significa que sigues sin alimentarte como es debido, estoy muy preocupado, Adri, cada día estás más delgada, parece que te estás consumiendo desde adentro. No puedes seguir así. Tienes que ver a un médico.

---Fui a ver a un doctor ---respondo a la defensiva, un poco más alto de lo que debería, e inmediatamente me pincha la sien. Cierro los ojos, me llevo los dedos al lugar de mi molestia y masajeo en pequeños círculos---. Me ha dicho que tengo problemas de tiroides y que por eso estoy perdiendo peso.

«Y que estoy embarazada... ¡Ah! También me ha recomendado abortar».

---Me alegra escuchar eso. ¿Por qué no me comentaste que irías a verlo? Hubiera sacado un tiempo para acompañarte.

Se acomoda a mi lado y apoya la cabeza en la cabecera acolchada de mi cama.

Abro los ojos y me asalta la culpa. Alex siempre se ha preocupado y ha cuidado de mí, me duele no poder contarle la verdad.

---¿Qué más te dijo? ---me pregunta, y me entra pánico, de repente tengo miedo de que haya percibido mi angustia.

---¿Qué te hace pensar que me dijo algo más?

---Por favor, Adriana, no hay que ser médico para saber que no te encuentras bien. ¿Es que no has visto lo pálida que estás? Algo más has de tener aparte de ese problema de tiroides ---dice, y el tono es demasiado alto para mi cabeza.

Me acaba de llamar por mi nombre, muestra de que está hablando en serio y que no está para juegos.

---También ha dicho que tengo anemia ---miento descaradamente---, debo tomar unas vitaminas, y, por favor, baja la voz que me duele la cabeza.

---Lo siento, no quiero ponerme pesado, pero entiéndeme, estoy muy preocupado por tu salud. ---Ladea la cabeza y me mira detenidamente---. Le dije a mami que cuidaría de ti y últimamente siento que no te he dedicado el tiempo necesario.

---No seas exagerado, Alexander, que no soy una niña ---me quejo con cierta irritación---, es solo una anemia y pronto estaré bien.

Me mira sin estar del todo convencido, así que me apresuro a decir suavizando la voz:

---Te lo prometo.

Me estudia con sus ojos grandes durante unos segundos hasta que finalmente asiente con la cabeza.

---También te desperté porque tengo que comentarte algo.

Ahora es mi turno de observarlo cautelosamente. Conozco esa mirada y por lo general viene acompañada de algo que no me va a gustar.

---Michelle no deja de quejarse de que casi no nos vemos, como últimamente estoy saliendo tarde del trabajo, a veces hago doble turno; solo la veo los fines de semana.

---Ajá.

Tomo un hondo respiro y retengo todo el aire de mis pulmones.

---Pues que me ha propuesto irnos a vivir juntos ---dice y su tono de voz deja entrever que hay algo más importante aún.

Vuelvo a respirar más tranquila. No es lo que esperaba que dijera, pero teniendo en cuenta que llevan saliendo juntos tres años no es algo que me sorprenda.

---Felicidades.

Lo miro a los ojos y le digo con toda la sinceridad de la que soy capaz a pesar de mi falta de entusiasmo.

Michelle es una excelente muchacha, muy bien criada, estudiante de Medicina y, lo que es mejor aún, está loca por los huesitos de mi hermano.

---Me alegro mucho por los dos.

---Bueno, aún no le he dicho que sí, le dije que tenía que comentarlo contigo primero.

---¿Conmigo? ---inquiero sorprendida---. Si me estás pidiendo permiso, de una vez te digo que no me molesta que se venga a vivir con nosotros; la casa es grande, es más, hasta sobra espacio.

Conozco tan bien a mi hermano que por la forma en que arruga la nariz, demostrando así su nerviosismo, y la manera en la que sus ojos se mueven, me da a entender que está escogiendo cuidadosamente sus próximas palabras. Eso hace que me ponga nuevamente en alerta. Presiento que no me va gustar lo que me dirá.

---He estado pensando que deberíamos vender la casa... ---dice bajito---. Y mudarnos a un apartamento más pequeño y más cerca de nuestros respectivos trabajos.

«Y no podía estar más en lo cierto».

---¿Mudarnos!? ---casi grito. ¡Qué horror! Me siento totalmente erguida, giro un poco el cuerpo y lo miro escandalizada---. ¿Quieres mudarte del lugar donde hemos vivido toda la vida?

«Esto no puede estar pasando».

Eso no. ¡Joder! No ahora.

Cuando crees que tu mundo se está desmoronando, viene tu hermano mayor y te lanza una bomba de ese calibre.

¡Dios! ¿Pero qué es lo que está pasando?

¿Acaso te he hecho algo y los ángeles de ahí arriba se lo están cobrando?

No se trata solo de cambiar de casa, si nos mudamos ya no será mi hogar, sino el de Alex y Michelle donde yo tendré un cuarto.

He vivido aquí desde niña. Mi papá compró esta casa de cuatro habitaciones porque pensaba tener una familia grande, pero mi mamá tuvo dos partos muy difíciles, en el segundo casi se muere, así que decidieron quedarse solo con nosotros dos. Aquí hemos crecido, conozco prácticamente a todo el vecindario. Cuando voy a tomar el autobús me encanta pasar por el frente de la Boulangerie y dejarme arropar por el olor a pan recién hecho, o cuando paso por el Café al doblar la esquina y Sebastián, el chico de la barra, me saluda con una amplia sonrisa.

¿Cómo sigues adelante cuando te has perdido en el camino y ya no sabes dónde ir?

Cuando te vas del hogar donde creciste, tu núcleo familiar, es un cambio drástico a nivel emocional. Dejas mucho más que una casa: dejas risas, recuerdos, personas a las que conoces desde siempre y que son parte de tu historia. Es como abandonar un poco de ti misma.

Todo me da vueltas. Cierro los ojos y apoyo la espalda en la cabecera de la cama.

---Sé que te encanta esta casa y a mí también me gusta, pero, como tú misma lo dijiste, sobra mucho espacio, desde que mamá decidió irse a vivir con la abuela es muy grande para nosotros dos ---me dice sacándome de mis pensamientos---, pero ya lo hablaremos con calma.

Abro los ojos y miro el techo blanco. Primero lo de Max y ahora esto. Si aún conservara mi trabajo podría quedarme aquí, aunque la casa es grande, entre mis ahorros y mi sueldo podría con los gastos. Pero ahora sin trabajo y encima de todo embarazada. Nadie me dará trabajo en mi estado. Tampoco puedo pedirle a Alex que detenga su vida por mí. Sería egoísta de mi parte, sobre todo que todavía no tengo idea de lo que va a pasar conmigo.

---No hay nada de qué hablar. ---Mis palabras se pierden en un suspiro---. Lo lógico es que te vayas a vivir con tu novia, que quieran tener su propio espacio sin tenerme a mí entre las patas.

---No hables así, que aún no es un hecho y Michelle sabe lo importante que eres para mí. Además, pensé que te agradaba...

---Y me agrada ---lo corto.

Respiro con resignación.

---Quizás tengas razón. A lo mejor es hora de cambiar de página y pasar a otra cosa. De nada sirve tener dos cuartos vacíos.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

---Pero no me iré a vivir con ustedes. Buscaré un pequeño estudio para mí y de esa forma podrás mudarte con tu novia y tener toda la privacidad que necesita una pareja joven.

---De eso nada. ¡No te vas a mudar sola y eso no es discutible! Vivimos juntos y casi ni te veo, sin mencionar el hecho de cómo has descuidado tu salud, no quiero ni imaginarme qué sería de ti si ya no viviéramos juntos.

---¡Por Dios, Alex! ---digo exasperada---, soy una adulta y puedo perfectamente vivir sola. He descuidado mi salud porque no sabía que tenía un problema, ahora que lo sé voy a cuidarme

mucho más.

---No he dicho que seas incapaz de vértelas por ti misma, es solo que aún no estoy preparado para que nos separemos.

---Ya no somos niños, no puedes ocuparte de mí como si fuera un bebé, tampoco puedes organizar tu vida en torno a mí. Tarde o temprano tendremos que separarnos. Ahora te vas a vivir con tu novia, más adelante vendrán los hijos y yo tendré que buscar mi espacio, ¿qué más da si lo hago ahora o dentro de uno o dos años?

---No lo sé, no me gusta la idea de que estés sola y más ahora que estás enferma.

Suspiro.

No va quitar el dedo del renglón.

---Voy a hablar con Emma para ver si me puedo quedar con ella unos meses hasta que esté mejor y así estarás más tranquilo, ¿qué dices?

---No lo sé. ---Tuerce el gesto, dudoso---. Ya lo hablaremos con calma. ¡Sabes qué! Te propongo una cosa... El lunes te invito a cenar así hablamos un rato y luego vamos a ver una peli, como solíamos hacer antes... Pasamos un tiempo entre hermanos. ¿Qué te parece? ---me pregunta con mucho entusiasmo. Por un momento pienso en decir que no, pero no quiero que se preocupe más por mí, y si de esa forma puedo evitar que insista en lo de mudarme con ellos, pues mejor.

---De acuerdo.

---Tenemos una cita entonces.

---Tenemos una cita ---le respondo sin mucho entusiasmo.

---¿Quieres que te prepare algo para comer antes de irme? ---me demanda en el momento que se levanta de la cama.

---No, estoy bien, y ya vete que vas a llegar tarde.

---Está bien. ---Se inclina y me da un beso en la frente---. Me voy, pero prométeme que vas a comer y que llamarás a mamá; ayer hablé con ella y me dice que hace mucho que no la llamas.

Respondo con un pequeño «OK» antes de que salga de la habitación.

Quince minutos más tarde escucho la puerta principal cerrarse. Me tumbo nuevamente, me arropo de pies a cabeza y me vuelvo a dormir porque es lo único que puedo hacer para no sentir este dolor tan fuerte en el pecho.

El sábado me paso todo el día en cama, llorando hasta quedarme dormida, no tengo fuerzas para nada, ni siquiera para darme un baño, solo quiero quedarme adormecida y no sentir nada. Quien inventó la frase «el amor duele» no entendía una mierda de lo que es enamorarse, porque el amor de verdad, ese donde no solo entregas el corazón, sino también tu alma, tu mente, tu cuerpo, ese donde entregas todo lo que tienes, no duele... Ese te destroza.

Por lo menos así me siento yo, totalmente destrozada. Quisiera encontrar una palabra que pudiera explicar este inmenso dolor, pero no creo que exista tal cosa.

Mi teléfono no para de sonar, por lo que decido ponerlo en silencio, mientras lo hago veo que tengo varias llamadas perdidas y varios mensajes, algunos son de las chicas, otro de mi hermano y

muchos de él, los cuales borro sin ni siquiera leerlos.

Vuelvo a llorar hasta quedarme nuevamente dormida.

## Cuando sonrías



Cuando él le sonrió aquella noche de martes en el bar, puso el mundo de

Damaris patas para arriba. Desde ese día, su vida no ha sido la misma.

Ocho años después, está viviendo en el departamento de su amiga Jimena. Lleva en los labios la marca de un matrimonio infeliz y hace unas semanas que los recuerdos de su pasado no la dejan en paz. A pesar de estar tan lejos de su país, las imágenes de su vida en República Dominicana la persiguen de noche y de día. Debe regresar, lo sabe.

Pero...cuando creía que el tiempo había opacado sus sentimientos, una noticia desbaratará todos y cada uno de sus planes. Justin ha regresado y está más cerca que nunca. Sin embargo, su realidad es muy diferente ahora. ¿Podrá Damaris dejar de lado todo lo vivido? ¿Tendrá el valor de arriesgarse una vez más? ¿Logrará enfrentar sus miedos con tal de seguir adelante?

Dicen que el primer amor jamás se olvida... ¿Será verdad?

**Erica Vera** nace en Merlo, Prov. de Buenos Aires. Es docente y hace unos años se ha embarcado en esta aventura de escribir. Comenzó un Taller literario en Zona Oeste y, desde entonces, no se ha detenido. Historias de acá y de allá, fue su primer libro de cuentos cortos, publicado por la editorial Utopías en 2016. Ha participado de antologías de lecturas colectivas y algunos de sus cuentos fueron publicados en revistas digitales. Su segunda publicación, también de relatos, fue "Un árbol solo" a fines de 2017 a través de Autores de Argentina. Y a fines de 2018, publicó su primera novela romántica en papel: Mariposas en tu piel (Severled Ediciones). Y uno de sus cuentos, Estrellas en la mirada, forma parte de la antología romántica y solidaria 14 corazones a través del tiempo.

Además, coordina un ciclo literario denominado La Pluma y, junto a dos amigos/escritores, tiene un programa de radio (Trinomio Imperfecto) que se emite los sábados por la mañana por [www.mpquatro.com.ar](http://www.mpquatro.com.ar). La pueden seguir en Facebook como Erica Vera o en su blog: [historiasdeacádeallá.blogspot.com.ar](http://historiasdeacádeallá.blogspot.com.ar)

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Erica Vera

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-05-7

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# NOTAS

## Capítulo 2. Un pasado que se fue

- [1] Terreno.
- [2] Palta.
- [3] Maracuyá.
- [4] Su fruto es una vaina vellosa que encierra una gran legumbre.
- [5] Árbol tropical de hojas muy aromáticas que huelen a limón y madera de color amarillo.
- [6] Escuela secundaria.
- [7] Vehículo destinado al transporte urbano e interurbano de pasajeros.
- [8] Motocicletas tipo «scooter».

## Capítulo 3. De regreso al turquesa y al verde

- [9] Dar un aventón en su vehículo a alguien.
- [10] Dícese de la palabra que se usa para suplantar una cosa, expresar fastidio o una broma.
- [11] Prostituta.
- [12] Vehículo convertido en taxi para varios pasajeros. En este caso, una motocicleta.
- [13] Tienda pequeña de variados artículos.
- [14] Planta herbácea de flores aterciopeladas de colores variados (blanco, amarillo, morado).

## Capítulo 4. De sol y de palmeras

- [15] Camioneta todo terreno.
- [16] Local donde se juega a la lotería.

## Capítulo 5. Lo de antes y lo de ahora

- [17] Poco.
- [18] Tacho de basura.
- [19] Ritmo folclórico dominicano.
- [20] De cal. Depósito endurecido de carbonato de calcio.

## Capítulo 6. Ojos verdes

- [21] Papaya.
- [22] Motocicleta.

## Capítulo 9. Los recuerdos y la realidad

- [23] Bolsas.
- [24] Una persona muy astuta o embaucadora, alguien que es experto en la manipulación.

Capítulo 11. El primer amor/dolor

[25] Sujeto que se gana la vida vendiéndose sexualmente a turistas.

Capítulo 24. Estocada final

[26] Platillo dominicano preparado con plátanos, yuca y trozos de chicharrón.

## Índice

Cuando sonrías

Nota editorial

Capítulo 1. La tierra que la vio nacer

Capítulo 2. Un pasado que se fue

Capítulo 3. De regreso al turquesa y al verde

Capítulo 4. De sol y de palmeras

Capítulo 5. Lo de antes y lo de ahora

Capítulo 6. Ojos verdes

Capítulo 7. Las estrellas y los recuerdos

Capítulo 8. Recostada sobre un corazón sin vida

Capítulo 9. Los recuerdos y la realidad

Capítulo 10. De lejos duele más

Capítulo 11. El primer amor/dolor

Capítulo 12. Una sonrisa... ¿franca?

Capítulo 13. Como si nunca se hubiera ido

Capítulo 14. Dos golpes en la puerta

Capítulo 15. Lluvia para conversar

Capítulo 16. Siempre suya

Capítulo 17. ¿Una nueva oportunidad?

Capítulo 18. La verdad... ¿que esperaba oír?

Capítulo 19. Aceptar para aprender

Capítulo 20. Un nuevo comienzo

Capítulo 21. Agrandar el corazón

Capítulo 22. Malas noticias

Capítulo 23. La pesadilla regresa

Capítulo 24. Estocada final

Capítulo 25. Elegir

Capítulo 26. Cuando sonrías

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Erica Vera

Créditos

Notas